

Selecta



UN CHANTAJE
ARRIESGADO



Eneida Wolf

Un chantaje arriesgado

Escándalos de temporada 2

Eneida Wolf

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial

1. Rozar las alcantarillas

El matrimonio es como una jaula; uno ve a los pájaros desesperados por entrar, y los que están dentro igualmente desesperados por salir.

Michel de Montaigne

25 de mayo de 1814, Inglaterra.

Las calles de Londres estaban mojadas y poco iluminadas; no serían más de las doce, pero había gente rondando por los callejones sucios y algo apestosos. Rose escuchaba perfectamente las risas provenientes de una esquina y el ruido de pasos de la calle de arriba. Se puso la capucha de la capa de terciopelo y salió del carruaje con el corazón latiéndole deprisa.

Pagó al cochero y este se alejó de allí, dejándola con un nudo en el estómago. No era la primera vez que iba por las calles del Londres más oscuro y temido; el West End sin duda no era lugar para una dama como ella, pero debía estar alerta y sabía que era peligroso, no podía confiarse yendo por esos sitios. Iba con una capa hasta los pies y una capucha abundante de color negro como la noche que la envolvía. Aquella era la dirección, no había duda de ello. Era un tugurio, un andrajoso y pestilente tugurio, pero hizo de tripas corazón y entró, no tenía alternativa.

Antes de moverse, inspeccionó el lugar desde la puerta: había mesas con hombres jugando a las cartas y bebiendo, también pululaban a su alrededor las mujeres ligeras de ropa tentándoles con su presencia. Esperó cerca de la puerta, ya casi era la hora acordada y, aunque no sabía quién la había citado, sí sabía de sobras que el otro la reconocería. Las damas de clase alta no solían pasearse por esa zona a menos que fuese un asunto de causa mayor, como era el caso.

Rose aguantó la respiración e intentó girarse para no ser reconocida. De todos los hombres de Londres que podían hacerlo, ese era con el que menos le apetecía lidiar. O, concretamente, con el que le costaría más.

Estaba de espaldas a la pared, pero pudo oler su inconfundible mezcla a humo de puro y esencia de especias, ese peculiar perfume que adoraba y que se le había quedado memorizado en la nariz.

Maldijo interiormente, pues ya era tarde. La había reconocido enseguida y se estaba acercando. Se dio la vuelta dando pequeños pasos hacia el otro extremo del local, pero una mano la detuvo cogiéndola por la muñeca.

—Te preguntaría qué estás haciendo aquí, pero dudo que me respondas.

Rose ladeó su rostro encontrándose con el sujeto en cuestión, George Frayes.

—Un placer volver a verle, Frayes. Ahora, si me disculpa, tengo asuntos personales que atender —dijo ella pareciendo indiferente.

Pero George no se movió. Estudiaba su rostro como el más aplicado de los alumnos, y es que la lección en sí lo fascinaba. Hacía dos años que no se encontraban a solas, dos años en los que creía que se volvería completamente loco. Entonces, de nuevo, la tenía delante en una situación de la que no le sería fácil rehuirlo, como siempre hacía cuando se habían encontrado en sitios públicos.

—Sigues siendo demasiado bella para este mundo, flor de primavera.

Al oír uno de sus halagos, se enfadó. ¿Con qué derecho se creía, diciéndole eso? Él, que había sido el culpable de todo; el culpable indirecto, pero seguía siéndolo. Debería odiarlo, de por vida, pero lo cierto era que le costaba hacerlo.

—Ni se te ocurra tomarte ninguna confianza, Frayes. Ha pasado demasiado para eso —advirtió Rose, alzando la mano y señalándolo con el dedo.

—Aunque pasen diez, veinte o treinta años, sería capaz de ver lo que se te pasa por la mente con solo observarte durante un segundo, Rose —murmuró

George, escrutando esos ojos que habían sido y seguían siendo su faro particular.

—¿Por qué no me sorprende que sigas teniendo tanta labia? Hazme un favor, vete y engatusa a otra —dijo ella.

Estaba cansada y no se veía capaz de lidiar con él, y tampoco quería descubrirse pues, si había alguien más del *beau monde* rondando por allí, los chismorreos no tardarían en desatarse, así que pensó que lo mejor que podía hacer era largarse de allí.

—No quiero a otra, te quiero a ti —susurró cogiéndola por la muñeca y arrastrándola hacia el exterior.

—Suéltame, Frayes. —Intentaba liberarse de su agarre, pero sin éxito.

—Voy a llevarte a casa. No sé qué haces aquí pero seguro que no es algo bueno.

—Si fuese tan buena como aparento ser no habría sucumbido a tus encantos hace años —le echó en cara ella, desistiendo de ser arrastrada por las poderosas manos de George.

Una vez estuvieron frente a su carruaje, abrió la puerta y la alzó, metiéndola dentro. Después de darle la dirección al cochero, entró él. Rose permanecía sentada lo más alejada posible, con los brazos cruzados y la capucha aún puesta. Se sentó a su lado y se la quitó, admirando de cerca esa belleza hipnótica que poseía.

Seguía frunciendo el ceño al enfadarse, una expresión que a él siempre le había parecido graciosa. Su tez habitual era blanquecina, pero notó que, además, estaba algo demacrada y se le notaban ciertas ojeras púrpuras bajo aquellos ojos muy azules, casi transparentes.

—Rose, dime una cosa —habló, cogiéndole de la mano.

—¿Qué? —respondió molesta, sin saber a qué atenerse.

—Necesito saber algo. Me he estado torturando día tras día durante estos dos años, y quiero que me respondas sinceramente.

Ella observó cómo sus ojos, serenos y calmados, se daban cuenta de su nerviosismo. Pero era inevitable para ella no temblara ante su presencia. Había sido así desde que tenía ocho años y se decía que el hombre es un animal de costumbres. Sin embargo, intentaba no hacerlo, pues no había nada en el mundo que hiciera desaparecer su dolor.

—Tienes que olvidarlo, George. Tienes que olvidarte de todo lo que pasó entre nosotros. Yo ya no soy esa Rose y tú no eres ese George.

—Patrañas, Rose. Sigo estremeciéndome si estás a esta distancia de mí, sigue embriagándome tu perfume de lavanda. Ahora dime, ¿por qué te casaste con Essex?

Rose quería gritarle toda la verdad, quería hacerle sentir culpable y regodearse en su culpabilidad, pero a la vez le dolía tanto tenerlo a su merced que no pudo hacerlo. Juró que se llevaría el secreto a la tumba y así lo haría. Tenía que pasar página, que su dolor desapareciese, y con George pisándole los talones no podía.

—Tú no pediste mi mano cuando te dije que lo hicieras, y Essex lo hizo una semana después. Te lo dije, George, y me ignoraste —dijo con amargura.

—Tú no le querías.

—Te recuerdo que tú no querías casarte conmigo.

—Quería esperar... —Empezó a justificarse, pero ella no lo dejó.

—¡Pues Essex se te adelantó! Así que deja de recriminármelo, porque fue culpa tuya, cerdo asqueroso. —Sus palabras salieron casi a tropezones, igual que lo hicieron sus lágrimas.

George jamás había visto a Rose en un estado tan vulnerable, y enseguida se acercó a ella, abrazándola mientras acunaba su rostro entre sus manos contra su pecho.

—Lo siento, fue culpa mía. No hay un día en que no me arrepienta de ello, lo juro. Fui un necio, y un inmaduro.

Sus palabras eran todo lo que necesitaba para que su alma, poco a poco, se fuese reconstruyendo. Estar entre sus brazos de nuevo hizo que no pensase en nada más, y por un momento olvidó todos sus problemas, se olvidó de todo lo que había tenido que pasar durante esos dos años y fue como si el tiempo se hubiese detenido en aquella fiesta en los jardines de Vauxhall, la última de las noches en que fue verdaderamente feliz.

—George, yo... —Quería decirle demasiadas cosas, tantas que las palabras se le encallaron en el cuello y se las tragó.

—No tienes que decirme nada, lo sé. Voy a quedarme contigo, Rose. Te prometo que esta vez no voy a dejarte escapar.

Y hablaba muy en serio.

Se permitió todo lo que duraba el trayecto estar entre sus brazos, sentirse protegida y amparada por él. Su calor corporal le transmitían una tranquilidad pacífica y duradera.

No recordaba el momento exacto en el que conoció a George Frayes, era demasiado pequeña y los momentos de esa época eran imprecisos y borrosos. Algunos vagos instantes sí le venían a la mente, como ella persiguiendo a George y a Edmund para jugar, otros más cercanos como cuando se escapaba para encontrarse con ellos y le contaban cosas sobre el colegio al que iban. Ya de adolescentes, en los eventos privados, antes de ser presentada en sociedad, escabulléndose de los salones, leyendo libros prohibidos, experimentando sentimientos prohibidos...

Siempre lo había querido, sentía una devoción por él muy especial. Todo se trataba de que él, desde pequeña, la había hecho sentir especial. Tenía esas pequeñas atenciones, detalles y gestos que la enamoraban por completo. Cómo tomaba el pelo a la gente con una sutileza innata y su aura misteriosa, y su temple ante cualquier situación. Su inteligencia sutil y enérgica perseverancia también eran cualidades que admiraba de George.

Una noche en la que Edmund había sido castigado por su hermano y no pudo

escaparse, se encontraron los dos en su jardín burlándose de gente demasiado formal y dando sorbos a una botella de licor que George había cogido de su casa a escondidas. Ella tenía solo diecisiete años, pero ya sabía lo que era amar. Sabía que ese nerviosismo al verle, el temblar solo con su roce y quedarse embelesada mirándole era estar enamorada. Shakespeare lo decía, y solía tener razón en eso del amor.

Fue allí donde, presa de una valentía inaudita, le pidió que le diera su primer beso y él lo hizo. No hablaron de ese beso después, ella se sentía avergonzada y él... quién sabe. Entonces todo cambió, Edmund y George se quedaban en Londres por largas temporadas y no se reencontraron hasta que fue presentada en sociedad dos años más tarde. La muerte de su padre lo retrasó todo, pero le gustó que a su abuela no le salieran los planes tal y como los había concebido.

Tenía diecinueve años, una belleza que muchas matarían por tener y el mundo a sus pies. A pesar de eso, solo seguía teniendo ojos para George. No, ya no era una cría, sus caderas se habían ensanchado, sus pechos habían crecido y su cara no era tan aniñada. Velada tras velada, ella, George y Edmund recobraron su amistad, siendo también la envidia de muchas de las muchachas que esperaban congraciarse con el género masculino en las fiestas.

Todo podía haberse quedado así, pero en un baile de disfraces George la llevó a una sala desierta y, después de confesarle que solo podía pensar en ella y que recordaba a la perfección aquel beso de hacía dos años, empezaron un *affaire* secreto que terminó con su matrimonio con Essex.

Supo que había llegado a su destino cuando el carruaje se detuvo. A su pesar, se separó del cuerpo de George para salir del carruaje, pero su mano la detuvo.

—Espera. —No estaba dispuesto a dejarla ir así como así—. Quiero que me tomes en serio, Rose. Voy a enmendarlo todo, te lo prometo.

Ella lo observó como si despertase de un sueño. Sí, aquel momento ajeno al espacio y al tiempo había sido igual que una ilusión, efímera y pasajera. Estaba volviendo a la realidad, y no era todo tan sencillo.

—No tengo ganas de hablar, no ahora —dijo con sinceridad.

Los párpados le pesaban, solo deseaba tumbarse en la cama e ignorar los últimos acontecimientos.

—De acuerdo, no hablaremos.

Se aferró con las manos a su cintura y la besó con suavidad. El inigualable sabor de Rose hizo que se estremeciera, hasta sus dientes tiritaron de la emoción que lo embargaba. Era su Rose, tan volátil como el viento. No sabía cuánto la amaba hasta que la perdió, hasta que no sintió su vacío no comprendió la magnitud de sus sentimientos.

Ella le devolvió el beso con ansias, hacía tanto tiempo que no la besaban con tanta ternura que ya había olvidado cómo hacerlo. Un escalofrío le recorrió el cuerpo y se sintió en su hogar. Besar a George era como volver a casa tras una larga ausencia.

Pese a eso, deslizó su mano hasta la manilla de la portezuela del carruaje y la abrió mientras se separaba de él.

—No puedo hacerlo —murmuró antes de salir del carruaje dando un salto, dejando a George confuso y demasiado atolondrado como para pensar.

Llegó hasta el lateral de su casa en Hyde Park y, subiéndose a uno de los árboles, trepó hasta su ventana. Tenía que hacerlo así para no levantar sospechas, escaparse era su mejor baza y única opción. Nadie entraba en sus aposentos, nunca lo habían hecho a menos que ella misma llamase a la doncella, que solamente entraba para despertarla por la mañana y después de la cena, para ayudarla a desvestirse. Elsbeth era una muchacha muy joven, había entrado recientemente a servir en su casa y estaba segura de poder cultivar su simpatía para, si alguna vez lo necesitaba, que la cubriese.

Entró con ligereza por la ventana y se desabrochó el vestido, sacándose toda la ropa hasta quedarse desnuda. Disfrutaba de esa paz de ponerse el camisón y meterse dentro de la cama con una vela encendida y un libro hasta dormirse. Pero esa vez no podía concentrarse en la lectura, cosa que no entendía pues, pese

a tener todos los problemas que tenía, siempre lograba desconectar, pero no esa noche. Seguía teniendo el olor de George en la nariz y parecía no tener ganas de desaparecer.

Era una realidad, todavía albergaba sentimientos hacia él, pero esos sentimientos albergaban también rencor y odio. No, las cosas no eran tan sencillas. Y en ese momento todo se estaba complicando al recibir aquella misteriosa carta con solo su nombre en el sobre.

Sé lo que pasó. Venga a verme a medianoche a Fresnor's Tabern.

Era lo único que decía. Sospechaba qué era lo que quería, y no podía dejar que esa persona hablase con los agentes de la ley. Suponía que, por el sitio que le había propuesto y por querer hablar con ella primero y no con las autoridades, no era nadie importante y se movería en las esferas bajas de Londres. Y eso no sabía si era bueno o malo.

En teoría, cuando una mujer se quedaba viuda, tenía mucha más libertad para todo, con la ventaja de no tener a un marido que la controlase, y pese a alegrarse de esto último, dicha libertad aún no la había saboreado del todo.

Nunca había querido a su marido, pero no sería la primera ni la última esposa que se sentía de esa forma. Por eso deseaba olvidar esos años que estuvo prisionera en ese matrimonio y dejarlo atrás cuanto antes. Pero tampoco creía que casarse de nuevo fuese la solución, además de que apenas habían pasado seis meses y debía cumplirse al menos un año de luto, y necesitaba respirar, resolver sus problemas y, una vez libre de todo yugo, ya pensaría de nuevo en el matrimonio.

Pero Mary Leverton no pensaba lo mismo, y en esos momentos estaba bajo su protección. Sí, la viudez podía parecer un sueño hecho realidad si tenías dinero suficiente, pero parecía que no era el caso. Porque a la muerte de su marido, no encontró ni un real en toda la casa. Tuvo que pagar el entierro vendiendo cuadros y muebles, así como alguna que otra deuda que tenía Essex. Viéndose ante tal tesitura, había decidido contárselo a su hermano mayor, Franklin Leverton, quien no había dudado en ofrecerle cobijo y protección. Lo

único malo de esa protección era su abuela Mary, por supuesto.

Y George... siempre sería su debilidad. Antaño le costó cara esa debilidad y en ese instante no pensaba cometer la misma locura. Tenía que mantenerse alejada de George Frayes, al menos hasta que hubiese solventado todo. O incluso para siempre, no estaba segura de nada.

Apagó de un soplido la vela y se dispuso a dormir, soñando con el hombre de quien debía alejarse.

Sentada en el salón, Rose se ahogaba igual que si fuese un cadáver en vida encerrado en un mausoleo elegante, brillante e indecentemente ornamentado. La profusión de espejos no dejaba que nada se escapase a su vista y todo parecía resplandecer. Hastiada de todo, no tenía la mejor cara, y, por si fuera poco, debía llevar el inconfundible negro de luto que se esperaba de una viuda desconsolada, cuando no lo era.

El negro no le sentaba bien, la hacía parecer aún más pálida de lo que ya era y encima daba calor, en esos días en los que el buen tiempo se aproximaba.

Pero no se quejaba, era lo que había querido desde el primer instante en que había dado su consentimiento a aquel enlace para nada deseado, pero necesario. Se había convertido en la duquesa viuda afligida, pero no por mucho tiempo, pues el duque tenía un hermano menor, Robert, y el título y todo su patrimonio pasarían a él al no tener un heredero.

Ya solo le faltaba oír la lectura de las últimas voluntades del duque, es decir, el último resquicio de esperanza de que le hubiese dejado una suma decente. Era una ilusa, Essex no era este tipo de hombre, ni siquiera le tenía un mínimo de aprecio. Era de la clase de hombres que tienen a las mujeres como meros objetos, un elemento más del patrimonio y su valía estaba en la concepción de un heredero que nunca llegó.

Solo tenía dos opciones: o vivir en la calle o volver al amparo de los Leverton, lo que se traduciría volver al ahogo matriarcal de su abuela Mary

Leverton, peor que las Siete Plagas, la Guerra de los Cien Años y Napoleón juntos.

Así que allí estaba, posando para la galería, aparentando ser la Rose frígida, delicada y moralmente correcta, la princesa del *beau monde* que antaño había fingido ser. Cumplía su papel a la perfección y tenía una reputación intachable. Su abuela no tardaría en llamarla para que volviese a bailar con alguien a quien probablemente despreciase e insinuarle que debía darse prisa para volver a casarse, que una mujer sin hijos no era de gran valía.

Franklin se dejó caer a su lado con una copa de vino en la mano y la expresión turbada. Su hermano mayor era el hombre más exasperante que había conocido. Totalmente opuestos, se llevaban muy bien. Solía pensar que era el único que realmente la quería. Su amor por la rutina y por la buena sociedad a veces la exasperaban, al igual que su rectitud. De aspecto eran parecidos: altos, de porte elegante y ojos azules clarísimos. Sin embargo, ella había heredado el rubio de su madre y Franklin el cabello negro oscuro de los Leverton.

—La noche se está haciendo tediosa —comentó con cierta amargura.

—Últimamente es todo muy... monótono —asintió él, debatiéndose entre tomar otra copa y bailar o evadir sus responsabilidades y volver a casa.

Desechó la idea.

—Qué raro que tú digas eso. Oh, *lady* Georgiana te está buscando, le prometiste un baile. ¿Quieres huir? Yo te cubro —le ofreció, viendo su cara de pánico al ver a *lady* Georgiana acercarse.

—Que Dios me pille confesado —suspiró, levantándose a su encuentro.

Ella ya se habría desvanecido, si no fuese porque su abuela la estaba acribillando a miradas para que se acercase. Resignada, así lo hizo. Se acercó a ella, colocada estratégicamente en el punto del salón donde podía observarlo casi todo.

—Lord Crawford ha preguntado por ti —susurró Mary Leverton en cuanto

se acercó.

Sabía exactamente qué era lo que su abuela quería decirle. Llevaba veintidós años interpretando sus tonos y sonidos exactos y ese, concretamente, era que no debía estar sentada sino coqueteando con todos los solteros disponibles. Solteros ricos, por supuesto, como si los Leverton no estuviesen ya podridos de dinero.

—Daré una vuelta a ver si tropiezo con él.

Tropezar por casualidad solía significar poner a un hombre en busca y captura por el salón hasta hallarlo, acorralarlo igual que si de una simple cebra se tratase y la dama fuese el león, y darle muerte tortuosamente con su charla insustancial hasta matarlo de aburrimiento.

No conocía a lord Crawford. Mentira, podría conocerlo, pero no se acordaba de él así que se limitó a pasear por el extremo del salón observando cómo las mejores familias de Inglaterra se hallaban reunidas en un punto tan concreto del país. Algunos conversaban animadamente, otros bebían mientras fingían hacerlo y otros bailaban como si no hubiese un mañana.

Lo cierto era que no le apetecía bailar con lord Crawford, no dudaba de que sería algún caballero que habría heredado recientemente algún título y una fortuna considerable, de aspecto pomposo y lechoso, de buena familia, aunque algo endogámica. Las familias de linajes nobles más antiguos solían serlo. Así sería la suya propia si su abuelo, el fallecido duque de Kengsinton, no hubiese sido un romántico de la vieja escuela y, contra los designios de su padre que quería casarlo con su prima Eleonor, lo hizo con Mary, la hija de un Baronet de extraordinaria belleza.

«Mary Leverton, experta en belleza y manipulación, por supuesto».

—*Lady Rose*, qué pacer verla por aquí.

La voz de un extraño la despertó de sus pensamientos y sus ojos cayeron en un hombre algo más bajo que ella, con un atuendo ribeteado en plateado y un cabello algo grasiento.

—Lord Crawford. —Se la jugó, pero estaba demasiado segura de que sería él.

Hizo una pequeña reverencia, disimulando el desagrado que sentía. Notó con incomodidad cómo los ojos del caballero recorrían su figura, pero siguió sonriendo. Le habían enseñado desde cría cómo debía comportarse y mostrar desagrado no estaba permitido.

—¿Le apetece bailar? —preguntó, y sabiendo que su abuela estaría la acecho, asintió.

— Por supuesto.

Alzó el brazo para que el caballero la tomase, pudiendo notar la humedad en su palma de la mano a través de los guantes. El asco se le subió por la garganta, pero permaneció impassible. Se deslizaron por la pista de baile, permaneciendo callada. Era de las que no le importaba conversar bailando, pero si su pareja carecía de conversación, no sería ella quien llevase la voz cantante.

Se recordó a sí misma que podía ser mucho peor. Hacía tan solo seis meses que estaba en el mismo infierno, y aunque algunos decían que las temporadas eran una verdadera tortura, aquella afirmación carecía ya de validez para ella. Cuando la música cesó, lord Crawford se dispuso a llevarla a un rincón para poder conversar, supuso que agasajarla e intentar algún movimiento indecente, pero alguien se lo impidió.

De la nada, George Frayes estaba frente a ellos impidiéndoles el paso. Normalmente lo tenía localizado, era fácil debido a su altura, bastante más alto que la media, pero aquella vez se le había pasado.

—Lord Crawford, es un placer verle por aquí. ¿Qué tal se encuentra? ¿Descomposición, fue?

Rose le reprochó con la mirada su presencia, aunque rio para sus adentros de la jugada que hacía mientras el pobre lord Crawford enrojecía.

—Mucho mejor, lord Frayes.

—Me prometió un baile, *lady* Rose, y vengo a reclamarlo —dijo él, convencido.

—No le prometí tal cosa.

Era cierto, no lo había hecho y, aunque estaba siendo muy sugestivo huir de lord Crawford, bailar con Frayes no era para nada algo bueno. No podía caer en la tentación de nuevo.

—Sí lo hizo, al principio de la velada. Me comentó que había estado en un local nuevo de la ciudad hace relativamente poco, no recuerdo la zona.

Tendió su mano hacia ella, que acabó cogiendo. Lo maldijo con la mirada, pero sin hacerlo con su boca.

—Tiene razón, ¡qué despistada! Discúlpeme, lord Crawford.

George puso una mano en la cintura de la joven y la apretó contra su cuerpo disfrutando de la vista que tenía de su escote ante su altura. Ella se dejó hacer, pero se aseguró de apretarle bien la mano hasta pellizcarlo.

—No eres de las que muerden, flor de primavera —le susurró al oído.

—Te equivocas. ¿Qué pretendes? Te dije que me dejases en paz, George —murmuró, intentando que su rostro permaneciese impassible, que no se le notase el enfado.

Su sola presencia la desconcertaba. Era el suave aroma que desprendía, su mirada vivaz lo que la ponía nerviosa y le hacía perder los papeles. Y ella nunca los perdía, al menos no la Rose que fingía ser.

—Ni lo sueñes. ¿Crees que después de ese beso voy a dejar que te me escapes? No suelo cometer dos veces el mismo error —le advirtió él.

—Yo tampoco —aseguró Rose, intentando mantener la compostura.

—Lo nuestro no fue un error. Ni lo insinúes —contestó él, serio como nunca.

—El error fue confiar en ti. «Ambos lo estamos deseando Rose, te prometo

que no pasará nada.» Al día siguiente no tenía ni inocencia, ni prometido ni nada.

No hacía falta que se lo repitiese hasta la saciedad, pues él mismo ya lo había hecho durante esos dos años. Se había torturado, maldecido y condenado miles de veces por haber sido un inmaduro.

—¿Podríamos dejar de hablar del pasado y mirar al futuro? —dijo en un intento de salir de esa conversación.

Rose dejó una sonrisa amarga.

—No te lo he perdonado, Frayes. No sé si voy a perdonártelo.

—¿Y qué tengo que hacer para que me perdones? Estoy dispuesto a redimirme, Rose. Estoy dispuesto a todo. No dejaste que me acercase a ti en esos dos años, y lo entendí, pero ya no.

—No lo sé. No sé si estoy preparada para perdonarte, ni para lo que tú quieres.

No, no estaba preparada para nada de lo que él pudiese ofrecerle.

—Pamplinas. Voy a bailar contigo en cada baile, a perseguirte por toda la ciudad si es necesario.

—George, no lo hagas. Solo... déjame.

No quería discutir con él, porque sabía que sería él quien acabaría ganando todas las discusiones, por el mero hecho de que no quería decirle nada.

—¿Me vas a decir qué te pasa? ¿Por qué estabas anoche en aquel sitio?

—No voy a hacerlo.

Por suerte para ella la melodía terminó y se alejó de él tanto como pudo. Huyó entre la multitud hasta llegar a un sitio apartado. Allí, detrás de una de las columnas de mármol que condecoraban el salón, respiró apresuradamente, intentando calmarse. Estaba preocupada, pues finalmente no había acudido a la cita y temía que aquella persona hiciese una tontería. Esperaba que no.

Cuando se hubo calmado, miró hacia la gran sala. Su abuela estaba demasiado entretenida charlando con dos mujeres para percatarse de su ausencia, el pobre Franklin seguía bailando con *lady* Georgiana y George... ¿qué demonios?

George y Edmund estaban paseando cogidos del brazo de una chica, muy distraídos. No la conocía... o sí. Por supuesto, cabello marrón oscuro, vestido afrancesado con un corsé ceñido y ese descaro del que carecían las inglesas, al menos las que solían acudir a estos eventos de la realeza. Era esa española, la nieta de Rowina Clayton recién llegada. A Mary Leverton su arribada no le hizo ni pizca de gracia e incluso alentó a Rose a que fuese mezquina con ella.

Estaba demasiado metida en sus asuntos como para preocuparse por si la sociedad estaba siendo invadida por una católica sin modales, y no le prestó demasiada atención. Pero eso que estaba viendo era otra cosa. Ese era su terreno.

No le gustó que estuviese allí, charlando animadamente con sus amigos. Al menos Edmund seguía siéndolo, George... siempre había sido más que un amigo.

No era fea, la condesa no era fea en absoluto. Con rasgos dulces, cara aniñada y porte orgulloso, su atractivo era algo exótico. De Edmund se lo esperaba, no tenía ni pizca de moralidad en lo que a eso se refería, pero lo bueno era que todas sabían lo que había, no las engañaba con falsas promesas de amor. Tampoco ninguna estaba deseosa de casarse con él, pues sabían que su fidelidad duraría poco.

Pero George no era como Edmund. Sí que le habían llegado rumores de que lord Frayes se había vuelto un tarambana cuando ella se había casado, pero sabía que, desde que pronunciase el sí quiero, lo habría perdido para siempre. No se atrevería a reprochárselo, pero pasar de haberle dicho eso a pasearse del brazo de aquella mujer, era otra cosa.

«Cerdo inmundo, no te puedes fiar de los hombres. Bailan contigo y te dicen que irán a por ti y al segundo coquetean con otra».

Quería salir de allí, desaparecer de Londres y no volver. Pero no podía hacerlo, carecía de medios y estaba totalmente atrapada.

Tomó la decisión de que no entraría en ese juego. Si lo estaba haciendo para ponerla celosa, no funcionaría. Al fin y al cabo, había decidido que debía alejarse de George y eso iba a hacer, aunque le costase horrores.

No, no tenía tiempo para esas tonterías, eran minucias comparadas con sus problemas, que sí eran reales e importantes. Y debía resolverlos cuanto antes.

2. A rey muerto, rey puesto

La insatisfacción es el comienzo de toda filosofía, y la ignorancia es el resultado.

Michel de Montaigne

El despacho del señor Figgins estaba situado en el centro de Londres. Era lúgubre y polvoriento, y Rose juraría que en él habitaban más seres que ese hombre y su mujer, que había oído chillar el nombre de su marido, al ver corretear al otro extremo del pasillo un bicho que no lograba distinguir con claridad.

Era un misterio el por qué Essex, teniendo dinero de sobras, había decidido escribir sus últimas voluntades con ese abogado de poca monta y dudosa reputación, pero como casi todo lo que hacía, carecía de sentido para Rose.

—Duquesa, por favor, pasad y sentaos —dijo el viejo hombre, arrugado como un pergamino y caminando con la ayuda de un bastón.

Cerró la puerta detrás de sí y se sentó frente al escritorio. Luego se puso las gafas y cogió un sobre.

—Aquí están las últimas voluntades del duque de Essex.

Rompió el sello y lo leyó. Ya se lo esperaba, no había absolutamente nada que la sorprendiera. Una mísera pensión que no le daba ni para vivir.

—No se puede hacer nada, ¿verdad? —preguntó resignada.

—Depende del próximo duque si quiere ampliársela. Podría insinuárselo.

El hermano de Essex, Robert, sería quien heredaría el título. No lo conocía, no estuvo presente en la boda ni fue ni una vez de visita, tenía tierras y negocios

en las Américas. Pero si calzaba del mismo pie que su hermano, ya podía olvidarse del tema.

—Muchas gracias, señor Figgins. —Se levantó con la intención de salir de allí lo antes posible.

—Espere, hay una carta para usted —dijo, mientras alargaba otro sobre exactamente igual hacia ella, que lo cogió sorprendida.

—Puedo guardármelo, ¿no?

—Por supuesto. Que pase un buen día, duquesa.

—Igualmente.

Esa carta le quemaba en la mano. A saber lo que le decía Essex, pero estaba segura de que no era nada bueno ni agradable. La guardó en el bolso, no estaba de humor para enfrentarse a ella.

Salió del despacho resignada a tener que sufrir a su abuela y sus divagues de futuro matrimonio cuando se percató de que, delante de su carruaje, había una mujer que parecía esperarla. Llevaba el cabello castaño recogido en un moño mal hecho, su cara era algo pecosa, pero estaba sucia, al igual que la tela andrajosa de su vestido, demasiado provocativo. Dedujo que quería limosna así que no le dio importancia y siguió caminando hasta allí.

—No vino a la cita —dijo la mujer, acercándose a ella.

Al escuchar esas palabras, tragó saliva y se detuvo antes de entrar en el carruaje.

—Acudí, pero tuve que marcharme pronto —murmuró, girándose hacia ella.

—Lo vi todo, estaba frente a una de las ventanas del edificio de la calle St. Peter's. Podría ir a la justicia y contarles todo.

—¿Qué quieres?

Era evidente qué era lo que quería, y que la estaba chantajeando.

—Cinco mil libras.

Rose casi se mareó al oír aquella cantidad. No se esperaba que fuese tanto lo que le pidiese.

—¿Estás demente? No poseo esa cantidad, no me da ni para vivir con la pensión que me ha dejado —exclamó, impotente.

—Estoy segura de que podrá reunir la cantidad. —Se mantuvo en sus trece—. Tiene dos semanas, me comunicaré con usted.

Después de decirle aquello, se fue por una de las calles atestadas de gente.

Rose logró subir al carruaje sin creerse lo que acababa de oír. Aquella mujer acababa de pedirle cinco mil libras por su silencio. Una de dos: o confiaba con que los agentes no la creyeran o le daba el dinero.

Dinero que no tenía y que no sabía cómo conseguir.

Se miró la mano, toqueteando con los dedos el anillo. Eran medidas desesperadas, pero lo necesitaba con urgencia. Las esmeraldas parecían grandes y buenas, era lo único que Essex le había regalado en los dos años de matrimonio. Mentira, y aquel collar de diamantes que tenía en casa, pero primero quería ver qué podía sacar por el anillo.

Indicó al cochero la dirección de una joyería con buena reputación, no era nada raro vender joyas y menos habiéndose quedado viuda recientemente. Ya se sabía que las viudas no solían quedarse con demasiado y vender las joyas era lo primero que hacían.

Se bajó del carruaje y entró en la tienda de Bond Street, donde un hombre extremadamente elegante y con gafas, de barba opulenta, la saludó con una educación exquisita. No era raro, se veía a leguas que era una dama de alta alcurnia.

—Me gustaría saber el precio de este anillo —dijo, mostrándoselo.

El hombre sacó un aparato extraño y lo analizó, observándolo detenidamente con una especie de lupa.

—No es tanto como debiera parecer, señora. Las piedras tienen varios

defectos y su brillo no es contundente.

Rose observó al hombre con desconfianza.

—¿Aproximadamente?

—Tendría que hacer un análisis exhaustivo. ¿Está interesada en venderlo?

Al escuchar eso, Rose se dio cuenta de que el hombre o le estaba diciendo algo que no era cierto para comprar la joya más barata o, en el caso de tener razón, podría incluso aprovecharse de su situación si se diera cuenta de su desesperación.

—En absoluto, solo quería saber su valor. Fue un regalo.

—En este caso podría valorarlo como es debido. Como le he dicho, es difícil calcularlo a simple vista... —Vio cómo el hombre se ponía nervioso.

—No se preocupe, nunca está de más tener una segunda opinión.

Sin ni siquiera despedirse, se giró y atravesó la puerta ignorado al hombre.

Tendría que pensar en otra cosa, quizás otra joyería o puede que una casa de empeños...

—¿Buscando algo especial?

La voz de George, así como su aliento en la nuca, la sobresaltaron. No entendía cómo, de todas las personas que podía encontrarse, siempre acababa apareciendo él.

—Puede.

Darle explicaciones estaba de más, así que no se detuvo a charlar con él, pero George no estaba pensando en lo mismo así que tiró de ella cogiendo su mano, situándola delante del carruaje.

—No te atrevas a meterme de nuevo en el carruaje —le advirtió, pero su tono amenazante no sirvió absolutamente de nada, pues abrió la portezuela y, elevándola por la cintura, la metió dentro.

—Eres más tozuda que una mula, Rose, pero yo lo soy más.

Rose, que no estaba de humor para juegos, levantó la mano y se la plantó en la mejilla, dándole una sonora bofetada.

—Déjame en paz, cerdo inmundo. ¿La españolita no se deja meter en carruajes?

George no se dejó amedrentar, sabía de sobras cómo se las gastaba Rose cuando quería, pero sabía que, en el fondo, su temblor era debido al nerviosismo que él le provocaba.

—No lo sé, en cualquier caso, deberías preguntárselo a Edmund —dijo él, que en el fondo le gustaba que se hubiese puesto celosa.

—Te he dicho que me dejes en paz —repitió ella, ignorándole, o al menos intentándolo.

Le era muy difícil ignorar a George.

—No voy a dejarte en paz hasta que me perdones —dijo él, en sus trece.

—¿Para qué quieres mi perdón?

—Para pasar página de una vez, ¡maldita sea! Tenemos otra oportunidad, y yo al menos no voy a desaprovecharla. No he dejado de quererte ni un solo minuto, Rose, ni uno.

Sentía cómo ella se iba relajando, dejaba esa tensión al escuchar sus palabras, al sentir cómo sus manos pasaban de sus hombros hasta el antebrazo, y luego volvían a su cuello. Acarició su piel nívea con anhelo, había deseado hacerlo durante tantas noches que había perdido la cuenta. Sentía su olor, el olor de Rose que impregnaba sus fosas nasales. Acercó el rostro al de ella, que permanecía inmóvil, y juntó sus labios. No pidió permiso, él era de los que siempre había preferido pedir perdón y no sería distinto esa vez.

Rose no se opuso, pues sus besos eran irresistibles. Tenía tantas o más ganas que él de que la acariciase. La noche en la que se habían reencontrado había desatado una pasión que había aprendido a controlar hacía años atrás, pero solo

habían bastado unos minutos a solas para que todo aquel autocontrol pasase a la historia. No, no podía ni quería parar.

Toda esa frustración, los problemas que se le acumulaban, desaparecieron cuando George deslizó sus dedos por su piel desnuda. No supo en qué momento empezó a desatarle el vestido por detrás quitándoselo por delante. La sencillez de los vestidos imperio con corte por debajo del pecho hacía mucho más fácil el deshacerse de ellos, y pronto se vio privada de él.

George se detuvo al darse cuenta de que la pequeña cadena que adornaba en su cuello terminaba en algo que el vestido escondía y que la camisola dejaba ver.

—Lo llevas puesto —dijo, acariciándole el mentón.

La pequeña lágrima de cristal que le había regalado en uno de sus cumpleaños era uno de sus collares favoritos. No era el más hermoso ni valioso, pero sí el que le hacía recordar momentos bonitos y lo llevaba siempre, aunque no visible.

—No pienses que ...

Quería justificarse, decir que no era importante, pero George puso el dedo índice en sus labios mientras sacaba algo de su bolsillo.

Extrajo un reloj de bolsillo, y al abrirlo vio que dentro de él había una pequeña trenza de su cabello que le había entregado años atrás.

—Te quiero, flor de primavera, y nada podrá cambiar eso.

Ver aquello la descolocó. Saber que la quería, que aún conservaba una parte de esos momentos que lo habían significado todo, emblandeció su corazón.

Ella fue quien lo besó, sintiéndose huérfana de ese amor por demasiado tiempo. Ella también lo quería, tanto que hasta le dolía. Lo besó hasta que el cosquilleo la invadió desde el estómago hasta más abajo. Los ojos de George la examinaron ávidamente, después la atrajo contra él pegando su boca a los pechos de ella, desabrochándole la camisola. Su lengua, sus dientes, sus labios,

todo empezó a derrochar sensaciones, haciéndola gritar una y otra vez.

Dios, necesitaba que la tomase ahí y en ese momento. Necesitaba calmar ese escozor que tenía en sus partes, hacía demasiado tiempo que no lo sentía. Se aferró a su cuerpo provocándolo mientras arqueaba la espalda.

—Mi flor de primavera... —susurró él, cogiéndole con los dientes el lóbulo de la oreja y tirando ligeramente para después besarlo con dulzura— ...estás sobrepasando los límites.

—Y tú los míos —respondió ella mientras intentaba desabrochar su pantalón.

—¿Estás segura? —le preguntó, viendo cuáles eran sus intenciones.

Rose solo asintió aprisionando de nuevo sus labios; aunque no estaba segura de nada, aunque no lo hubiera perdonado, lo necesitaba. No era un requisito *sine qua non* para poder disfrutar de él. Y fue él quien se deshizo de los pantalones para después tomarla por las nalgas para levantarla, y luego la hizo deslizar lentamente sobre él, sentado en el asiento del carruaje.

—Dios Rose, estás demasiado estrecha —dijo en un leve susurro, pero ella no contestó, no quería hablar de nada, solo sentirse amada, querida y deseada por él.

Ella rápidamente aceleró el ritmo, aferrada a su cuello, viendo esos ojos verdes como las extensas praderas y perdiéndose en ellos. La ola de placer no tardó en llegar, haciéndoselo saber a George, que notaba cómo su miembro estaba a punto de estallar. Hacía demasiados años y se perdió en la urgencia, en la desesperación de volver a tenerla.

Ambos gimieron perdiendo totalmente el control llegando al éxtasis.

Después de varios instantes, Rose supo que había metido la pata. Había incumplido aquello que se prometió hacer, no enredarse de nuevo con George, y a la primera de cambio, era lo que había hecho. Porque, en el fondo, pese a que seguía deseándole, había una parte de ella que no podía evitar sentir rencor y

dolor. Aun ahora, mientras sentía su aliento y su corazón palpitante, no podía evitar mirarle a los ojos y sentir esa punzada de congoja, provocada por los recuerdos.

Dejó que él la ayudase a vestirse, entre besos y palabras bonitas. Una vez con el vestido puesto, decidió que era el momento de huir. Era ya una experta abriendo puertas y deslizándose a través de ellas y, en un despiste de George, eso fue exactamente lo que hizo. Sin vacilaciones, salió de allí como alma que llevaba el diablo hasta llegar a su propio carruaje y subió en él.

George maldijo en el silencio del vagón vacío, pues se le había vuelto a escapar antes de poder hablar claro con ella. Avisó al cochero de que volviesen a casa y, cabreado, se sentó. Ya ni sabía qué hacer, lo había intentado todo, pero Rose seguía reticente. ¿Qué necesitaba más?

Por otro lado, no esperaba que aquello sucediese tan rápido, había sido demasiado pronto, pero tenerla a su merced después de tanto tiempo había nublado su buen juicio. Ella no estaba lista, y menos para eso. No era la primera vez que se precipitaban en ese aspecto y habían vuelto a caer.

Entendía que su reciente viudez era la razón por la cual quería evitar el matrimonio. Pero se trataba de él. Si antes tenía cierto recelo sobre sus sentimientos, ese día se habían disipado en su totalidad. Ella seguía amándole, no había ninguna duda.

¿Se estaría torturando debido a la memoria de su esposo? Quizás sentía que le faltaba al respeto, o quién sabía. Pero Rose era más bien una mujer práctica, no se lamentaba con facilidad y siempre solía buscar soluciones rápidas y sin sentimentalismos de por medio.

Al llegar a la puerta de la casa de los Frayes, se incorporó para bajar del carruaje, pero algo lo detuvo. Estaba a punto de pisar un sobre. Lo recogió y leyó solo una palabra escrita en él: *Rose*.

Se le debía de haber caído al irse tan rápido. Dentro había un papel, pero la carta estaba sellada, y reconoció el sello, era del Duque de Essex.

Entró con aquel sobre y no se detuvo hasta llegar a sus aposentos. Se moría de ganas de abrir y leer lo que contenía esa carta. Se había torturado de todas las maneras posibles imaginando que era Essex quien la besaba, con quien compartía las frías noches de invierno, quien...

«Para, George, o vas a volverte loco de celos. Essex está muerto».

Pero ¿y si ella sentía un poco de afecto hacia él? ¿Y si era eso lo que le impedía seguir adelante? ¿Y si lo llegó a querer y seguía haciéndolo?

No quería pensar en ello, pero era inevitable. Se podía luchar por el afecto de una dama, aunque esta tuviese otro en su corazón, pues había muchas maneras de desacreditarlo, de que se hundiese a sí mismo, pero ¿con el recuerdo de un muerto? No, siempre tendría el corazón dividido.

Dejó la carta dentro de un cajón cuando oyó que alguien llamaba a la puerta. Le anunciaban de que su padre deseaba verlo.

Bajó las escaleras hasta llegar al despacho de su padre. Como siempre, él estaba tumbado en una de las butacas, con el puro a medias en el cenicero y una copa vacía al lado.

—George, ¿te importaría acabar tú las gestiones? Voy a tumbarme un rato, no me siento bien.

—Por supuesto.

Era algo habitual, el actual conde solía beber durante todo el día, quedándose a media mañana adormecido en cualquier rincón de la casa, borracho. Era también común que fuese él quien realizase todas las gestiones, se había convertido en el conde de Dorset de facto.

No sabía cuándo había comenzado todo aquello, quizás en el momento en que su madre empezó a volcarse en su hermana de una forma obsesiva o la muerte de su tío, que lo afectó profundamente. Veía cómo, poco a poco, su padre se alejaba de la realidad sin importarle nada ni nadie.

El conde se puso de pie y, tambaleándose, salió del despacho.

George había intentado demasiadas veces hacerlo reaccionar, pero nada había servido. Era como intentar razonar con la pared, inútil y totalmente frustrante. Él se consideraba de carácter afable, sonriente y siempre de buen humor. De bromas recurrentes y sonrisas eternas, era un buen compañero de aventuras y fatigas. Solía tomarse las cosas sin mucho apego, quitándole hierro al asunto y no se enfadaba con facilidad.

—¿George? ¿Puedo pasar? —La voz aguda y baja de su hermana, que venía desde la puerta, irrumpió su trabajo.

—Claro, Susan.

Igual que un pequeño duende, se coló en el despacho. Su hermana era menuda, con un cabello rojizo que había heredado de su abuela materna, y extremadamente retraída.

—Venía a hacerte una pe-petición.

Ella lo observaba con sus ojos verdes, iguales a los suyos, esperando que se apiadase de ella y dijera que sí.

—Adelante.

—Este fin de semana Benjamin Lodge nos ha invitado a su casa de campo para pescar. Me gu-gustaría acudir, mis amigas van a estar. Y si tú no vienes, vendrá madre. Y no quiero.

George se alegró de que su hermana, por fin, quisiera independizarse del yugo materno y empezase a tener algo más de desenvoltura.

—Entonces acudiremos los dos.

Debido a la diferencia de edad, su hermana y él no habían tenido demasiada relación, pero le tenía afecto.

—Gracias, George —dijo Susan sonriendo.

—De nada. —Le guiñó un ojo antes de que saliera de su despacho.

Con un poco de suerte, Rose también estaría allí, y lograría sonsacarle

información. Estaba seguro de que algo ocultaba, su comportamiento carecía de toda lógica y difería mucho de lo que hacía a lo que decía. Tenía que lograr que ella confiase en él, esa era la clave.

Rose y su hermano entraron en el *cottage* de Lodge mientras ella tenía la cabeza en otro sitio.

Había metido la pata. No tenía que haber hecho nada durante la velada real. Pero ver cómo George la ignoraba por completo y que la condesa de Medina tenía toda su atención, le había dolido. Por supuesto, no iba a decirle ni una palabra a él, más que nada porque sabía que entonces George no la dejaría en paz, era una técnica muy rastrera para despertar su interés.

Pero darle un toque de atención a ella no había sido una gran idea, había pretendido ser una inocente regañina, pero la había calado. Meter a Edmund en la ecuación no había servido para nada, y en ese momento esa chiquilla sabía que George era su debilidad. Como si no tuviese suficientes problemas ya. De hecho, no debería haberse inmutado, era lo que quería, alejarse de George. Pero le dolía.

Era la persona más incoherente de todo Londres, estaba segura.

—¿Franklin? ¿Tú te encargas de todos los asuntos del ducado? —le preguntó a su hermano.

Técnicamente él era el duque, y aunque no le había puesto al tanto de nada, podía confiar en él si era capaz de ayudarlo.

—Sí, por supuesto. Pero la abuela lo supervisa todo. Ya sabes cómo es, y a mí no me importa. Total, no le queda mucho tiempo, así que dejo que sea feliz.

Condenó a su abuela en un murmullo, hasta en eso tenía que meter las narices. No, no podía pedirle el dinero a su hermano. Y las joyas no eran suficientes.

Se sentó junto a *lady* Georgiana y *lady* Penélope. No eran objeto de su

devoción, pero fingía cordialidad con ellas.

—No puedo creer que esa condesa esté aquí. ¿Acaso tienen que traerla siempre? —se quejó Georgiana.

No era extraño, solía quejarse por todo.

—¿Es la sobrina de John Clayton? Bueno, que siga viniendo, así su tío también aparece —añadió ella, perspicazmente, a lo que las dos asintieron.

—Y si viene Clayton, viene Hayes. William Hayes, por supuesto. Su hermano siempre me ha dado la impresión de que es un seductor que elude toda responsabilidad —*lady* Penélope dejó ir una leve risilla nerviosa, esperando a que alguna preguntase su significado.

Le parecía la dama menos sutil que podía haber en todo Londres, o al menos que ella conociera. Estaba a punto de contradecirla, Edmund podía ser muchas cosas, pero no un irresponsable, aunque se mordió la lengua.

—¿Qué estás tramando, Penélope? —le preguntó Georgiana, abriendo sus ojos oscuros desmesuradamente.

—Ya lo tuve detrás una vez, no será difícil tenerlo de nuevo.

—¿Casarse con él? ¿Con el Duque de granito? —preguntó Rose, que sabía que apenas hacía unos meses que había enviudado.

—Por supuesto, no estoy dispuesta a que se me relegue a la categoría de amante. Soy la viuda de un marqués, por el amor de Dios.

Rose se calló de nuevo lo que estaba pensando, y eran los rumores acerca de los amantes que ella había tenido. La hipocresía era algo a lo que estaba acostumbrada, pero su paciencia a tolerarla cada vez era menor.

—Eres tremenda. Yo, personalmente, me decanto hacia Benjamin, es tan tierno y educado, pero, por supuesto, el duque es mi perdición. ¿A ti quién te parece un buen partido, Rose?

Ella se giró a observarlas, dejando la taza de té en la mesa.

—No sabría decir, hasta que no pase mi periodo de luto no pensaré en el matrimonio.

—No seas tonta, Rose. Es ahora cuando tienes que empezar a planificarlo todo. Primero tanteas el terreno, a ver quién es el que te hace más caso o parece que le intereses más. Si es de tu agrado, empiezas el coqueteo de inmediato, pero sutilmente.

«Como si tú supieses lo que es ser sutil».

—Y lo más importante, no dejes que ninguna otra lo intente, debes tener el terreno ocupado.

—Creo que John Clayton y tú haríais una pareja estupenda. Y ya sabes los amigos que son con Hayes, podríamos cultivar también nuestra amistad.

Disimuló su cara de asco al oír aquello y sonrió. Tenía que salir de allí urgentemente.

Era lo ideal, la soledad, lo que tenía que haber hecho. Necesitaba tranquilidad, tiempo. Pero nadie parecía entenderlo, ni su abuela ni Frayes ni nadie.

Se alejó de ellas con la excusa de caminar un rato, y así lo hizo. Dio un paseo por los alrededores de la finca aprovechando el día soleado y, cuando volvió, los hombres ya habían regresado de la pesca.

Se sentó en una de las sillas del jardín, en uno de los extremos. Observó cómo la condesa, Susan Frayes, y otra muchacha hablaban ajenas a todos. Sintió una pequeña punzada de celos, ella no tenía a nadie con quien charlar y demasiados problemas en la cabeza. Ni *lady* Penélope ni *lady* Georgiana eran dignas de confianza, de eso estaba segura.

Edmund se sentó a su lado, observándola preocupado.

—Rose, ¿qué te pasa? Últimamente estás siendo... una maldita arpía. Sabes que no tengo pelos en la lengua.

Conocía a Edmund demasiado bien y sabía por qué le estaba diciendo todo

eso. Chascó la lengua dispuesta a serlo aún más.

—No me vengas con esas, Ed. ¿Todo eso es por la españolita?

Había sido algo mezquina alentada por su abuela, y luego porque no le gustaba que nadie pisase sus terrenos; se dijo a sí misma que era cuestión de marcar territorio y de hacerle saber quién era la que mandaba en Londres.

—Beatriz sabe cómo encajarlas, me preocupas más tú.

—Mientras siga siendo, como tú has dicho, una maldita arpía, todo irá bien.

No le gustaba que la gente metiese las narices en sus asuntos, pero Edmund, por suerte o por desgracia, estaba metido ya hasta las cejas en ese asunto. Él había sido, básicamente, su salvación.

—¿Fuiste al encuentro?

—Sí, pero no pude quedarme. Apareció George. Tienes que distraerle, Ed.

Edmund se rio por lo bajo.

—Quizás podría ayudarte.

—Ni se te ocurra. Quiero a George fuera de esto, lo digo muy en serio.

Su mirada desesperada lo dijo todo.

—No lo entiendo, él te ayudaría. También es tu amigo, está preocupado, Rose.

—George no es mi amigo. Lo digo en serio, hay ciertas cosas que... pasaron antes de que me casara, cosas que no tienen nada que ver con esto y que no te incumben.

—¿Eso es porque sigues estando enamorada de él?

Por supuesto que Edmund lo sabía, ¿cómo había podido pensar que precisamente él, que era amigo de ambos, no se hubiese percatado de ello?

—No. Y no vuelvas a decir eso, Edmund.

Ella lo fulminó con su mirada cristalina y fría. Por supuesto, mentía. Seguía

sintiendo cosas por él, pero no pensaba decírselo a Edmund.

—Entonces, ¿qué vas a hacer con el testamento de tu marido? No te ha dejado nada.

No preguntó cómo sabía eso, porque Edmund solía saberlo todo.

—Lo sé, tampoco esperaba que me dejase algo. ¿Por qué crees entonces que me estoy comportando como una verdadera Leverton? Es esto o mi abuela es capaz de echarme de casa.

—Tu abuela siempre me dio verdadero miedo, y no solo por su aspecto. Es incluso peor que yo cuando quiere conseguir algo —afirmó Edmund.

—Y no es para menos.

Hasta ella temía a su propia abuela, y corría la misma sangre por sus venas.

—¿Entonces?

—Nada, todo está bajo control, no te preocupes.

Pero nada lo estaba, esa falsa seguridad que parecía tener era todo pura fachada. Pero ella misma se había metido en ese lío, y sería ella misma quien saldría de él.

Edmund asintió, no teniéndolas todas.

—¿Y tú? ¿Qué te traes entre manos con la española?

Si a alguien podía llamar amigo, ese era Edmund Hayes, marqués de Brens. Sabía que podía confiar en él, se lo había demostrado infinidad de veces. No era el hombre más caballeroso ni el más encantador ni el que tenía mejor humor, pero era leal. Sabía también que tenía sus secretos, que nunca le había hecho partícipe de ellos, pero lo respetaba.

—Nada malo. ¿Qué opinarías si me casase con ella?

Rose se rio ante tal comentario.

—¿Tú, casado? No me lo imagino. Pero es lista, y tiene carácter. No creo que

os complementéis a la perfección, pero si te gusta, adelante.

—Me gusta lo suficiente.

—Pero no lo bastante para haberte enamorado de ella. ¿Hay alguna razón especial por la que quieras casarte?

—La hay. No lo haría si pudiera evitarlo.

Rose suspiró, pensando en su propia experiencia en matrimonios no deseados pero necesarios.

—No lo hagas, Edmund. Vas a condenarla a ella y a ti.

Hablaba por experiencia, nunca debió haberse casado con Essex, ni por necesidad ni porque su abuela se lo impusiera. No volvería a cometer el mismo error.

—Créeme que no me casaría con ella si pudiera.

—¿Y con quién lo harías? Oh, vamos, nunca me has dicho de quién estás tan secretamente enamorado. ¿Tan terrible es la muchacha? Oh, peor aún, ¿está casada con otro?

Quería saberlo, Edmund no solía mostrar sus sentimientos, pero años atrás en un momento de debilidad le había confesado que se había enamorado.

—Está enamorada de otro —dijo Edmund mirando al horizonte.

Siempre había sido extremadamente retraído en ese tema, y veía que seguía siéndolo.

—Lo siento. Pero la esperanza es lo último que se pierde. Quién sabe, puede que ella pase página. Puede que, si das un paso, te corresponda —incidió ella.

—Puede. —Se limitó a decir él—. ¿Podemos cambiar de tema?

—Por supuesto. ¿Te has dado cuenta de que *lady* Penélope quiere enganchar a tu hermano?

—No me digas —respondió con ironía—. Que se ponga a la fila, todas

quieren casarse con el duque.

—Yo no. Los duques, sin duda alguna, están sobrevalorados.

—¿Y qué me dices de los marqueses? ¿Qué fama crees que merecemos? —
bromeó él.

—La mejor, sin duda alguna, querido.

Le sonrió, pensando en la suerte que tenía de tener a alguien como Edmund de su lado.

3. Visteme despacio que tengo prisa

Los celos son, de todas las enfermedades del espíritu, aquella a la cual más cosas sirven de alimento y ninguna de remedio.

Michel de Montaigne.

La velada estaba siendo agradable, la cena había sido entretenida y, por suerte, Rose se pegó a su hermano para no tener que soportar a las otras damas, las cuales estaban ociosas y sedientas de acaparar a la atención de los solteros más codiciados. El accidente que había tenido Beatriz de Velarde durante la mañana al caerse del caballo había sido lo más comentado, pero todo había quedado en un pequeño susto y la susodicha ya se encontraba recuperada y cenando con todos.

Cuando pasaron al salón, decidió mantenerse al margen; estaba cansada así que le dijo a Franklin que iba a retirarse, por lo que se encaminó hacia el pasillo.

—¿Adónde vas?

George Frayes estaba al pie de la escalera, con los brazos cruzados y una actitud a la defensiva. Había estado evitándolo durante todo el día, con éxito, pero no esperaba que él, después de lo que había pasado entre ellos, la dejase en paz con tanta facilidad.

—A descansar.

—¿Ya te has cansado de jugar a la dama recatada y chismosa?

Sus palabras hicieron un efecto sorpresivo en ella, sonrojándose, parecido a la vergüenza.

—La verdad, sí.

George bajó el escalón y se quedó frente a ella, analizando su rostro totalmente inescrutable.

—Dímelo. ¿Qué es lo que necesitas para darme tu perdón? Tienes mi arrepentimiento, mi dolor, mi frustración —murmuró cerca de su oído—. Me tienes a tus pies, Rose.

Rose se asustó, porque volvía a sentir ese cosquilleo incesante, y no quería volver a lo mismo.

—No quiero nada de ti. ¿Quieres mi perdón? Pues ya lo tienes, pero no pienses que todo volverá a ser como antes —dijo, aguantándose de decir lo que realmente pensaba.

Porque no podía hacerlo, era muy consciente de que no podía perdonarle del todo.

George le elevó el mentón, indagando en sus ojos si era verdad lo que estaba diciendo.

—No estás hablando en serio. Tus palabras no concuerdan con tus actos, el otro día en el carruaje lo dejaste bien claro, Rose. Sigues queriéndome.

—Lo del otro día fue un desacierto que no se repetirá. Ahora, déjame en paz —dijo, y dándose la vuelta entró dentro de la primera habitación que vio, la biblioteca.

—Rose, no vuelvas a huir —escuchó que decía él desde el pasillo.

—Deja de seguirme, ¿eres imbécil o te lo haces? —decía ella alterada.

No podía volver a sucumbir a sus encantos, era demasiado para su cuerpo, para su mente, para su equilibrio mental.

—Ni una cosa ni la otra. ¿Quieres escucharme?

—No, no quiero hacerlo. Vete. Ahora. Mismo —recalcó ella sin dejarse amedrentar.

—Rose, deja de ser tan cabezota o... —empezó a advertirle.

—A mí no me digas lo que tengo o no tengo que hacer, cerdo inmundo —lo interrumpió ella, no dejándole terminar.

Estaba nerviosa, alterada por la situación que estaba viviendo, solo quería salir de allí cuanto antes porque no respondía de lo que podría ocurrir de nuevo si estaban a solas otra vez.

—Puedes insultarme hasta la saciedad que no me moveré. —Sus palabras parecían ir en serio.

«Piensa, Rose, una excusa para no perdonarlo. ¿Que no te fías de él? Podría resultar».

—No volverá a ocurrir, ¿entiendes? —incidió ella.

—Los dos sabemos que es mentira.

Él se acercó y, atrayéndola hacia su propio cuerpo, la besó. Solo duró unos segundos, el tiempo suficiente para que Rose volviese a la realidad y le diese una sonora bofetada pese a que lo encontró delicioso.

—No vuelvas a tocarme, mentiroso.

—Nunca te he mentado.

—¡Claro que sí! Te pregunté si te casarías conmigo antes de entregarme a ti y tú me dijiste que sí —le recordó.

—Te dije que me casaría contigo y era mi intención, pero eres una impaciente que no sabe esperar.

—¿Tenía que esperar a tener veintisiete años, a ser el hazmerreír de la sociedad? Ya puedes irte a tomar viento.

Él no pensaba casarse con ella, y tenía la prueba que lo demostraba. Lástima que no tuviese la carta allí mismo, en aquel instante, pues la había guardado hasta ahora. Era algo masoquista, lo reconocía, y de tantas veces que la había leído, se sabía su contenido de memoria.

—Era demasiado joven para casarme, y tú también.

—Lo único que no tenía era tiempo, estúpido.

Rose se dio cuenta de que no tendría que haber dicho aquello. Dejaba demasiadas pistas de aquel secreto que juró callarse. Así que se mordió la lengua, maldiciendo interiormente.

—Dime qué hacías el otro día en ese antro.

Por suerte para Rose, George cambió de tema al verse acorralado.

—Lo mismo que tú. ¿Vas a irte ya?

—No me iré hasta que vengas a cenar conmigo la semana que viene.

Rose soltó una carcajada sonora y sentida.

—No sé qué pretendes con eso, pero no voy a convertirme en tu amante. Lo de anoche fue algo que no volverá a repetirse.

—Ambos sabemos que sigues sintiendo algo por mí. No lo niegues. En realidad, quien debería estar enfadado tendría que ser yo, te casaste con otro sin darme una mísera explicación.

Rose se indignó. ¿Que él era el ultrajado? Se necesitaba ser un caradura para decir eso.

—Vete al infierno, ¿piensas que yo quería casarme con Essex? No tienes idea...

Caminó hasta la chimenea y entonces se percató de las dos personas que había tumbadas en el suelo. Avanzó hasta verles las caras y respiró varias veces. Increíble, ¡no podía ser cierto! Pero ahí estaba la prueba irrefutable de que sus ojos no mentían.

Beatriz de Velarde y William Hayes detrás del sofá, ambos con la cara sonrosada, despeinados y con las ropas arrugadas.

Beatriz le suplicó con la mirada que no dijese nada. Después de la sorpresa inicial de ver al mismo Duque de granito debajo de ella, asintió con la mirada.

—¿De qué?

George Frayes era la primera vez que escuchaba algo así de Rose. Tal y como sospechaba, había algo que Rose ocultaba cuidadosamente, a cal y canto.

—De nada. No sabes nada. Así que déjame en paz.

Rose caminó hacia la salida de la biblioteca, pero fue interceptada por él, que la cogió de las muñecas apoyando su cuerpo en una de las estanterías.

—No vas a librarte de mí tan fácilmente, flor de primavera —susurró en aquel tono que hacía que Rose se derritiese y su cuerpo se relajase.

—Suéltame —dijo con voz débil mientras las piernas le temblaban.

—Los dos sabemos que ni Essex ni nadie te satisface como yo. Sé lo que te gusta, lo que te excita, lo que te vuelve loca.

Si no se largaba cuánto antes, era probable que volviese a caer en sus redes.

—Buenas noches, lord Frayes.

Antes de poder zafarse de su abrazo, él la besó lenta y dulcemente, sin dobles intenciones. Algo aturdida, salió de allí a paso ligero.

Subió las escaleras algo mareada, seguramente de la impresión final de ese beso. Caminó hasta llegar a su habitación y se encerró en ella. Se sentó en el borde de la cama, inspirando y espirando hasta que el ritmo de su respiración volvió a la normalidad.

Tenía que mantener en orden sus prioridades, porque las cosas se estaban saliendo de su control.

En primer lugar, necesitaba las cinco mil libras para librarse de aquella mujer y el chantaje que le estaba haciendo. Sí, chantaje, no había otro nombre a eso.

En segundo lugar, debía de mantener su apariencia de odiosa muchacha ante los ojos de todos, sobre todo de su abuela, para seguir gozando de un techo en el que vivir.

Tercero, hablar con Beatriz de Velarde. Aún estaba en shock por lo que acababa de ver, estaba segura de que Edmund ignoraba ese *affaire* que la

española estaba teniendo, y nada menos que con su hermano. Todos sabían que estaban como el perro y el gato pero, visto lo visto, o era una mera fachada o el dicho ese que decía que del amor al odio solo hay un paso, era bien cierto.

Y cuarto, tendría que evitar a George Frayes, estaba haciendo demasiadas preguntas y empezaba a sospechar. No quería meterlo en ese asunto por dos motivos: primero, que era peligroso y segundo, que lo último que deseaba era que la viese vulnerable. No había querido casarse con ella y ella se había empeñado con que no lo necesitaba para ser feliz.

Pero no era cierto, por supuesto que no. No pudo ni siquiera aproximarse un poco a la felicidad, por más que lo intentó. En ese momento, sin embargo, estaba en un estado lo más próximo posible a la felicidad y quería mantenerse en él.

A la mañana siguiente, bajó a desayunar con la esperanza de encontrar a Beatriz y aclarar ese asunto. No quería ser el objeto de ciertos rumores, aunque la otra tuviese también las de perder.

Estaba sentada junto con Susan y otra chica, así que le hizo un gesto para que se acercase.

—Espero que hayas pasado una buena noche —dijo con algo de socarronería al verla.

Rose puso los ojos en blanco ante esa insolencia. ¿Esa chica no tenía filtro? Parecía que no, y eso, en el fondo, le gustaba.

Al menos no era tan irritable como Georgiana ni tan pesada como Penélope.

—Ahórratelo o empezaré con los chistes malos con lo que tú y el duque tenéis. ¿Os peleáis en público y os besáis en la intimidad?

—Tienes curiosidad, ya veo. Bueno, ya sabes lo que dicen, del amor al odio solo hay un paso.

Eso era justamente lo que había pensado anoche.

—Si Edmund se entera va a estar muy desilusionado.

—Pero no puede enterarse, y no te preocupes que no es por no romperle el corazón —cambió el tono a uno mucho más serio.

Entonces entendió que Edmund había cambiado de estrategia. Sentía curiosidad cómo era que estaba tan impaciente para casarse.

—Veo que ya te ha dejado ver al verdadero Edmund. No vas a hacerme caso, pero, no hagas ningún trato con él.

Beatriz chasqueó los dedos con la lengua.

—Un poco tarde para eso. Dime, ¿vas a decirle a George la verdadera razón por la cual te casaste con Essex? —Rose no podía creer lo que estaba oyendo—. Oh vamos, no pongas esa cara, sé sumar. Podrías haberlo rechazado aun enfrentándote a la ira de tu abuela, sabías que George iba a casarse contigo tarde o temprano. Huelo la desesperación a metros de distancia, y él está desesperado por ti.

—No lo sabrá, ya no tiene ninguna importancia. Oye, yo no digo nada de lo tuyo y tú mantienes la boca cerrada en cuanto a lo mío. ¿Hay trato?

—Trato. Otra cosa, sé que estás metida en algún lío, por lo que pude oír. Si necesitas algún tipo de ayuda, ya sabes dónde estoy.

Rose frunció el ceño de nuevo, si algo había aprendido era que pocas veces la ayuda venía gratuitamente y sin dobles intenciones.

—¿Qué quieres tú a cambio?

—¿La verdad? Me caes bien, Rose Leverton. No eres la frígida y estúpida inglesa que aparentabas ser. Tienes agallas, aunque te estés comportando un poco como el perro del hortelano con George. Pero como tengo, de momento, una reputación bastante terrible, codearme contigo no me irá nada mal.

La española la había calado, de eso no tenía dudas. ¿Le estaba ofreciendo una amistad? Eso parecía.

—¿Qué perro?

—Ya sabes, ni comes ni dejas comer. Viene de una obra de Lope de Vega. En fin, que si quieres a George, ve a por él y punto.

—Antes tengo que solucionar varias cosas y no creo que tú puedas ayudarme con ellas.

—¿Es por lo del disparo de tu marido? Si es un tema de deudas, puedo ayudarte. No olvides que, como condesa, tengo mis propiedades y mis negocios, tengo capital propio. ¿Por qué la gente tiende a subestimarme? —preguntó en voz alta.

Rose dejó de respirar durante unos segundos. Ante situaciones desesperadas, medidas desesperadas. Estaba claro que Beatriz era mucho más lista de lo que la gente pensaba.

—Es porque tienes cara de niña. No es una deuda, pero sí un tema de dinero. Si te cuento esto, Beatriz de Velarde, prácticamente estaré poniendo mi vida en tus manos, tenlo en cuenta —le advirtió.

—Dalo por hecho.

—Necesito cinco mil libras.

Estaba empezando por el tema más importante, el monetario. Si eso ya era negativo, no haría falta nada más.

—Cinco mil libras. Bien, ¿y para qué?

—Te lo devolveré, lo prometo. En cuanto vuelva a casarme y vuelva a tener acceso a una renta, pienso devolverte hasta el último chelín.

Beatriz permanecía callada, escuchando lo que decía.

—Cuento con ello. Pero dime, ¿para qué necesitas esa cantidad? ¿No eres viuda?

—Essex me ha dejado una pensión con la que no puedo permitirme ni una casita de campo.

—Lo siento. ¿Y tu hermano?

Rose se echó a reír.

—Mi hermano supongo que me lo daría, pero no hay nada que mi abuela no controle. Y ella no es de las que me lo prestarían. Está deseando volver a casarme para perderme de vista.

—He oído rumores sobre tu abuela, parece que es Satán en persona.

—Es peor, lo digo en serio. Es el ser más manipulador que puedas encontrarte. Si quiere algo de ti no dudará en llevarte en bandeja de plata, pero cuando se canse te tirará a los cerdos para que te revuelques con ellos.

—¿Estás hablando de tu abuela o de tu peor enemiga?

—Es ambas.

—Lo he entendido, no tienes la forma de conseguir las cinco mil libras sin que nadie se entere, excepto por mí. ¿Me vas a decir para qué las necesitas?

—¿Me las vas a dar?

—Sí, pero quiero saber en qué embrollo estás metida. Para algo interesante que pasa en esta ciudad... —exclamó, poniendo los ojos en blanco.

—No puedo decírtelo.

Beatriz se giró hacia ella, frunciendo el ceño.

—Rose Leverton, estoy casi segura de que tiene algo que ver con la muerte de tu marido. Si es una deuda, no creo que vayan a por ti sino a por el nuevo duque de Essex que es quien tendrá el patrimonio, así que queda descartado. Entonces, querida, solo me queda otra opción...

¿Sería posible que Beatriz lo hubiese deducido? Suspiró, resignada. No tenía ningún as en la manga y, viéndose totalmente acorralada, decidió apostar por confiar en aquella muchacha que estaba resultando ser la mar de extraña.

—De acuerdo, pero no me juzgues antes de escuchar toda la historia —le rogó encarecidamente.

—Lo prometo.

Rose finalmente se decidió a empezar.

—Me están chantajeando. Una mujer me está chantajeando, si no le doy las cinco mil libras hablará con los agentes de la ley y les dirá quién mató a mi marido.

Rose estaba a punto de contarle el secreto mejor guardado que tenía y, por supuesto, no pensaba contarle en medio del pasillo.

—Vayamos a la biblioteca.

Beatriz asintió y las dos caminaron hasta allí. Una vez se aseguraron de que no había nadie dentro, se sentaron en el sofá donde Beatriz tenía ciertos recuerdos escandalosos, pero reprimió su sonrisa al pensar en ellos.

—Cuando mi abuela recibió la petición formal del duque de Essex para que me casase con él, se volvió loca de contenta. Era el duque de Essex, así que imagínate cómo se tomó mi negativa.

—¿Mal? —dedujo Beatriz.

—Peor que mal, no lo aceptó. Yo escribí a George, le dije que, si no pedía mi mano, la abuela me obligaría a casarme con Essex.

—¿Y te respondió?

—Dijo que si era un burdo chantaje, no caería en él.

Beatriz empezó a pensar con rapidez. Aquella respuesta le parecía absurda y muy poco propia de un hombre como Frayes que, claramente bebía los vientos por Rose.

—¿En serio George Frayes te dijo eso?

—Lo sé, yo tampoco me lo hubiese creído nunca, pero aún tengo la carta. Y todavía sigue doliendo mirarla —aseguró ella.

—Me lo imagino. Solo estoy pensando que todo eso podía haber sido una conspiración. En fin, continúa.

—Era su letra —insistió Rose. Y le hubiese gustado que hubiese sido una

conspiración, tal y como decía ella.

Lo cierto era que nunca lo había pensado detenidamente, pero por cómo se desarrollaron los hechos, no le extrañaría viéndolo con perspectiva.

—Las letras pueden falsearse —añadió Beatriz, que todo aquello le estaba encantando.

—Podría ser. No quería ni quise nunca a Essex. Lo intenté, las primeras semanas hacía verdaderos esfuerzos para tener conversaciones afables con él, intenté... que todo fuese satisfactorio. —Le costaba abrirse, hablar de esas cosas nunca había sido su fuerte, principalmente porque nunca las había hablado con nadie.

Porque solo de recordarlo se le cerraba el estómago y volvía el dolor. Había construido una muralla entre ella y esos recuerdos, no dejaba que se escapasen de su mente. Hacía de todo, se ocupaba leyendo lo que fuese para no pensar en ello. Como si no lo hubiese vivido. Hasta ahora.

—¿Pero?

—No funcionaba. Él... me deseaba, estaba loco por mí e hice el esfuerzo... —Tragó saliva concentrándose en encontrar las palabras, en hablar de ello, pero sin que la memoria funcionase a la perfección, aunque no lo lograba— pero me asqueaba. Era tan distinto a como con George que no.... no lo soporté, así que acabé rehuyéndole.

Un sudor frío la recorrió y ya no pudo aguantar el tipo. Beatriz vio cómo Rose empezaba a temblar, a ponerse pálida y comprendió enseguida que era algo más horrible de lo que en un principio pensó.

—Rose, ¿qué pasó?

Beatriz se había quedado helada. Una mezcla de rabia y asco se apoderaron de ella al imaginar qué clase de situación podría haber vivido Rose.

Ella se limitó a mirarla a los ojos, no se atrevía a decirlo en voz alta, nunca había podido y no sabía por qué.

—Lo rehuía, él no era estúpido y se daba cuenta, pero ¿qué esperaba? Apenas le conocía y yo estaba enamorada de George. Fingir durante la noche de bodas fue algo mucho más fácil de lo que pensaba, porque en el fondo estaba aterrada y asqueada de que otro hombre pudiese tocarme, así que él lo atribuyó a mi carácter virginal. Nunca disfruté con él, pero era rápido y eso era de agradecer. Poco después, por suerte, se fue a Londres, tenía unas reuniones en el parlamento ineludibles y pude volver a la normalidad. Para cuando volvió, yo ya estaba embarazada de siete meses, así que pensé que me dejaría en paz, y así fue durante la primera semana. Estaba obsesionado con que sería un niño, solo quería un heredero. Pero a la semana siguiente volvió, solo que esta vez yo había hecho poner una cerradura en la puerta, estaba cansada de tener que rechazarle.

Llegados a ese punto, a Rose le temblaban las manos y le costaba continuar. Beatriz le cogió la derecha dándole consuelo mientras que con la mirada la animaba a continuar.

—¿Qué hizo luego ese animal? —se le escapó a Beatriz.

—Él... entró en cólera. No sé cómo, pero logró tumbar la puerta, iba bebido y... me dijo de todo, Beatriz, hasta que sentí el primer golpe en la cara. Perdí la cuenta de cuantos fueron hasta que me arrastró por el cabello por todo el pasillo y me tiró por las escaleras.

Cogía aire y lo expulsaba con rapidez, notó cómo las mejillas le ardían mientras que las lágrimas saladas empezaban a descender. Beatriz la atrajo hasta ella y la abrazó, meciéndola para consolarla.

—Maldito bastardo —exclamó indignada—. Siguió haciéndolo, ¿verdad? No tuvo suficiente.

Rose asintió con la cabeza.

—Él lo mató, el mató a mi bebé. El médico ni siquiera me preguntó qué me había pasado. Solo desperté, estaba en la cama y ya no estaba...

Se secó las lágrimas y volvió a serenarse, tenía que acabar el relato. Era la primera vez que se lo decía a alguien.

—¿Qué pasó después? —preguntó Beatriz con un hilo de voz.

—Mi abuela vino a visitarme. Pensé que era para llevarme a casa, pero me equivoqué por completo. Le supliqué que me sacara de allí, pero me ignoró. Lo único que me dijo fue que qué esperaba si no podía complacer a mi marido como era debido.

—Esa vieja bruja, ¿te dijo eso? —No podía creer lo que estaba oyendo.

—Después del accidente todo se calmó. Se sentía culpable. Me pidió perdón, me colmó de regalos y me llevaba en bandeja de plata. Nunca lo perdoné, no podía. Hasta que, pasado un mes, me dijo que quería otro hijo. ¡Después de haberlo matado! Por supuesto, le dije que, por encima de mi cadáver, y no se lo tomó... nada bien. Essex no me dejó llamar al médico después de la paliza ante mi negativa, así que cuando se fue otra vez a Londres, fui a un hospital de caridad, en Whitechapel. Tenía la intención de quedarme en Londres y apelar a la bondad de mi hermano. Me crucé con Edmund y lo adiviné. Aun a riesgo de montar un escándalo, me instalé en su casa. Había llegado al límite, no podía soportarlo más, no soportaría que me pusiera otra vez una mano encima. Pero Essex me encontró, durante el trayecto del hospital a casa de Edmund me interceptó. Pero yo ya no era esa Rose inocente y manejable. Había dejado que toda esa rabia y esa furia hacia él me alimentasen, lo odiaba, Beatriz, más que a nada en este mundo.

—¿Qué pasó?

—En cuanto quiso ponerme una mano encima saqué una pistola. La tenía Edmund en casa y se la había cogido para sentirme más segura. Él se rio en mi cara. Me dijo: «No te atreverás, eres una cobarde, Rose. Ni siquiera fuiste capaz de cuidar al niño antes de que naciera, eres una inútil». Cuando oí que decía eso, la rabia se apoderó de mí. ¡Él era el asesino! Era él el monstruo. Así que disparé. Le metí una bala entre ceja y ceja. Yo... yo maté a Essex.

La confesión le sentó bien. No se arrepentía, pero en su interior sabía que lo que había hecho estaba mal. Necesitaba decirlo en algún momento, aunque no se arrepintiese.

—Esa mujer te vio, y te está chantajeando —dedujo Beatriz.

—Exacto. Yo lo maté, y te aseguro que lo volvería a hacer. Puedes decirme que soy una persona horrible, lo sé, pero no puedo arrepentirme, simplemente no puedo.

Sí, lo había pensado y mucho. En el caso de que tuviese una segunda oportunidad, de volver atrás en el tiempo, ¿dispararía de nuevo? Y la respuesta que obtenía era siempre sí. Era un monstruo, uno de los que no se detienen ante nada. Cuando era pequeña tenía miedo de la oscuridad, de las sombras que la acechaban. Siempre les contaban cuentos a él y a Franklin de brujos malvados y seres inventados. Pero nadie le dijo que los monstruos tienen aspecto de hombre atractivo, de caballero educado y ostentan un ducado.

—No soy tu confesor espiritual, y en caso de serlo dudo mucho que... bueno, quién sabe, ante los ojos de otros hombres todo se distorsiona, pero créeme cuando te digo que yo hubiese hecho lo mismo. Peor, lo hubiese matado mientras dormía. Le hubiese hecho sufrir, pero es que tengo sangre española y me sulfuro con facilidad. No te atormentes, lo digo en serio.

—No tengo remordimiento alguno. Temo que me descubran, es probable que me cuelguen en la horca si los agentes lo averiguan. O que cuelguen a Edmund, porque lo maté con su pistola, ¿entiendes? No quiero que Edmund se vea implicado en esto.

—¿Te deshiciste de la pistola?

—No, la tiene Edmund en su casa.

—Hay que hacerla desaparecer. Y en cuanto al chantaje, te daré el dinero, pero antes quiero hacer ciertas averiguaciones. ¿Te ha dicho qué es exactamente lo que vio?

—No, pero se ha dirigido a mí, sabe quién soy. Ergo, me vio.

—O solo sabe que eras su mujer, puede que esté mintiendo. Tienes que averiguar si sabe algo de verdad o se ha marcado un farol.

—Está bien.

—Rose, no te preocupes. Vamos a solucionar esto. La sociedad nos menosprecia, piensan que somos un mero objeto, que solo servimos para procrear, pero se equivocan. Si hubiera más mujeres que pensarán como nosotras, dominaríamos el mundo.

Rose la observó con algo de incredulidad.

—¿Has estado leyendo a Olympe de Gouges?

—No, es de cosecha propia.

—Lástima que, cuando los hombres no nos pueden ganar con la inteligencia, sacan la fuerza. Y en eso tenemos las de perder.

—Tendríamos que hacer como los vikingos.

—¿Saquear otros pueblos? ¿Construir canoas invencibles? ¿Pasarnos al politeísmo?

—No. Hacer como las mujeres vikingas, que luchaban junto con los hombres y tenían más derechos de los que gozamos nosotras.

—Viva las vikingas, entonces —le dijo sonriendo.

Volver a Londres fue volver al infierno de nuevo. Franklin sí estaba satisfecho, quería implementar una reforma monetaria y parloteó sobre ello durante todo el trayecto de vuelta. Por supuesto, Rose no lo escuchaba con mucha atención. Aún estaba sorprendida de la manera en que había confiado en Beatriz de Velarde, quizás no tendría que haberlo hecho. Apenas la conocía, no sabía si la traicionaría o si usaría aquella información en su propio beneficio.

Por otro lado, se recordaba que ella también poseía información de la condesa, así que estaban ambas en la misma situación.

Al llegar a su casa, subió directamente hasta sus aposentos para no encontrarse con su abuela. No le apetecía que empezase a interrogarla sobre

quiénes habían ido, si había alguien interesante y esas cosas que las entrometidas como su abuela preguntaban.

—¿*Lady Rose*! ¿Cómo ha ido? —dijo su doncella, que estaba encendiendo el fuego de su habitación.

—Bien. ¿No está mi abuela en casa?

—Salió para tomar el té con *lady Ofelia* en su casa. Ayer preguntaron por usted, por suerte su abuela tampoco estaba porque si no... —*Elsbeth* parecía nerviosa.

Era algo hombruna, sabía que su familia era de tierras escocesas que emigraron a Londres por trabajo y servir en una casa era lo habitual para las jóvenes lo suficientemente educadas. Se frotó las manos algo sudorosas al delantal y prosiguió fijando en el suelo su mirada ambarina.

—¿Quién preguntó por mí?

—Dos agentes. No quisieron decirme nada más.

Agentes de la ley. Eso no era bueno, nada bueno.

—¿Volverán?

—Peguntaron si hoy estaría y les dije que sí.

—Gracias, *Elsbeth*. Esto no lo comentes con nadie.

—Por supuesto que no, señorita —dijo ella muy convencida.

Era probable que volviesen. No era extraño que la justicia pusiera todo su empeño en encontrar al culpable de la muerte del duque de Essex. Si fuera un borracho o un maleante ya se hubieran olvidado del asunto, pero, aunque era lo primero, seguía siendo un miembro respetado de la sociedad inglesa, y su muerte había sido sonada.

Estuvo toda la tarde nerviosa, dando vueltas alrededor de la habitación pensando en lo que podrían querer, hasta que llamaron a su puerta.

—*Lady Rose*, los agentes vuelve a estar aquí —anunció de nuevo la

doncella.

—De acuerdo, Elsbeth, hazlos pasar en el salón pequeño.

Bajó con el vestido negro de luto puesto, el cabello rubio recogido en un sencillo moño y sin joyas. Debía aparentar que era una viuda desconsolada y pobre, por supuesto.

Los dos hombres uniformados la saludaron cuando entró en la sala.

—*Lady Rose*, esperamos no importunarla —dijo el que parecía de mayor rango y que llevaba la voz cantante.

—No es ninguna molestia. ¿Se sabe algo de la investigación? —dijo con voz cándida y dulce.

—No mucho. Su marido... se movía en algunos círculos algo delicados, ya sabe, apuestas...

—No tenía ni idea —fingió sorpresa y, aunque verdaderamente no lo sabía, no le sorprendía en absoluto.

—No descartamos que hubiera sido fruto de alguna discusión en esos ambientes.

—Dios mío. Creí que había sido un robo —dijo, llevándose la mano a la boca.

—Eso parecía, pero curiosamente no le robaron nada. Veníamos a hacerle unas preguntas.

Eso no le gustó. Las preguntas indicaban sospechas, y no quería ser sospechosa. No debía serlo.

—Por supuesto.

—El servicio nos ha hablado de que no se encontraba en su casa desde hacía varias semanas.

Maldito servicio, que no cerraban la boca.

—Estaba de viaje, fui a visitar a mi hermana. Vive en Cornwallles.

Harriet era su hermana mayor de la que nadie nunca hablaba. Se llevaban diez años y era la oveja negra de la familia por el mero hecho de haberse casado con un hombre inmensamente rico, pero de origen burgués. Su abuela no concibió que ella, siendo la hija de un duque, no se casase con alguien de origen real. Siempre había admirado a su hermana, aunque no la veía a menudo. Supuso que los agentes no irían hasta Cornwallles para preguntar si, efectivamente, estuvo allí. Por si acaso se apuntó mentalmente escribirle a su hermana para que, en caso contrario, la cubriese.

—¿Entonces usted y su marido no tenían ningún problema?

Parpadeó varias veces. Si decía que no, sabrían que mentía.

—Todos los matrimonios a los que les cuesta concebir tienen ciertos problemas, pero eran de esa índole —decidió decir.

—¿Y no tenía ningún interés en la muerte de su marido?

Fingió indignarse, para luego abanicarse fuertemente.

—Estoy encantada con que haya muerto y me haya quedado una pensión mísera. Si al menos hubiese tenido hijos, no estaría así, pero no es el caso —espetó, esperando que los agentes captasen que su nivel de vida no era el idóneo.

Ambos agentes tosieron, incómodos.

—Sentimos su situación. Gracias por recibirnos, *lady* Rose.

Había hecho una actuación magistral, y no había nada de mentira en sus palabras. A malas, podría pedir trabajo en Drury Lane.

4. La llegada de lucifer

La conciencia hace que nos descubramos, que nos denunciemos o nos acusemos a nosotros mismos, y a falta de testigos que declaren contra nosotros.

Michel de Montaigne

Parecía una estatua cual Medusa había transformado. Si se hubiese puesto al lado de una de verdad, nadie hubiese notado la diferencia. No era propensa a quedarse callada, siempre tenía algo que decir, pero esa noche no encontraba las palabras, su mente no parecía funcionar con normalidad y tenía demasiado en lo que pensar.

No podía parar de escuchar aquellas palabras de George. ¿Qué era lo que necesitaba para perdonarle? Ni ella misma lo sabía. Como tampoco sabía si seguía enamorada de él, tal y como parecía, o solo era su mero recuerdo lo que la hacía confundirse.

El recuerdo era algo poderoso, se había aferrado a su recuerdo durante todo su matrimonio y en ese instante no sabía si era eso mismo lo que hacía que su corazón palpitase, lo que hacía desearlo, o era que realmente seguía amándolo.

—¿Dónde estás, Rose? —preguntó su hermano en voz baja mientras daba un sorbo a su copa.

—En otro mundo —respondió ella suspirando.

Había dejado que su abuela le dijera qué vestido debía usar, cómo debía peinarse y qué carmín utilizar. Estaba entre ese mundo ficticio donde era *lady* Rose y todos alababan su recato y su belleza y ese otro donde solo era Rose, donde debía luchar para mantenerse a flote y conservar el equilibrio. Ambos

mundos se separaban por una delgada, frágil y quebradiza línea.

—Estás extraña. Pensé que era porque Essex había muerto, pero no estás triste. Estás rara.

Rose lo miró intentando escudriñar en la mente de su hermano qué era para él extraña.

—La abuela me está agobiando para que vuelva a casarme —respondió, y en parte era verdad.

—Rose, si no quieres volver a contraer nupcias, no lo hagas —dijo Franklin convencido.

Ella se rio ante el comentario de su hermano.

—Como si a la abuela le importase lo que yo quiero. Nunca lo ha hecho y nunca lo hará —aseguró.

—Se preocupa por nosotros. Es normal...

—No, Franklin. No te atrevas a defenderla —lo interrumpió con dureza, le habló con tal fuerza y desdén que Franklin intuyó que había algo que no sabía, algo que a Rose le había dolido—. La abuela es cruel cuando quiere.

—Pero la abuela no es el duque, el duque soy yo. Y tú estás bajo mi cuidado, así que, si no quieres casarte, no te obligaré a hacerlo.

—¿Desafiarías a la abuela? —preguntó ella, sin creérselo.

—Las leyes son muy claras, yo soy el cabeza de familia y el heredero. Que le deje meter las narices en ciertos asuntos no significa nada.

Por primera vez, dio gracias a la estricta ley inglesa que no permitía a Mary Leverton dominar nada de nada.

—Me alegro, Franklin —dijo únicamente, suspirando más tranquila.

—¿Qué os pasó? Antes no os llevabais tan mal.

—Antes solía pensar que mamá se había vuelto a casar porque no nos quería,

y que vivía en San Petersburgo para estar lo más lejos posible de nosotros. Que la abuela era la que nos quería, nos cuidaba. Pero estaba equivocada, mamá huía de la abuela. Si no haces exactamente lo que quiere, va a hacerte la vida imposible hasta conseguir lo que quiere. Ten cuidado, Franklin —le advirtió, siendo consciente de que no tenía ni idea de qué clase de mujer era Mary Leverton.

—La estás describiendo como la peor persona del mundo, Rose —murmuró él, sin entenderlo.

—Ya me obligó a casarme una vez, no me sorprendería que lo hiciera de nuevo.

Dejó a su hermano completamente azorado, pensando en sus palabras en medio de Almack's.

George Frayes tenía la mala costumbre de dejar que todo le afectase demasiado, pero fingir que nada ocurría. Solo Edmund adivinaba que la sonrisa que lucía no era real, y esa vez no fue distinto. Lo alcanzó en los jardines, dando vueltas a una fuente, pensativo.

—Deja de pensar en ello, George —le dijo, sentándose en el borde con cuidado de no mojarse los pantalones.

—¿En qué?

—En lo que quiera que estés pensando.

—No puedo. No lo entiendo, Edmund. Le he pedido perdón, le he suplicado, he intentado ponerla celosa, cosa que ha funcionado pero, aun así, sigue rehuyéndome. Y no sé qué hacer, no hay manera de obtener su perdón. ¿Qué crees tú que quiere?

Edmund puso su cara de circunstancias, sin llegar a decirle nada concreto.

—Estará dolida —se limitó a decir, sin revelar que sabía mucho más.

—Es más que eso. Dímelo, sé que lo sabes —lo incitó a que hablase.

—No voy a entrometerme en vuestros asuntos amorosos, así que no voy a contarle nada sobre ti, y viceversa a ella —dijo, intentando ser diplomático y librarse de él.

—¿Crees... crees que estaba enamorada de Essex? —preguntó bajando el tono de voz.

—No —respondió Edmund, quien estaba en una encrucijada.

—Vaya, pensé que sería más difícil sonsacártelo.

—Quizás deberías preguntarle por qué odiaba a Essex. Puede que entonces entiendas ese rencor que tiene hacia ti.

—Si no me lo ha dicho hasta ahora, dudo que lo haga.

—Querido George, creo que no eres el ejemplo perfecto de cómo actuar ante la mujer que amas. —Edmund sacó un pequeño puro y las cerillas, y lo encendió.

—Querido Edmund, tú tampoco eres un ejemplo en lo que a las conquistas serias se refiere. ¿Y tu novia?

—Estoy en ello. Puede que al final de la temporada te lleves una sorpresa. —Sonrió satisfecho por cómo habían ido las cosas durante el fin de semana en el *cottage* de Lodge.

—Me alegraría por ti. ¿La condesa de Medina? Tiene una figura deliciosa.

—No la mires demasiado.

—Sabes que soy hombre de una sola mujer, y esa mujer ya tiene nombre desde hace años.

Edmund lo sabía, y demasiado bien. Suspiró, expirando el sabor del humo y pasándoselo a su amigo.

—Ella sigue enamorada de ti, este no es el problema. Pero a veces el amor no es suficiente. A veces el dolor de este amor pesa más que la felicidad y

entonces te replanteas cosas, como si vale la pena seguir con ello —mencionó con la mirada puesta en la lejanía.

Edmund pensó que no solo hablaba de Rose, sino también de sí mismo, cosa que, por supuesto, George ignoraba.

—Valdrá la pena. Haré que valga la pena.

—Más te vale, Frayes, o tendré que batirme en duelo contigo.

George se rio, aunque por un momento le pareció que estaba hablando en serio.

Edmund volvió a entrar en el salón, y vio de reojo que Rose estaba escondida detrás de una planta. No tenía remedio, pero al menos no estaba metiéndose en ningún lío ni haciendo de perversa dama de la sociedad. Se acercó a ella cogiendo una copa de ponche y entregándosela.

—Radiante como siempre, querida. ¿Qué haces aquí, haciendo de hoja perenne?

—Amargándome la existencia a mí misma, como siempre. Gracias, necesito beber algo —le dijo, cogiéndole de las manos la copa y tragándosela por entero.

—George me ha preguntado por ti. Lo tienes la mar de preocupado.

—Que se fastidie. Quiero que sufra, Edmund, quiero que le duela lo mismo que me dolió a mí. Quiero

Se detuvo, porque en el fondo no era eso lo que quería. Golpear a George hasta hacerle sangrar no la satisfaría para nada, es más, sufriría.

—Te has bebido todo el ponche de la copa. No quiero tener que llevarte a casa a cuestras, aunque así aprovecharía para manosearte.

—No seas grosero. La verdad, no sé lo que quiero —confesó.

—Voy a decírtelo yo. No puedes perdonarle algo por lo que no se está disculpando, querida. Piensa que él no sabe qué hizo Essex. Cuando lo sepa, entonces va a sufrir por ello y entonces podrás perdonarle.

—No quiero perdonarle.

Había otra cosa que la carcomía por dentro, pero que se había guardado a sí misma. Algo que no le había dicho a Edmund tampoco, algo que se guardaba muy adentro y era esa la pena que arrastraba. Ella sabía que culpar a George de la muerte del niño no era del todo correcto, pues solo había sido obra material de Essex, pero si él no le hubiera respondido aquella carta...

Empalideció al recordar la carta que su marido le había dejado. ¿Dónde estaba? La había metido en el bolso, debía de seguir allí. Se había olvidado de su existencia por completo.

—¿Te encuentras bien?

— Sí, solo recordaba que tenía que hacer una cosa y no la he hecho. — Mientras hablaba, se percató de que había un hombre con ojos oscuros de mirada penetrante que no dejaba de analizarla de arriba abajo.— Edmund, ¿quién es ese hombre?

Edmund se giró para toparse con alguien a quién no imaginaba ver. Era de esperar que, de un momento a otro, apareciese, pero no lo esperaba tan pronto. Tampoco le gustó la mirada que le echaba a Rose, no le gustó ni pizca, era demasiado incisiva, demasiado demandante.

—Ese, querida, es el nuevo duque de Essex.

Casi se le cayó la copa al escuchar las palabras de Edmund. No esperaba que fuese él, ni siquiera se lo había imaginado así, tan distinto a su hermano físicamente. Thomas era alto, de facciones elegantes, cabellos claros y ojos color miel mientras que Robert era de talle bajo, tenía aire exótico, pues a simple vista parecía incluso de origen mediterráneo, y ojos negros como el carbón.

—Oh, Dios, espero no tener que tratar mucho con él.

—Creo que deberás hacerlo, al menos cordialmente.

—Si se parece a su hermano mínimamente, no quiero saber nada de él.

—Decían los rumores que Robert y él no eran hermanos de verdad, pero ya

sabes cómo funcionan esos chismes y lo que puede o no haber de verdad en ellos.

—Edmund, si el río suena... pero no es importante.

—Creo que tendrás que lidiar con él antes de lo esperado, porque se está acercando.

Rose vio de reojo cómo, efectivamente, Robert caminaba hacia allí decidido. No tendría por qué ponerse nerviosa, pero todo lo que tenía que ver con su marido lo hacía.

—No nos han presentado formalmente, pero me han dicho que es usted *lady* Rose —dijo él, arrastrando las palabras, con un acento poco inglés.

—Así es. —Ella le devolvió la reverencia.

—Soy el hermano de su difunto marido. Robert Lancey, a sus pies.

—Es un placer conocerle por fin. Sabía de su existencia, pero su hermano no hablaba mucho de usted. Le presento a mi buen amigo Edmund Hayes, marqués de Brens.

—Un placer. ¿Me concede este baile, *lady* Rose?

Ella miró antes a Edmund que, con la mirada, le dijo que adelante.

—Será un placer —respondió, cogiendo la mano que le ofrecía.

Rose no era muy buena calando a la gente, solía tener impresiones erróneas cargadas de convencionalismos y eso hacía que, a veces, prejuizgase a la gente. Pero ese escalofrío que le recorrió la médula de punta a punta ante la perturbada mirada que le dedicó el hombre al cogerla por la cintura, le indicaba que esa vez, posiblemente, no se equivocaba al pensar que Robert no era alguien de fiar. Ni de fiar ni alguien que le agradase.

—¿Qué tal lleva la muerte de mi hermano? —preguntó en un momento dado, rompiendo el silencio que se había impuesto al empezar la danza.

—Fue duro al principio, pero luego mejoró —respondió intentando no

parecer nerviosa.

—Es usted una perfecta mentirosa, *lady* Rose. No se preocupe, su actuación es digna de Drury Lane, solo que no podría engañar a otro mentiroso.

El asunto era delicado, y más que nada porque no imaginaba qué era lo que Robert Lancey podría querer de ella. Había obtenido el ducado, no debía pagarle una gran suma, al contrario, era algo ridículo y simbólico. ¿Entonces?

—Siento no ser una viuda desolada, lord Lancey.

—No hace falta que lo sienta, mi hermano podía ser encantador cuando lo deseaba, pero un verdadero energúmeno también. Al margen de esto, sé que confiaba en usted.

Al oír aquello, Rose sonrió. No sabía lo que se decía.

—Siento contrariarle, pero no era el caso.

—A diferencia de él, yo poseo sentido común, *lady* Rose. No suelo actuar a lo loco ni cegado por mis sentimientos. No soy un perturbado como él, pero eso no quiere decir que no sea igual de terrible.

Se le puso la piel de gallina al escuchar a Robert. Igual de terrible, por supuesto. ¿Lo estaba tildando de perturbado? Eso quería decir que él no lo era, pero ¿hasta qué punto? No, no parecía perturbado, pero podía distinguir la malicia en sus ojos.

—Es evidente que no está hablando conmigo ni amenazándome gratuitamente, así que, ¿por qué no me dice qué es lo que quiere y acabamos con esta farsa?

La música cambió de ritmo y Robert la hizo girar sobre sí misma, aprovechando la cercanía para susurrarle al oído.

—No la estoy amenazando, le estoy haciendo una advertencia, que es distinto. ¿Por quién me ha tomado, *lady* Rose?

No era estúpida, sabía exactamente con quién estaba hablando, con el

hermano de Essex.

—Entonces ¿qué quiere?

—Usted sabe lo paranoico que podía llegar a ser mi hermano. Tenía a todos los criados atemorizados, le eran fieles hasta el extremo. ¿Sabe qué es lo que no he encontrado en casa, *lady* Rose? Ni las joyas, ni el dinero. Y no, no lo tenía en un banco, al menos bajo su nombre.

—Si cala usted a los mentirosos sabrá ahora que cuando le digo que no tengo ni la menor idea de lo que me está hablando, no miento.

Vio cómo Robert maldecía por dentro.

—Estoy seguro de que lo sabe, solo que no sabe cómo descifrarlo. Le habré dejado una pista, algo que la conduzca a ello.

—Thomas me detestaba, no quería que me quedase con nada —respondió sinceramente.

—Me odiaba más a mí, se lo aseguro. A usted... la quería. De una forma obsesiva y compulsiva, incluso enfermiza, pero la quería. Busque esa pista, *lady* Rose, o voy a destruirla.

Una pista... ¿de qué estaba hablando? Entonces se acordó de la carta. La carta que debía buscar y con urgencia. Con suerte, la música paró y se detuvieron.

—Intentaré buscarlo, pero no prometo nada.

—No lo intente, consígalo.

Habían pasado ya dos semanas desde su último encuentro con Robert Lancey, y aunque había pospuesto como había podido su presencia en sociedad alegando un resfriado terrible —que no era tal, sino algo leve que había exagerado—, sospechaba que el hombre no tardaría en buscarla para hallar respuestas.

Ella sabía perfectamente que la única pista que tenía era la carta, que no

había leído y que tampoco encontraba por ningún sitio. Había sacado todas sus cosas de los armarios y de los baúles, vaciado cajones y no la había hallado. O alguien sabía de su existencia y se la había robado o, por el contrario, se le habría caído y se había perdido para siempre en alguna calle oscura de Londres.

Necesitaba encontrarla, urgentemente, así que, aprovechando que su abuela se había ausentado, pidió que le trajeran el carruaje para poder hacer el mismo recorrido que había hecho aquel fatídico día, pero a la inversa. Pero antes de subir, fue interceptada por una mujer que ya conocía. Iba igual de andrajosa que aquella vez, solo que se la veía más enfadada de lo normal.

—Supongo que tendrá el dinero —le dijo en tono amenazante.

—Necesito algunas semanas más. No es sencillo... —Quería ganar tiempo, ver si iba de farol o realmente sabía más de lo que decía.

—¡Me da igual! Tráigalo o le diré a los agentes que fue usted quien apretó el gatillo aquel día.

La intensidad con la que le latía el corazón se intensificó, llegando a sentirlo hasta la garganta. Se sujetó a la rueda del carruaje para no perder el equilibrio y, temblando, se sacó el guante derecho.

—No he podido venderlo, pero con esto tienes que conformarte por ahora.

La mujer le arrebató la joya y la observó de cerca.

—No es suficiente, pero por ahora bastará.

Por supuesto que no era suficiente, pero al menos se había librado. Necesitaba hablar con Beatriz de inmediato, pero antes buscaría la carta. Entró en el carruaje y la buscó, pues había viajado en ese mismo la última vez que la tuvo en su poder, pero no había rastro de ella. Al salir del despacho del abogado se había dirigido hasta la joyería y allí... había sido interceptada por George Frayes. Había estado dentro de su carruaje durante un buen rato, podría habersele caído allí perfectamente. Demonios, no era bueno que Frayes tuviese la carta.

Tenía que ir a buscarla, o robársela, cosa que sería mucho más complicado. No quería meterse en más líos y lo primero que se le ocurrió fue pedir ayuda al único con quien podía contar y estaba en la ciudad: Edmund Hayes.

Le dijo al cochero su dirección y pronto estuvo frente a su casa. Eran las cuatro de la tarde y a esa hora solía estar dormitando en sus aposentos. Conocía bien sus costumbres, le conocía a él.

En cuanto pisó el salón, supo que, por la cantidad de ropa que había tirada por allí, no estaba solo.

—Querido, no te conviene montar estos espectáculos gratuitamente. ¿No puedes desnudarla en un sitio más privado? —preguntó sirviéndose una copa ella misma mientras Edmund cerraba la puerta corredera detrás de él, con solo un batín de piel de conejo.

—Perdería toda la gracia entonces, querida. ¿Qué haces aquí? Sabes que no recibo visitas hasta las cinco, pero supongo que Vaughn te ha dejado pasar porque eras tú.

—Supones bien.

—Dicen por ahí que has estado enferma, pero te veo muy sana. —Se sentó en el sofá cruzando las piernas.

—Solo he exagerado un poco, estoy bien. Necesito saber algo urgentemente. Ya sé que dijiste que no te entrometerías en mi relación con George...

—Eso dije.

—Pero es importante, si no, no te lo pediría. Creo que George tiene una carta que me cogió del bolso. Necesito esa carta.

—¿Una carta? ¿Y qué dice?

— No lo sé, no llegué a abrirla. Es de Essex, me la dejó junto con sus últimas voluntades. No le di importancia, es más, la guardé porque no quería leerla y no pensé que fuese importante, hasta que Robert Lancey ...

Ed la miró con suspicacia, pensativo y abriendo los ojos interesado.

—¿Qué te dijo Lancey?

—Algo acerca del paradero del dinero y de las joyas de Essex. Sospecha que, en el caso de morir, habría ideado una forma para que no pasasen a él si no tenía hijos.

—¿Y te habría dicho a ti su paradero?

—No lo sé, eso dice. Lo único que tengo de Essex es esa carta.

—Y la tiene George. Por lo que tengo entendido, con Lancey no se juega. Tiene una casa de apuestas en Nueva York.

—Solo quiero recuperar la carta y entregársela.

—Pero te vendría bien el dinero, Rose.

Ella sonrió, esperaba esa respuesta de Edmund.

—Sé por dónde vas, pero no es fácil engañarle.

—Dale una carta falsa y que se apañe.

—Primero quiero recuperarla. Por favor, Edmund, averigua si George la tiene, ¿de acuerdo?

Edmund puso los ojos en blanco, pero asintió. No podía negarle mucho. En realidad, no podía negarle nada.

—Está bien.

—Gracias. Te dejo, odio interrumpirte y más cuando veo que estás tan... ocupado. Espero que, si tienes intención de casarte, dichas distracciones las elimines —le dijo mientras caminaba hacia la salida de la habitación.

—Depende de con quién vaya a casarme —confesó él.

—Eres terrible.

—Y así me quieres. No te preocupes Rose, si me casase con alguien como tú, no me atrevería a tener amantes.

—Más te valdría, zalamero.

George Frayes se subía por las paredes desde hacía días. Se paseaba por el despacho de arriba abajo preocupado ante la falta de noticias de Rose. Había acudido a cada uno de los eventos que se habían celebrado con la esperanza de encontrarla, pero nada. Enferma, habían dicho que estaba. No se lo creía, Rose podía parecer una flor delicada pero siempre había tenido una salud de hierro.

La única pista que tenía sobre su extraño comportamiento y su ausencia era aquella carta, que no se atrevía a abrir. Se sentó en la silla y la colocó encima del escritorio, escrutándola con los ojos. No tenía derecho a hacerlo, no tenía ningún derecho, pero la curiosidad lo estaba matando. Siempre había sido un ser reflexivo, no se precipitaba en nada y pensaba las cosas, a veces excesivamente.

En un arrebato atenazó el abrecartas y, de un pinchazo, destripó el sobre hasta tenerlo abierto. Ya era tarde para volver atrás, así que sacó el papel que había dentro y empezó a leerlo.

Si estás leyendo esto, estoy bajo tierra. Qué irónico, ¿verdad? Escribir algo para después de la muerte. No creo que vayas a leerlo pronto, pero nunca se sabe. Últimamente me has decepcionado, Rose, tenías que quererme. ¿Por qué te cuesta tanto? Dime, ¿qué hago? ¿qué harías tú? Quizás solo sea cuestión de adiestramiento. Voy a arreglarlo, sé que vamos a ser felices, Rose. Con el tiempo sé que voy a perdonarte, aunque aún no haya averiguado el nombre de ese bastardo. Pero voy a hacerlo, y cuando lo sepa voy a matarle.

No entiendo cómo te empeñas en protegerle, seguro que no te quería, no como yo. Estaba tan ilusionado... ya había pensado hasta su nombre. ¿Cómo pudiste engañarme, Rose? ¿No sabes que yo lo sé todo, que acabo enterándome de todo? ¿No creíste que el médico me diría que no eran seis sino siete meses de embarazo? Y no salían los números, Rose.

Ahora que eso ya no es un problema, sé que me vas a querer. Ese era el gran impedimento, pero ahora ya no lo es. Ahora sí podremos tener a un verdadero

Lancey, será igual que yo, pero tendrá tus ojos. Por eso sé que, en el hipotético caso de que muera, eres tú la que merece tenerlo.

76 Gloucester.

La releyó unas treinta veces mínimo antes de poder procesar lo que decía. No era una carta muy explicativa, el hilo de los pensamientos de Essex era extraño y no tenía mucho sentido, pero si de algo estaba seguro era de que Rose lo odiaba con razón. Una poderosa razón que lo estaba carcomiendo por dentro minuto a minuto que pasaba sentado allí, encajando las piezas con un silencio arrollador.

Hacía dos años que había abandonado Londres sin más preocupación en la cabeza que si llegaría para el baile en Almack's de clausura del Parlamento. Gozaba de los privilegios propios de un joven de la nobleza sin poseer un título y, por lo tanto, libre de las responsabilidades de estos. Los bailes, las fiestas privadas y las juergas en los salones de caballeros eran el pan de cada día. Todo eso le satisfacía, pero no era suficiente, quería aquello que siempre había deseado y que sabía que no podía tener. Quería que Rose Leverton fuese suya.

Siempre le había gustado aquella chiquilla que los seguía, a él y a Edmund, a todas partes, pese a la oposición de este. Sí, durante la juventud no había pensado mucho en ella, pero la chiquilla creció y, durante su presentación en sociedad, se quedó prendado de ella. Fue como si algo le golpease y, en un solo parpadeo, todos los designios de su corazón hubiesen cambiado. Sus deseos de juerga hasta el amanecer fueron sustituidos por estar lo más cerca posible de aquella deliciosa criatura.

Era la misma pero distinta. Tenía el mismo carácter arrollador y rebelde cuando quería, y cuando no, actuaba para ser una damisela delicada y apocada. Estaba completamente fascinado por ella y no dudó en hacérselo saber. Entonces ocurrió el milagro, el deseo se hizo realidad, era correspondido. Los astros se habían alineado, el eclipse se estaba produciendo y ella le quería.

Acudió a aquella fiesta, la buscaba con la mirada, pero no la encontraba. Había estado apenas un mes fuera, las gestiones del condado que le había encargado su padre se habían alargado, pero allí estaba, queriendo verla. Solo

con poner un pie fuera de Londres ya la había echado de menos. Cada noche añoraba su risa, la manera en la que se burlaba de él por la forma de su puntiaguda nariz y por usar algunas palabras algo pasadas de moda.

Fue Edmund quien se lo dijo. No podía creerlo, fue hasta su casa y trepó hasta su habitación, encontrándola completamente vacía. Se tumbó en la cama, abrazando la almohada que aún conservaba su característico olor. No quería moverse, esperaba que, en cualquier momento, ella entraría por la puerta y lo regañaría por haber tardado tanto en volver. Pero no lo hizo.

Se levantó de la silla azorado por la información. Tenía respuestas, y no eran las esperadas, no eran tampoco las deseadas. ¡Por el amor de Dios! Era inconcebible que no se hubiera dado cuenta, esa insistencia imperativa de Rose en los últimos días para que pidiese su mano, ahora tenían todo el sentido del mundo. Pero ¿por qué no se lo dijo directamente?

Había podido tener un hijo, tendría un año. Porque era suyo. Era suyo y de Rose. Solo de pensar en esa afirmación se le partía el corazón. ¿Qué pasó? Se negaba a hacer especulaciones, no quería crearse mala sangre por nada, ya estaba suficientemente alterado, solo faltaba que la imaginación hiciese de las suyas.

Salió de su casa en dirección a la residencia de los Leverton. Rodeó la estructura de piedra y, como había hecho otras veces, trepó hasta la ventana de la segunda planta y la abrió. Puso un pie en el suelo y se percató de que Rose estaba en la cama, con el camisón puesto y una vela encendida en la mesilla de noche.

—¡George! ¿Qué haces aquí? —dijo ella en un grito ahogado.

Él avanzó sin ningún tipo de reparo y se sentó en el borde de su cama.

No dijo nada, ni siquiera abrió la boca, se limitó a observar los mechones de cabello rubio, muy rubio, de una tonalidad casi albina, que le enmarcaban el rostro ovalado, de tez pálida y fina. Colocó el dedo índice en la parte inferior de su labio rosado, trémulo ante su presencia. Sacó la carta del bolsillo interior de su chaleco y se la entregó, rozando su mano.

Rose cogió el sobre de inmediato, rompiendo el contacto visual. Sacó el contenido del sobre ya abierto y lo leyó, entendiendo la presencia de George. Cuando terminó, metió otra vez el papel en el sobre y lo dejó encima de la mesilla de noche.

—Quiero hablar, Rose, sin tapujos, sin misterios. Quiero que me lo cuentes todo.

Una sonrisa amarga apareció en su rostro.

—Te lo dije, que me casaría con Essex, y me tildaste de mentirosa. Me dijiste que si era una treta para casarme contigo...

—Yo no te dije tal cosa —la interrumpió él.

Rose abrió el cajón de la mesilla y sacó una carta arrugada, y se la alargó.

—¿Y esto?

Él la abrió, leyendo el contenido por primera vez, abriendo los ojos asombrado.

—Yo no escribí esa carta, ni siquiera estaba en Londres en esas fechas. Alguien falsificó mi letra, y la firma no es igual a la mía, hay notables diferencias.

Rose se mordió el labio, pensativa.

—Es igual, cuando llegaste ya fue tarde. Tenía que hacerlo, ¿entiendes? Si no, me hubiese convertido en una paria de la sociedad.

—Sabes que no lo hubiese permitido —respondió George tocándole la mano y reconfortándola—. Rose, ¿de verdad íbamos a tener un hijo? —preguntó en un susurro.

Alzó la cabeza hasta sus ojos, de ese verde infinito color de hierba mojada y prados eternos que la embriagaban y suspiró. Ese era el momento, había llorado la pérdida, pero momentáneamente, y a solas. Quizás llorarla con alguien sería distinto, sería más reconfortante. Que alguien te dijera que todo iba a salir bien.

—Sí.

George apretó su mano, para que sintiera que allí estaba. Tenía el sufrimiento haciendo mella en su corazón y los ojos aguados.

—¿Lo perdiste?

El silencio fue ensordecedor, ella tragó saliva y expiró para poder continuar, pero fue incapaz. El sentimiento de vacío que sintió cuando le dijeron que ya no estaba, el no notar casi su barriga, el sentirse tan fría por dentro volvió de nuevo.

—Rose, ¿tuviste al bebé? Está... —Una leve esperanza apareció en sus ojos, infundada ante la negativa de Rose—. ¿Él lo sabía Rose? Sabía que no era suyo. Lo mató él, ¿no?

Ella asintió, sin poder evitar que ese dolor se apoderase de su pecho.

—Lo hizo —habló, y en ese momento empezó a llorar.

—Maldito hijo de puta —maldijo George, que dio un golpe encima de la cama.

Rose tembló ante él, dobló las piernas y puso la cabeza entre ellas, asustada. Aquella reacción sorprendió a George. Le acarició la cabeza y en el momento en que puso la mano encima de su cabello, ella tembló. Le recordó a un animal tembloroso cuando no está acostumbrado a los seres humanos, o a uno que ha sido maltratado y se le rompió el corazón.

—Te juro que, si no estuviese muerto, lo mataría yo con mis propias manos —dijo él—. Pero está muerto, Rose. Ya no está, no puede hacerte daño.

—Pero sigue doliendo —murmuró aún con la cabeza entre sus piernas.

—A mí también. A mí también —respondió él en voz alta, percatándose de cuánta verdad había en sus palabras.

Acunó el rostro de la mujer que más amaba en ese mundo y dejó que llorase sobre su pecho hasta que se quedó completamente dormida.

5. Campanas de boda

El mejor matrimonio sería aquel que reuniese una mujer ciega con un marido sordo.

Michel de Montaigne

En cuanto Rose abrió los ojos y se descubrió entre los brazos de George, supo que le sería inevitable volver a huir de esa situación. Ahí era donde deseaba estar, donde sentía que pertenecía. Se movió, alzando la vista hasta ese rostro que seguía terco y obcecado, sabiendo que durante todo el tiempo que ella había permanecido dormida, él había estado pensando en todo aquello.

Aún era negra noche, la ventana de su habitación permanecía abierta, llegando hasta ellos una ligera brisa refrescante.

George reflexionó, volvió a pensar en ello y la rabia se abrió paso, cada vez más latente, pero sabía que no podía hacer nada ya, todo pertenecía al pasado.

—Ese bastardo te puso la mano encima, ¿no? Dios, no puedo creerlo. No entiendo cómo pudo ni siquiera hacerlo —dijo al ver que se había despertado.

Sin poder evitarlo, se adentró aún más en la cama y la rodeó con sus brazos. La acunó hasta que él mismo estuvo tranquilo, pidiéndole perdón a cada murmullo.

—Lo quería. Desde el momento en que me enteré, lo quise. Fue extraño, es como una maldición, pero no puedes evitar sentirte emocionada —relató mientras seguía con el cuerpo apoyado en su pecho.

—¿Qué era?

—Niño, me dijo el médico. Tenía el nombre, era perfecto. Nathaniel. Y si era

niña, Hope.

—Me gustan, los dos.

—No me ha dolido tanto nada como esto. Ni siquiera... cuando caí por las escaleras, ni los otros golpes. Fue saber que lo había perdido.

—Lo sé. —Por supuesto que lo sabía, pues estaba sintiéndolo en ese mismo instante—. Me escribiste contándomelo, ¿no?

—Sí. Bueno, que iba a casarme con Essex si no me casaba contigo. No te dije nada acerca del bebé.

—¿Por qué no?

—Era algo demasiado delicado para ponerlo en una carta.

—Nunca me llegó, Rose. Alguien interceptó la carta, alguien que quería que te casases con él.

—La única persona que deseaba fervientemente que me casase con él era mi abuela.

—¿La ves capaz de hacer esto? —preguntó asombrado ante sus palabras.

—Por supuesto. Nunca voy a perdonarle que no me sacase de aquella casa cuando lo necesité.

—Yo tampoco, Rose —confesó George, hablando de sí mismo.

Más ligera, Rose sentía que se había sacado un peso de encima. Le había confesado todo acerca de cómo se sintió y veía en su rostro que él también estaba sufriendo. Pero no podía hacer eso, y no porque no lo perdonase, pues, al fin y al cabo, ella había sido la primera culpable siendo débil y habiéndose dejado arrastrar por la lujuria. No podía volver a tenderle la mano de nuevo, no porque no lo quisiera, ya había aceptado que era imposible para ella no hacerlo, y estaba empezando a pensar que no lo sería nunca, sino porque no estaba preparada para volver a confiar en él. Lo había hecho en el pasado y le había pasado factura de una forma que no podría olvidar.

—George, tienes que marcharte —le susurró, incorporándose de golpe.

—¿Por qué?

—No puedes estar aquí —dijo solamente, pero George no se movió.

—Rose, dime por qué. Si no me has perdonado, lo entiendo.

—No es eso, no es ...

—Dios, Rose, háblame. Tengo que sacarte las cosas a trompicones. Estás hablando conmigo, puedes contarme cualquier cosa, lo sabes, ¿verdad? —Se exasperó él.

—George, si me besas ahora no podré rechazarte, y no quiero besarte. Mi parte más racional no quiere hacerlo.

—¿Por? —George estaba inquieto ante tal confesión.

—No estoy lista para dejarme llevar, yo no confío...

—No confías en mí. Te fallé una vez y ahora temes volver a depositar tus esperanzas en mí de nuevo y que vuelva a fallarte —dedujo él.

—Algo así —murmuró ella, aunque no era solo eso.

—No voy a hacerlo. Pero no voy a convencerte, tienes que ser tú quien venga, Rose. Yo esperaré, lo que haga falta. Si he podido esperar durante dos años, un poco más no va a matarme. Voy a estar cerca, si me necesitas acudiré a ti sin demora, y esperaré. Porque, Rose, tú eres mi único destino. Lo sabes, ¿no? Eres mi final, mi principio, todo lo que hago es para que me lleve a ti. Eres mi futuro, flor de primavera, así que no tiene sentido no esperar en el presente.

La dejó sin palabras, muda y absorta ante su espontánea confesión.

—De acuerdo —respondió ella, incapaz de decir nada más.

George, después de algunos minutos estando a su lado, se levantó de la cama y salió de su habitación por donde había venido.

Rose se quedó en el mismo lugar, no se movió ni un milímetro. En el fondo

de su ser quería que estuviese a su lado, que la mimase y la cuidase; sentirse querida por alguien era una verdadera cura para su alma dañada.

Si por alguna circunstancia George se enteraba de que había sido ella quien había apretado el gatillo, ya no la miraría con los mismos ojos, estaba segura. Y tampoco era prudente estar demasiado cerca, los agentes de la ley podrían pensar que se habían deshecho de su marido para poder casarse y eso era algo complicado. Tenía que resolver todos los problemas antes de decidir qué haría con George.

Pero lo necesitaba. No, no era cierto. No lo necesitaba, había podido vivir sin él y seguramente podría hacerlo hasta el final de sus días, aunque esa desazón al verle siguiera vigente. Pero no quería hacerlo, su corazón clamaba por su presencia, por su esencia y por su amor. Lo había puesto como el culpable de sus desgracias y a la vez el único salvador de ellas, cuando realmente no era ni una cosa ni otra. No era el único culpable, las circunstancias y la avaricia de ciertas personas se interpuso entre ellos, la inmadurez y la inexperiencia y la maldad de otras supusieron su infelicidad.

Ella misma tenía que ser salvada por sí misma, no había otra opción. Podría haber pedido ayuda, a George, sí, y él sin duda hubiese acudido. Pero imaginarse qué habría sucedido en tales circunstancias no servía para nada.

Por primera vez en mucho tiempo, se durmió sin que pasase mucho rato dando vueltas en la cama.

Se despertó como cuando lo hacía de pequeña, antes de que nadie llamase a su puerta, con energía y la sensación de felicidad propia de una niña. Fue efímera, por supuesto, pues recordó que aún tenía muchos problemas a sus espaldas. Teniendo ya la maldita carta podría entregársela a Robert y olvidarse de Essex y su legado para siempre. No, no iba a hacer lo que Edmund propuso, no iba a meterse en un problema mayor para solucionar otro.

—*Lady Rose*, —dijo Elsbeth entrando en sus aposentos— han dejado una

carta para usted.

Ella la recogió algo nerviosa, podría ser de Robert exigiéndole nuevos progresos o de aquella mujer. La abrió, viendo solo lo que parecía una especie de título al portador de... una cantidad de dinero escandalosa. Y una escueta nota poniendo *Buena suerte, Rose*.

Era de Beatriz, no podía ser de nadie más. Pero ¿qué narices había pasado? Si sabía por *lady* Penélope que se iba a casar con William Hayes, la mujer no había podido disimular el hastío que sentía por esa unión, pues ella misma planeaba casarse con él. Algo estúpido, si lo había rechazado hacía años, ¿cómo podía pensar que él ahora la aceptaría? Tampoco sabía los entresijos de la historia, pero estaba claro que a William Hayes le interesaba Beatriz, lo había visto con sus propios ojos.

Tenía que encontrarla, y cuanto antes. Llamó a Elsbeth para que la ayudase a vestirse y, cogiendo el carruaje, se dirigió a su casa. Le dijeron que había salido así que, resignada, se dispuso a volver. Estaba cruzando el parque cuando vio a esa muchacha rubia amiga de Beatriz sentada en uno de los bancos e hizo detener al cochero. Seguro que ella sabía algo.

Bajó y se encaminó hasta llegar a ella.

—¿Jane Bradford? —Al oír su nombre la chica rubia con cara de querubín se giró.

—Soy yo —dijo, se notaba que estaba algo sorprendida.

Se levantó del banco y, aguantando unos segundos la respiración, la saludó con una leve reverencia.

—Déjate de formalismos y dime, ¿dónde demonios se ha metido Beatriz? —Rose no estaba para ser la perfecta dama.

—¿La estás buscando?

—Por supuesto, he ido a su casa pero ha salido. Pensaba que estaría paseando por aquí, pero ya veo que no.

Rose se estaba poniendo nerviosa, se notaba que la chica sabía algo y que se debatía en decírselo o no.

—Se ha ido —le dijo al fin.

—¿Adónde?

—A Madrid.

—¿Cómo?! Esto es imposible, aunque tiene sentido, por eso me ha dejado... es igual. Aún podemos impedir que se vaya, no creo que en tan poco tiempo haya podido organizar un viaje, ¿verdad?

—Me han dejado esta carta, esta mañana.

Prácticamente Rose se la arrancó de las manos para leerla. Suspiró, era inconcebible.

—Hombres, ¿por qué siempre tienen que meter la pata en todo?

—Eso me pregunto yo. ¿Cree que es cierto, que se va a casar con *lady* Penélope?

—No sé de dónde ha sacado tal idea, pero es completamente falso. La propia *lady* Penélope está esparciendo el rumor de que Beatriz es una fulana salida de un lupanar español y dice que le ha quitado al prometido. Como si alguna vez lo hubiese tenido.

Jane abrió los ojos desmesuradamente.

—¿Y si *lady* Penélope le fue con el cuento a Beatriz?

—No creo, Beatriz la hubiese humillado al instante, y hubiese sabido que mentía. No, alguien debió de contarle algo o... vio algo muy creíble —pensó ella.

—Quién sabe, pero ahora se ha ido. ¿Cuánto cree que tardará en llegar una carta?

—Más tiempo que lo que tardaría *lady* Penélope en volver a intentarlo con Hayes. Hay que encontrarla, y rápido.

Jane asintió y, sin avisar a su doncella, se fue con Rose Leverton en su carruaje.

—¿Adónde vamos primero?

—A su casa, tiene que pasar a por sus cosas si quiere irse. Y si no están, entonces directas al puerto.

—De acuerdo.

Con rapidez, llegaron a la residencia de los Clayton. Ambas intentaron convencer al pobre mayordomo de que era muy necesario ir hasta la habitación de Beatriz, pero parecía que aquel hombre era de hierro, pues no lo estaba consiguiendo.

—¿Qué es todo ese escándalo? —Apareció John por detrás, e instantáneamente Jane se sonrojó.

Rose lo notó, era verdaderamente perspicaz con esos temas.

—Estas señoritas insisten en pasar a los aposentos de la condesa, pero, por supuesto, no lo he permitido —decía el hombre, más tozudo que una mula.

—No se preocupe, las conozco, déjelas pasar.

Cuando por fin se hallaron en el recibidor, empezaron a hablar.

—Su ilustrísima, creemos que Beatriz tiene intención de volver a España —dijo Jane sin perder el tiempo.

John se sobresaltó al oír aquello. Si su madre se enteraba, le daría un gran disgusto.

—¿Y por qué? ¿Cómo lo habéis sabido?

—Me han dejado una carta suya despidiéndose esta mañana.

—Y a mí también —secundó Rose, que no había sido una carta explicativa sino el dinero que precisaba.

—Voy a mirar si siguen sus cosas.

Ágilmente subió por las escaleras y ellas dos aguardaron a que bajase. Rose miró a Jane de reojo, que seguía con las mejillas en ebullición.

—¿Quieres mi pañuelo? Se te cae la baba, querida —dijo, alargándoselo medio en broma.

—No seas mezquina —le susurró, avergonzada.

—Oh vamos, estoy bromeando. Estoy segura de que Beatriz es mucho peor.

—Lo es, intenta disfrazarme a la francesa y me invita a cenar.

Su mera mención dejó un vacío.

—No quiero que se vaya —confesó Jane.

—Yo tampoco. ¿Y qué vamos a hacer tú y yo en los salones?

Beatriz había demostrado ser la única amiga verdadera que había tenido, tras años de estar en Londres, de ir a los más selectos ambientes. Lo necesitaba, necesitaba tener a alguien que la apoyase incondicionalmente, que no la juzgase, que no pidiera nada más a cambio que su amistad.

—¿Ahora somos amigas?

—Los amigos de mis amigos, también lo son —dedujo ella.

—Es verdad, necesitamos que Beatriz nos lance a los leones, porque tú, sin ánimos de ofender, pero eres...

—En público soy una pánfila, sí.

—Yo, que no me atrevo casi ni a respirar, y Susan que se asusta de los hombres, más que damas casaderas pareceremos monjas a punto de entrar en un convento —comentó, aguantándose la risa.

—Eso sí que no, te recuerdo que soy viuda, y de monja tengo lo que tú de morena.

No le dio tiempo a responder, pues John bajó las escaleras alarmado.

—Sus cosas no están, y las de su administrador, Bur... lo que sea, tampoco.

—Se ha ido de verdad —suspiró Jane.

En aquel mismo momento, entró William Hayes en el salón. Tenía el cejo fruncido y una gota de sudor se le caía de la frente.

—¡William! Ha ocurrido algo terrible, Beatriz ha vuelto a España. Creemos que estará a punto de coger el barco. No hay tiempo que perder.

Entonces Rose se percató del percal que podía llegar a suceder, porque el tío de Beatriz parecía ignorar todo el asunto. Todo.

—Espero que lleguemos a tiempo —dijo Jane para cortar la tensión del ambiente.

—Yo también. Mi madre nunca me lo perdonará, y yo tampoco —confesó John, que, aunque no era el que estaba más nervioso, sí era quien lo exteriorizaba—. ¿Por qué se habrá ido sin despedirse? ¿He sido poco tolerante con ella?

—No lo creo, ¿qué opina usted, lord Hayes? —le soltó con un retintín muy particular Rose. Beatriz le había mencionado algo sobre William teniendo miedo de decirle algo a John, pues bien, le facilitaría el trabajo.

—Oh, no creo que las pequeñas discrepancias con William hayan sido la causa, de hecho, últimamente habían limado asperezas. —Estaba claro que, por su respuesta, John no iba bien encaminado.

—Se llevaban más que bien, ¿no es cierto lord Hayes? —dijo Jane, siguiendo el mismo tono que Rose había empleado con anterioridad.

William no contestó, pero si vio con el rabillo del ojo cómo John miraba primero a ambas mujeres y luego a William, repitiendo el gesto varias veces.

—¿Qué significa eso? ¿Qué habéis querido decir con eso?

Rose se fijó cómo a William le tembló brevemente la nuez antes de mirarlo a los ojos con cierta culpabilidad.

—No.... no es... ¿cierto? —La cara de John empezó a hincharse hasta

ponerse del todo roja y, preso de la ira, gritó dentro del carruaje—. ¡Serás rufián!

Su puño impactó con la ceja y el ojo de William Hayes.

—¡Ilustrísima! —gritó Jane cogiéndole del brazo para evitar que le diera otro golpe.

—Lo tengo merecido —murmuró William.

—Por supuesto que sí —le dio la razón Rose, que no se movía de su asiento, observando el espectáculo.

—En mi defensa diré que iba a casarme con ella.

—No seas mentiroso, ¡ibas a casarte con *lady* Penélope! —le gritó John.

—Eso lo dedujiste tú, yo no te dije nunca tal cosa. ¿Eso es lo que le dijiste a ella?

John empalideció y William supo que así había sido. Rose entendió entonces todo el percal.

—Todo habría sido muy sencillo si no os hubiese visto con ella —dejó caer Jane, que no terminaba de fiarse del duque.

—¿Con *lady* Penélope? Oh, debió verme cuando vino y se me insinuó. Me pilló por sorpresa y se abalanzó sobre mí, pero en cuanto pude reaccionar me la saqué de encima. Si yo mismo le dije que iba a casarme con Beatriz.

—Eso es cierto, le ha faltado tiempo para esparcir el rumor —lo ayudó Rose.

—Aún así... tú y... ¿Beatriz? ¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Qué...? ¿No la habrás... comprometido?

—¡John, por favor! —volvió a gritar Jane, interponiéndose entre él y William para poner paz.

—No puedo creerlo, delante de mis narices. Si es que estabais como el perro y el gato.

—Conde, sois muy poco observador. Era tan obvio que se atraían, que hasta un ciego podía notarlos solo con escucharlos —dijo Rose, a lo que Jane asintió.

—Lo siento, estoy terriblemente avergonzado de mi comportamiento. Y, como ya he dicho de manera reiterada, no deseo otra cosa que casarme con ella.

—Por supuesto que vas a casarte con ella, aunque tengamos que viajar hasta Madrid, os arrastro hasta el altar —prometió John.

Rose se dio cuenta también de cómo Jane observaba a Clayton, o más bien cómo se lo comía con la mirada. Por fin llegaron al puerto y todos bajaron del carruaje tan deprisa como pudieron. Preguntaron cuál de los navíos partía hacia España y, por desgracia, hacía tan solo media hora que había partido. William maldijo por lo bajo, tenía muy asumido lo que debía hacer.

—Señoras, John, voy a ordenar que preparen mi equipaje. En breve parto para España.

—Si piensas que vas a ir tú solo, estás soñando. Ahora mismo compramos los pasajes, y voy a irte a buscar a tu casa. No pienso dejar que te me escapes —le dijo con reticencia.

Rose, viendo el panorama, decidió que lo mejor que podían hacer ella y Jane era retirarse.

Dos semanas después

Una novia relajada y feliz, un novio orgulloso y radiante, unos invitados selectos y una celebración privada y familiar.

George estaba hablando con Edmund, mencionando que su hermano William era la última persona que se imaginaba casándose con Beatriz de Velarde.

—Yo tampoco lo sospeché, hasta que una noche vino a darme un puñetazo porque creía que le había robado a la novia —confesó él.

—Yo pensaba que era tu futura novia —mencionó George.

—Está enamorada de mi hermano. No sé qué le ve, pero así es.

—Lo siento por ti.

—¿Por qué lo sientes? Hay muchas mujeres sin dote desesperadas por casarse, no será difícil encontrar alguna que sea decente.

Se terminó la copa de un trago y observó el panorama con sus fríos ojos azules.

—Creía que te gustaba.

—Y me gusta.

—Edmund, un día te vas a enamorar y entonces... —Quería decir que entonces todo tendría sentido, pero él lo interrumpió.

—Quizás ya lo haya estado, y no valga la pena.

—La vale, te lo aseguro —dijo, mientras veía cómo Rose se acicalaba el cabello mientras charlaba animadamente con otra chica rubia y con su hermana.

—Eso es porque eres correspondido. Aunque ya sabes lo que dicen, es fácil morir con una mujer, lo difícil es vivir con ella.

Le dedicó una medio sonrisa antes de responder.

—Deja de leer a lord Byron, al menos sus letras más amargas.

—¿Acaso las hay que no lo sean? Siempre tiene un punto de amargura.

—Creo que quien le pone un punto amargo eres tú, amigo mío. Deberías estar buscando a alguna dama para bailar y conquistar. No seducir, por supuesto.

—Cuanto menos la conozca, mucho mejor.

—No tienes que disimular conmigo, sería muy fácil hacer lo que dices, pero no lo haces. En el fondo, deseas casarte con alguien que sea de tu agrado —acertó a decir George, que sabía muy bien que detrás de esa máscara de indiferencia y amargura, Edmund tenía un corazón, pero se esforzaba demasiado en disimular que no.

—Parece que la suerte no está de mi lado. O el amor.

—Parece que últimamente no está del lado de nadie.

George se desabrochó el botón más alto de la camisa y respiró pausadamente. Había pensado mucho en ello, le había dado muchas vueltas a esa confesión de Rose y ese dolor, ese malestar que se había instalado en su estómago no le abandonaba. En su naturaleza no estaba el ser alguien vengativo, pero su rabia contenida no había ido más que en aumento. Cuanto más pensaba en lo que Rose había sufrido, más ganas tenía de hacérselo pagar a alguien. El desgraciado de Essex ya estaba muerto, y había tenido suerte de estarlo, porque si se hubiese enterado de ello estando vivo, no hubiera tenido piedad de él.

Dejó ese pensamiento a un lado cuando vio que Rose desaparecía entre la multitud que se había congregado en la gran finca del duque de Rutland. Caminó entre la gente, siguiéndola, hasta llegar a una puerta y allí observó cómo disimuladamente entraba en esa habitación.

Sabía que le había pedido tiempo, pero ahora era él quien necesitaba estar a su lado. Se trataba del que podía haber sido su hijo, ¡un hijo! Del cual no sabía ni de su existencia. No podía compartir esa pérdida con nadie más que con Rose, y sufrir en silencio le estaba matando. Por eso llegó hasta la puerta, pero antes de abrirla oyó una segunda voz, dándose cuenta de que Rose no estaba sola. Paró la oreja disimuladamente, para escuchar.

—He podido seguir a esa mujer, es una antigua prostituta de cierta edad, está sin blanca, sin familia. —El hombre tenía un acento extraño, hablaba inglés, pero no lo era.

—¿Eso qué quiere decir?

—Que no se conformará con lo que le pide, querrá más cuando se le acabe.

—¿Y cómo podemos resolver esto? Sin violencia, por supuesto. Burun, ¿te ha dicho algo Beatriz? No quiero molestarla con estas cosas el día de su boda.

Burun era el asistente hindú de Beatriz de Velarde. ¿En qué se habían

metido? Sonaba mal, muy mal el asunto. Principalmente porque hablaban de una prostituta y de que algo pedía.

—Me ha dicho que tiene cierto plan para llevar a cabo, que no debe preocuparse por nada, *lady* Rose.

—No puedo evitar estar preocupada. ¿Qué clase de plan es ese?

—Uno que, a la larga, dice que será muy lucrativo. Quiere contároslo ella misma.

Oyó como Rose suspiraba.

—Está bien, cuando tenga tiempo que venga a verme y me lo explique. Gracias, Burun.

George se dio cuenta de que en breve Rose saldría por esa puerta, así que se alejó de allí. No sabía qué estaban tramando, pero le daba la sensación de que era algo que envolvía uno de los múltiples misterios que Rose guardaba. Estaba decidido a llegar hasta el fondo de todos ellos y lo haría.

En cuanto vio cómo Rose salía de allí, se acercó a ella. Le estaban quemando sus ganas de tocarla, o simplemente de tenerla cerca.

—¿Te ha gustado la ceremonia? —le preguntó, inclinándose de un modo muy formal.

—Ha sido bonita. Pero, es la segunda vez que se casan, ya acudí a la primera —confesó Rose, haciéndole partícipe de sus confidencias.

—¿De veras?

—Beatriz es católica, pero no lo digas mucho, parece que a la gente se le ha olvidado.

—Entiendo. Os habéis hecho muy amigas en poco tiempo —dedujo él.

—Congeniamos. No enseguida, pero lo hicimos. Es una buena amiga —recalcó ella.

—Me alegro de que las hayas encontrado. ¿Te gustaría bailar conmigo? —Le

ofreció su mano ante una dubitativa Rose.

—¿Por qué quieres bailar conmigo? —preguntó ella.

—No necesito ninguna excusa y tampoco ningún motivo oculto para hacerlo, salvo el hecho de que quiero y deseo pasar tiempo contigo. —Cogió su mano y, tras guiarla hasta la pista, puso la otra sobre su delicada cintura, sonriéndole con los ojos.

Rose observó su frente despejada, los rizos medio anaranjados recogidos en una pequeña cola, la barba que le empezaba a salir en el rostro y los ojos tan verdes y brillantes como la hierba con el rocío de la mañana. Él era su completa y absoluta debilidad.

—Está bien —asintió ella, y empezaron a dar vueltas ante el ritmo constante del baile.

—Mis intenciones no han cambiado, Rose. Sigo queriéndote y, si es posible, aún más que antes. Quiero pasar el resto de mi vida junto a ti —le susurró en cuanto el baile los acercaba.

Rose, al oír eso, tragó saliva, desconcertada de que estuviese diciendo todo eso delante de tanta gente, aunque fuese en voz baja.

—No es el momento, George —murmuró.

—Ya lo sé. Nunca parece ser el momento propicio, y estoy cansado. Si por mí fuera ahora mismo te comprometía aquí y ahora para que no pudieras negarte a casarte conmigo.

El pánico traspasó los ojos de Rose.

—George...

—Pero no lo voy a hacer porque, por algo que no entiendo todavía, sigues empujándome fuera de tu lado.

—Es mi problema. Y recuerda que sigo en periodo de luto.

—Podría ayudarte.

—No. Si algo sé es que no puedo esperar a que los demás solucionen las cosas, porque a veces no pasa. Por favor, deja que yo me ocupe —le suplicó con la mirada.

—De acuerdo —aceptó él—. Pero no pienses que voy a alejarme, voy a disfrutar de tu compañía durante toda la velada.

La música terminó y los dos volvieron a uno de los rincones.

—No tengo ninguna objeción en ello. Dime, ¿te esperabas ese enlace?

—Tenía mis dudas. Era obvio que el duque bebía los vientos por ella, pero... no, no lo tenía claro.

—¿Te acuerdas de nuestra discusión ese fin de semana en casa de Logde? En la biblioteca.

—Me abofeteaste y me llamaste cerdo inmundo.

Sonrió al recordar su osadía.

—No estábamos solos. Debajo del sofá estaban los ahora novios.

—¿Y no me dijiste nada? —se sorprendió él.

—Cuando me di cuenta ya nos habíamos dicho de todo, no quise que fuese... incómodo. Beatriz y yo hicimos un trato de no contar nuestros secretos. Así empezó nuestra amistad.

—Muy ilustrativo. Así no se puede empezar un matrimonio, tenemos que tener cierta confianza mutua —dijo él medio bromeando, haciéndose el ofendido.

—Eso si acepto casarme contigo.

—Entonces tendré que raptarte —dijo tan tranquilo.

—Puedo seguir sin querer casarme contigo.

—Qué calamidad, voy a tener que comprometerte. Y esta vez, a sabiendas de ello —dijo seriamente.

Rose no se movió de donde estaba. Parecía que había visto un fantasma hasta que, por fin, dijo algo.

—No sé si podré casarme contigo, George. No es que no quiera.

Se apretó las manos con fuerza, estaban sudadas del nerviosismo que le había entrado de golpe.

—No te entiendo.

—Tú esperas cosas... implícitas en el matrimonio.

George arrugó la nariz, intentando entenderla. No sabía de lo que estaba hablando, ¿cosas implícitas? ¿Qué tipo de cosas eran? Solo se le ocurría una y, en ese aspecto, creía que no había problema alguno. Carraspeó, mirando a su alrededor. Parecía que nadie se percataba de su presencia alejada.

—No me... ¿deseas? —Alzó una ceja intentando adivinar.

—¿Qué? ¡No! No es eso.

A Rose, por primera vez en mucho tiempo, se le alzaron los colores.

—¿Entonces? —preguntó él sin comprender ni pizca.

—Estuve mal después del accidente. No sé si voy a poder...

En el momento en que se puso la mano en el vientre, George lo entendió.

—No importa —dijo él con rapidez, sin dejar de mirarla a los ojos—. No los necesito.

—¿Estás seguro? —preguntó ella con el corazón en un puño.

—Si no es contigo Rose, no lo quiero. No voy a mentirte, nunca pensé en la paternidad, no como algo real o palpable. Ni se me pasó por la cabeza antes de que te casases y después mucho menos porque lo único en lo que podía pensar era en ti. Luego me contaste lo de Nathaniel y se volvió... real. Pero porque era tuyo y mío. Era de los dos. No lo quiero a cualquier precio. Lo quiero contigo.

—¿Y si no lo puedes tener conmigo?

—No importará, porque voy a tenerte a ti. De todas formas, si lo deseas hay muchos huérfanos que podemos hacer pasar por nuestros propios hijos. No sería la primera vez que alguien lo hace.

Dentro de ella, todo se removió de nuevo, pero volvió a calmarse al darse cuenta de que estaban en un sitio público.

—Sácame de aquí, George —susurró entonces.

No necesitó que se lo dijera dos veces. Se deslizaron por el suelo intentando no llamar la atención hasta salir por la puerta principal. Prácticamente después de subir al carruaje se lanzaron el uno en la boca del otro, sin apenas pronunciar palabra.

Rose le rodeó con los brazos, quería impregnarse de nuevo de su esencia, ahora que casi había dicho todo lo que llevaba dentro. Ahora podía descubrirse, dejarse querer por él.

Llegaron a la puerta de la casa de los Frayes, sabía que no habría nadie así que abrió la puerta arrastrando a Rose escaleras arriba hasta llegar a sus aposentos. Solo ellos dos, con la luz de un día nublado que atravesaba la ventana perezosa y suave.

George no podía creer que la tuviese tan sólida y real, a su alcance. La desnudó como quien presencia un milagro, despacio, disfrutando. Se deleitó otra vez con su boca, con su maravillosa forma, su sabor, sus movimientos gráciles y gentiles. Acarició la curva sensual y solícita de sus pómulos con los nudillos de sus manos.

La piel suave bajo la mandíbula se le antojaba deliciosa, igual que un placer etéreo que explorar. Ya lo había hecho en otras ocasiones, pero nunca parecían suficientes. Besó el cuello de Rose que, al notar su tacto, se le erizó, y continuó descendiendo hasta la clavícula marcada. Bajó las mangas de la camisola para dejarla completamente desnuda. Los ojos se le humedecieron de golpe y se acercó para que Rose dejase de medio taparse con los brazos. Apartó primero el derecho encontrando una larga cicatriz en su abdomen, que no dudó en besar

delicadamente.

—Déjame quererte, flor de primavera —susurró a la vez que se quitaba la chaqueta y ella le desabotonaba la camisa.

—Hazlo —respondió ella, que centímetro a centímetro de su piel notaba los efectos que él provocaba, queriendo más.

Volvió de nuevo sobre su boca, esta vez profundizando en el beso, buscando robarle el aliento para atesorarlo en su corazón hasta el resto de sus días.

Notó las manos frías de él posándose en sus caderas mientras que su boca bajaba hasta sus pechos. El pulso de ella se aceleró al notar que la estaba tocando con suma delicadeza, igual que si estuviese tocando una antigüedad o algo extremadamente frágil. A cada trozo de su cuerpo que él tocaba, ella notaba que iba hirviendo más y más.

Humedeció con su lengua los pulgares y los puso encima de sus pezones haciendo redondas invisibles. Luego, acabó de desnudarse de cintura para abajo dejando a la vista su miembro hinchado y exuberante. Sin dejar de aprisionar su boca, la llevó hasta donde se situaba la cama. Se pegó a ella notando sus pechos excitados en el suyo propio, tocando su piel de alabastro con la suya, rodeándola con sus brazos.

Rose se colocó encima de él, queriendo abarcarlo toda. Murmurando su nombre, le entrelazó los dedos entre su pelo medio rubio medio anaranjado. Su voz se disolvió en salvajes gemidos cuando él se movió haciéndola girar, quedando encima de ella. Descendió hasta que su cabeza quedó escondida entre sus piernas medio abiertas, sus dedos removieron los pequeños rizos claros y, abriendo sus rosados labios, iniciando la tortura. Dejó su aliento primero para después empezar a bailar con su lengua sobre ella, empujando lascivamente la protuberancia, lamiéndola.

Rose suspiraba, mordiéndose el labio inferior con dureza, luchando desesperadamente por permanecer quieta a pesar del intenso placer de su boca en su vagina. Dejó escapar un grito cuando notó que la ola de placer empezaba a

formarse, arqueando su espalda, queriendo aquello que deseaba noche tras noche. Él volvió a su boca, sintiéndose el hombre más afortunado de todo el globo terráqueo. Al oírla gemir, gruñó de satisfacción y sujetó sus tensas nalgas en sus poderosas manos, mientras su boca continuaba deleitándose en la de ella. Introdujo un dedo en la apertura de su cuerpo, incitándola a que se moviera.

—Rose, estás tan húmeda... —murmuró en su oreja, totalmente excitado—. Voy a deslizar cada centímetro de mi miembro en tu interior.

—Por favor —respondió ella, en plena necesidad.

George se asentó entre sus muslos. Volvió a jadear cuando sintió la cabeza de su vara abriéndose paso contra el centro lubricado de su sexo. Él empujó con cuidado, quería ser delicado esa vez, no como la del carruaje donde había perdido el control. Esa vez se deleitaría, la tomaría con paciencia, disfrutaría del momento alargándolo lo máximo posible.

—Te necesito, George. —Ella se aferró a sus caderas, levantando su cuerpo para entregarse a él.

Él gimió y empujó hacia delante, enterrándose completamente, mientras la carne de ella latía palpitante a su alrededor.

—Flor de primavera —susurró—, espero que esto no sea un sueño.

Ella dejó un grito ahogado cuando su miembro, de una estocada, la penetró del todo, arañándole la piel que cubría sus omóplatos. Siguió respirando con suma dificultad, mientras las caderas seguían moviéndose con lentos embates. El brillo en su mirada, el sudor que la caía ligeramente con algunas gotas en su frente, la boca rojiza tentadora... Rose se perdió ante la visión de él, de su George. Había sido una estúpida pensando que podía haber renunciado a él, cuando nunca podría.

Descansó sus antebrazos apoyados a ambos lados de la cabeza de Rose, su Rose. Su corazón le pertenecía, a nadie más. Sabía que no podría entregarle su corazón a nadie más que ella. La boca de ella lo atrapó con avidez, mientras disfrutaba de cada entrada y salida.

—George, te quiero —susurró ella entre sus besos, teniendo la necesidad de decírselo—. Te quise siempre y sigo haciéndolo. No es una ilusión, ni un sentimiento derivado del afecto pasado... es real.

—Te quiero, Rose.

Esas palabras parecieron romper su autocontrol, haciendo más fuertes y más seguidos los embistes, más anhelantes, hasta que se enterró en su interior y se estremeció violentamente, entregado al éxtasis. Lo mismo sintió ella cuando esa ola de placer la arrastró hasta el interior y jadeó, sujetándose a George para no perder el sentido de la realidad.

Algunos minutos después, mientras continuaban tumbados en la cama juntos, George le besó la sien y acarició su cabello rubio enredado.

—Estaría horas observando tu rostro —suspiró, sujetándola contra su pecho fuertemente.

Totalmente extasiada, Rose cayó en los brazos de Morfeo con un solo pensamiento en la cabeza, y ese era el de la felicidad.

6. Una leverton no se arrodilla

Cuando nos falta la razón, hacemos uso de la experiencia.

Michel de Montaigne

Después de la boda del año, tal y como lo describieron los periódicos, todo volvió a la normalidad. Excepto por Rose, pues su normalidad no tenía ninguna nota de habitualidad en ella.

—Espero que ya estés recuperada de tu resfriado —preguntó, o más bien advirtió su abuela entrando en el salón donde estaba tocando el piano.

Las clases habían dado sus frutos, sabía tocar a las mil maravillas y le gustaba hacerlo, se sentía en su propio mundo, ajeno a todo.

Mary Leverton, con el sombrero de plumas de ganso y la chaqueta de color burdeos aún puesta, caminó por el salón con el bastón a cuestas, observándola en silencio.

—Estoy mejor.

—Bien, porque los caballeros y lores preguntan por ti.

Rose paró de tocar de golpe y, guardándose su ira, levantó la vista.

—Ya me casé una vez con su deseado duque. No voy a volver a hacerlo. — Se encaró a ella por primera vez.

—Por supuesto que lo harás, niña ingrata. Tu marido no te dejó absolutamente nada, vives gracias a mi limosna porque eres mi nieta —se atrevió a decirle.

—De Franklin, abuela, no se equivoque. Todo esto, es de Franklin. —Había explotado, aguantando día tras día sus sermones, había llegado un punto en el

que se había colapsado.

—Franklin hará lo que yo le diga.

—Le dije a Franklin que no quería casarme y él lo aceptó.

Mary dio un golpe en el suelo con su bastón, completamente indignada. Sus ojos se empequeñecieron de golpe, irritada.

—¿Cómo te has atrevido a ir de espaldas, conspirando contra mí? Yo, que te lo he dado todo. Deberías estarme agradecida, te estoy procurando un buen nombre, uno que tú te empeñas en manchar.

—¿Conspirar? Se trata de mi vida, y no voy a dejar que nadie, nunca más, lleve las riendas —Se levantó de la banqueta del piano decidida a irse de allí.

—No hemos terminado. ¿Qué crees que pensaría Franklin cuando se enterase de que su perfecta y adorada hermana pequeña fue deshonrada antes del matrimonio? ¿Qué crees que le haría a Frayes?

Se detuvo en seco al oír las palabras de Mary. Se giró y volvió sobre sus pasos con la mirada puesta en ese ser que le había amargado tanto la vida, y entendió muchas cosas. Levantó un dedo hacia ella, acusándola.

—Fuiste tú, la que interceptó mi carta. La que respondió en vez de hacerlo George. Me hiciste creer que no me creía, que era una ingenua y una cualquiera por haberme entregado a un hombre a quien no le importaba lo mas mínimo. ¿Sabe lo que significó, abuela?

—Hacerte volver a la realidad. No se hubiera casado contigo de ninguna de las maneras, Rose.

—¡No lo sabe! Pero George es un hombre honorable, y aunque le hubiera costado, lo hubiese hecho.

Mary soltó una sonora carcajada que hasta resonó entre las cuatro paredes del cuarto.

—Qué ingenua eres, Rose.

—Quiere casarse conmigo —confesó.

—Pues cástate con él. No es un duque, pero será conde. Te estás rebajando, pero si es lo que deseas, no voy a interponerme en tu camino.

Se sorprendió ante tales palabras, tanto que no supo qué decir.

—Lo haré, pero no ahora mismo.

—No vengas llorando si luego se desdice. Eso sí, en tal caso, no voy a tener piedad contigo.

Esa vez fue ella quien se rio, medio con rabia y con desidia.

—¿Cuándo la tuviste? No creas que te he perdonado.

Su abuela alzó ligeramente las cejas y cerró los ojos después de escucharla.

—Ya va siendo hora de que superes aquello. —Tras decir esas palabras, salió de allí con el mismo paso con que había venido.

—No voy a hacerlo nunca —respondió Rose, más para sí misma que para nadie.

Había quedado en que Beatriz pasaría a buscarla alrededor de las cinco y ya pasaban más de diez minutos, pero entonces llamaron a la puerta. Suspiró y fue hasta la entrada, donde estaba Burun.

—*Lady* Rose, Beatriz la espera en el carruaje.

—Perfecto.

Quería terminar con ese tema de una vez por todas, quería que el chantaje terminase de una vez. Fue hasta el carruaje que estaba en la puerta y ella y Burun entraron. Aún sentía ese malestar que se le había puesto al hablar con su abuela. Esa duda que se le había instalado en la mente.

George se casaría con ella. Se lo había dicho, no le importaba nada más. Pero ¿y si le aterraba el hecho de que fuera una asesina?

—¿Te encuentras bien, Rose? Estás más pálida de lo normal —preguntó

Beatriz al verla algo nerviosa y más blanca que las nubes.

—Estoy bien, solo que mi abuela tiene la virtud de hacerme sentir mal conmigo misma.

—¿Esa malnacida? Ni siquiera tendrías que escucharla.

—Vivo bajo su mismo techo, se me hace un poco difícil. Entonces, ¿cuál es tu maravillosa idea?

—Vamos a formar una sociedad. ¿Qué te parece?

Rose parpadeó varias veces haciéndose a la idea.

—¿Para?

—Crear un negocio, por supuesto. Pero no cualquier negocio, sino uno que tu chantajista pueda dirigir.

—Es decir, ¿que le vas a entregar un negocio a esa mujer así, sin más?

—No exactamente. Vamos a montar un burdel y ya se sabe que, ser la *madame* de estos sitios es el trabajo soñado de toda prostituta.

—A mí no me miréis, es una locura —objetó Burun, ese hombre de grandes dimensiones y tez oscura en quien Beatriz confiaba ciegamente, y por ende ella también.

—Alguien con sentido común.

—Por eso crearemos la sociedad, para que nadie nos pueda relacionar con él. Yo aportaré el capital, tú te encargarás de cuestiones de organización y la dirección se la dejaremos a esa mujer.

—¿Y cómo sabes que aceptará?

—Burun lleva siguiéndola desde hace semanas, prácticamente vive en la calle.

—Primero averigüemos si está de acuerdo con la proposición —dijo ella al no verlo demasiado claro.

Las calles del bajo Londres pronto las arroparon, viendo cada vez más gente andrajosa, los olores se volvieron pestilentes y a Beatriz le entraron arcadas al pasar por delante de una parada de pescado.

—Tendríamos que haber quedado en Covent Garden directamente —dijo ella.

—Ya estamos llegando. Es en esta pensión donde duerme —señaló Burun.

Ambas se quedaron en el carruaje y fue él quien bajó para ir a buscar a la mujer.

—¿En serio piensas que es de fiar?

—No, pero Burun la vigilará de cerca. Será como hacer una pequeña obra de caridad.

—Poner un prostíbulo no lo veo yo como una obra de caridad. ¿Dónde está tu moral tan cristiana, católica y apostólica?

—Nunca la he tenido, es el doble rasero de la nobleza española.

Pronto estuvo delante del carruaje aquella mujer a la que Rose había visto dos veces. Subió dentro de él con cara de malas pulgas.

—¿Quién eres? —le preguntó a Beatriz observándola de arriba abajo, como si la estudiase.

—Pauline ¿no? Soy su amiga —señaló a Rose—. Ya que ha decidido chantajear a una persona, lo justo es que os metáis con alguien con posibilidades y no con una pobre viuda que no tiene ningún centavo.

—No pierda el tiempo alabando sus virtudes, vi cómo apretaba el gatillo. Los nobles os creéis impunes de todo, tenéis una vida demasiado fácil —hablaba desde la amargura más profunda, pero a eso a Rose no la ganaba nadie.

—Los nobles, ellos, por supuesto. ¿Las mujeres? Somos simples marionetas a su antojo. Puede que me tomase la justicia por mi mano, pero, era el duque de Essex, nadie se hubiera enfrentado a él y mucho menos por una mujer.

Pauline frunció el ceño y se apartó un mechón de cabello algo andrajoso de la cara.

—Entiendo.

—Hemos venido a ofrecerte un trato. Podría darte el dinero ahora mismo, pero ¿qué garantías tengo de que, cuando se te termine, no volverás a por más? Ninguna.

—No lo haré —aseguró ella.

—Tengo una oferta de trabajo para ti. Un nuevo prostíbulo en Covent Garden, y tú lo dirigirás.

La mujer no pareció entenderlo porque se lo hizo repetir a Beatriz.

—¿Yo, dirigirlo? ¿Como yo quisiera?

—Te hemos investigado, estuviste veinte años en uno hasta que te echaron. Sabrás cómo funcionan las cosas. Eso sí, será un lugar exclusivo, nada de chicas de poca monta. Lo único que tienes que hacer es buscar a las chicas, asearte, comprarte vestidos decentes y presentarte el lunes de la semana que viene en el número ocho de la calle Shelton.

—¿Por qué?

—Te lo he dicho, necesitas un empleo para siempre y dejar en paz a mi amiga. También lo hago porque ahora que me he casado, no tengo demasiados alicientes en mi vida. Esto va a ser divertido —dijo, dejando una risa que asombró a Pauline.

Ella ya estaba acostumbrada a las excentricidades de la condesa y se lo tomó bien. Por una vez, quería sentirse poderosa, tener las riendas de su vida y no ser una mera espectadora. Eso, necesitaba volver a tener el control, tomar sus propias decisiones.

—Acepto el trato. ¿Va a dejar de seguirme ese hombre? —preguntó, señalando a Burun.

—Es mi hombre de confianza. Tenía que averiguar quién eras antes de ofrecerte esto —se justificó ella.

—He estado casi todas las noches sin poder dormir, pensando que me mataría o haría algo peor.

—¿Burun? Pero si tiene cara de buena persona, y lo es —dijo Beatriz indignada.

—Que te persiga un hombre más alto que la torre de Londres y más fuerte que uno de sus verdugos, asusta.

—No discutamos por eso —quiso zanjar Rose la discusión y, al ver que no decían nada más sobre el tema, lo consiguió.

—Nos vemos la semana que viene, entonces. —Pauline salió del carruaje y no le quitó los ojos de encima a Burun hasta que entró en el edificio de enfrente.

Rose no le había dado muchas vueltas al asunto, había decidido que, por el bien de su supervivencia y no queriendo meterse en más embrollos, le entregaría la carta a Robert Lancey y así terminaría su problema con él. Pero estaba cambiando su opinión al respecto. Estaba hastiada de tener que depender siempre de alguien, veía cómo Beatriz tomaba sus propias decisiones, si ella tenía suficiente cabeza y visión para tomarlas, ¿por qué no podía hacerlo ella misma también?

—Problema resuelto, mañana iremos a crear la sociedad, ¿qué te parece?

—Antes vayamos a un lugar. Número 76 de la calle Gloucester.

Burun y Beatriz la miraron sin decir palabra, solo asintieron.

«A la porra Lancey, ya puede irse al averno del que salió».

—¿Por qué vamos a ese sitio? —acabó preguntando su amiga, que se abanicaba con energía.

—Tengo que comprobar una cosa. Esperadme aquí.

El barrio no era St. James, por supuesto, pero tampoco tan pobre como el que

acababan de atravesar. Bajó del carruaje y localizó el número 76. Esperaba que fuese una dirección y no otra cosa extraña. Era una casa pequeña, hecha de piedra y con pocas ventanas. Llamó a la puerta, pero nadie respondió. Volvió a llamar con insistencia, pero nada.

Estaba a punto de darse por vencida cuando un hombre de aspecto intimidante se le acercó.

—¿*Lady* Rose?

—Sí —lo había dicho con demasiada rapidez, pero era eso o permanecer callada y esperar algo peor.

No dijo nada más, solo le alargó una llave de hierro y ella la cogió. Se fue tal y como había venido y desapareció entre la multitud. ¿La estaban esperando? ¿Quién era? ¿Serían instrucciones de su difunto marido? No, no iba a amedrentarse. Tenía lo que quería en la palma de la mano, así que puso la llave en la cerradura y la hizo girar. Empujó con cuidado la puerta hacia adentro y puso un pie en la extraña casa.

A simple vista, no había nada extraño. Un par de muebles raídos y poco más. Pasó a la habitación adyacente y allí, solitario y fuera de lugar, había un baúl. Con sorpresa, descubrió que la misma llave de la casa tenía también la función de abrir el baúl.

Casi se quedó sin aliento al ver lo que ese baúl contenía. Doblones de oro amontonados y joyas, muchas joyas.

La pregunta no era qué iba a hacer con todo eso, sino cómo lo escondería de Robert Lancey. Quemaría la carta y lo dejaría allí; sospechaba que, si Essex lo había guardado en ese lugar, no habría otro más seguro. Antes de volver a cerrar el baúl, cogió un doblón. Iba a hacer las cosas como era debido.

George Frayes estaba más nervioso de lo normal. Había hecho algunas averiguaciones y había encontrado al tal doctor que solía visitar a Essex.

Caminaba sobre sus mismos pasos delante de la consulta, dudando de si

entrar o no. Había algo que era innegable y era que quería saber. Deseaba saber más de ese suceso trágico y también necesitaba culpar a alguien porque si no, no dejaría de culparse a sí mismo y eso lo estaba matando.

Finalmente, sin pensarlo mucho, entró en el consultorio. Una mujer le dijo que el doctor estaba libre y que podía pasar a su despacho, y así lo hizo. La visión de un hombre más bajo que él, con unas diminutas gafas puestas y el cabello grisáceo escribiendo algo en un escritorio calmaron su furia inicial. No era un matón, era médico. Tenía que comportarse como un ser racional, con los puños no solucionaría nada.

El hombre alzó la mirada y le hizo sentarse.

—Soy el doctor Ralston, dígame, ¿qué puedo hacer por usted? —dijo amablemente.

—He oído que estaba al servicio del duque de Essex, cuando vivía.

El doctor parpadeó varias veces, se notaba que la afirmación le incomodaba pese a intentar disimularlo.

—Así es.

—Sé que visitó a *lady* Rose en varias ocasiones. ¿La recuerda? —Su tono de reproche y su pose tensa hicieron que el doctor empezase a aclararse la garganta.

—Por supuesto. No sé a qué ha venido, pero puedo asegurarle que nunca falté a mi juramento.

—¡Era una joven inocente en manos de un monstruo! —bramó él perdiendo la paciencia.

—No podía hacer nada, era el duque de Essex —dijo el hombre completamente trastornado—. Yo no lo hice, se lo aseguro. ¿*Lady* Rose lo está buscando?

George no acabó de entender esa última afirmación. ¿De qué estaba hablando?

—¿A quién?

—Al niño, por supuesto. Essex quería que me deshiciera de él.

Le temblaron los pies e intentó procesar la información que acababa de escuchar.

—Rose cree que lo perdió —dijo en voz alta, él también lo creía.

—La bolsa amniótica se rompió por... los golpes y eso avanzó el parto.

—Disculpe mi ignorancia doctor, pero creía que el embarazo duraba aproximadamente nueve meses.

—Tenía casi ocho meses, el bebé estaba formado del todo. La madre estaba muy débil y se desmayó así que tuve que operar.

«Estaba vivo. Puede incluso que lo esté».

Pero no quiso hacerse ilusiones antes de tiempo, así que quiso que el doctor terminase el relato.

—¿Qué hizo con él?

—Mi ayudante se lo llevó a una mujer que cuidaba a recién nacidos huérfanos. Creo que vive dos calles más abajo, en el número 12.

—¿Sigue allí?

—No lo sé.

Apenas oyó eso, se levantó de golpe. Hacía poco más de unas semanas que se había enterado de todo ese suceso, y en ese momento cabía la posibilidad de que ese posible hijo estuviese vivo.

—¿Ha dicho en el número 12? —preguntó para confirmarlo.

— Sí. Lo siento por *lady* Rose, pero no estaba en mi mano hacer nada —repitió el doctor.

—Ahórreselo.

No quiso permanecer allí ni un segundo más, pues si oía de nuevo las quejas

que, seguramente se había repetido a sí mismo, perdería los nervios. Y, tenía algo mucho más importante que hacer. Buscarlo. Había nacido, su hijo había nacido y estaba vivo.

No era un ingenuo, las posibilidades de que un recién nacido sobreviviese en el bajo Londres eran pocas, muy pocas. La falta de alimento, las enfermedades y la falta de higiene eran factores para tener en cuenta. Se negó, sin embargo, a darse por vencido tan fácilmente y caminó calle abajo con el nerviosismo en el cuerpo.

Se plantó en el número 12, no sabiendo a quién buscar ni a quién preguntar. Justo salía de allí una mujer entrada en carnes y de baja estatura.

—Disculpe, ¿vive aquí una mujer que cuida a niños? —Fue lo primero que le vino a la cabeza.

—¿Quién pregunta? —dijo con un acento vulgar y con malas pulgas.

—Vengo de parte del médico. —No, no iba a presentarse con su nombre, y mucho menos siendo un desconocido le diría nada.

La mujer no cerró la puerta, sino que metió la cabeza y gritó.

—¡Penny! Alguien pregunta por ti.

Tras decir aquello, se fue. A George se le estaba saliendo el corazón del pecho de lo nervioso que estaba, y cuando una mujer de mediana edad salió con un bebé en brazos, casi no pudo contener las lágrimas. ¿Podría ser él? Se serenó y volvió a recuperar la compostura.

—¿Qué desea? —dijo la mujer, manteniendo una mirada limpia y serena. No debía de ser muy mayor pero su rostro y sus facciones estaban envejecidos.

—Acabado de hablar con el doctor Ralston. Me ha dicho que se le fue entregado un niño, por parte de su ayudante.

—¿Hace cuánto?

—Aproximadamente un año y poco más.

—Es difícil, verás, estuve de ayudante en un hospital hace años y me entregan los niños recién nacidos para que los cuide hasta que tienen cinco meses, luego los llevo al orfanato.

—Era un niño muy pequeño, nació antes de tiempo.

—Esto reduce la lista. ¿Alguna otra información?

—Se lo entregó el ayudante del doctor.

—Tuve a dos prematuros en esa época, dos niños.

—Era niño, sí.

—A uno le puse yo el nombre, Leo, el apellido se lo ponen en el orfanato. El otro era el pequeño Nathaniel.

Expiró de golpe el aliento, con una sensación de mareo incesante en su cabeza. No podía creerlo, ¡estaba vivo!

—¿Está aquí?

—Cumplió cinco meses y lo llevé al orfanato.

—¿Qué orfanato?

—El London Foundling. Pero no se haga muchas ilusiones, los niños prematuros tienden a ser algo débiles, la mayoría no logra sobrevivir el año.

—Gracias —murmuró antes de girarse y volver adonde había dejado el carruaje.

Casi era la hora del té, pero Rose no estaba para esa parafernalia, y Beatriz mucho menos.

—¿Me estás diciendo que tu odioso difunto marido te ha dejado su fortuna secreta? —decía su amiga sin poder creérselo.

—A mí también me cuesta creerlo, pero así es. Sigue siendo Satanás, su carta es verdaderamente reveladora en cuanto a este tema. Y su hermano, Lucifer,

puede que me castigue por no dársela, así que sigo jodida.

—¿Lord Lucifer te ha amenazado? ¿Qué te dijo?

—Que, si no le daba lo que quería, me destruiría. Y hay mucho material a mis espaldas para hacerlo —dijo convencida de ello.

—Su falta de originalidad me hace bostezar. Primero, tenemos comprada a la única testigo así que por esa vía no puede ir. Segundo, tu historia con Frayes puede solventarse en cuanto os caséis.

—¿Y esta sociedad que vamos a montar?

—Las probabilidades de que lo sepa son poquísimas. Además, vamos a ir a un abogado de confianza y nadie nos está siguiendo, ¿verdad, Burun?

—Me he asegurado de ello en todo momento.

—No tiene nada ni lo tendrá. Lo mejor que puedes hacer es buscar algo contra él, y en el peor de los casos, que seas tú quien lo amenace.

—Creo que esta es la mejor idea que has tenido nunca, Beatriz —dijo muy seriamente.

—Mis ideas siempre son buenas —se defendió ella.

—Como la de largarte a España o aliarte con Edmund.

—No parecía tan retorcido, y me fui porque podía. Cambiemos de tema, ¿cómo va con George?

Dejó ir un suspiro de frustración antes de responder.

—Creo que bien. Hablamos. Fue mi abuela quién envió la carta, no él. —Se tensó al hablar sobre el tema.

—¿Y qué más? Dios, a los ingleses parece que os hayan de zarandear para que habléis de vuestros sentimientos —se frustró Beatriz.

—Si fuera una duquesa como dios manda, no lo haría, pero siempre he renegado de este título.

—Me lo creo. Entonces, ¿le has perdonado?

—No estoy segura de si perdonar era la palabra. Quizás curar viejas heridas para seguir adelante. Darle toda la culpa a George sería demasiado irresponsable por mi parte.

—Ninguno de los dos la tenéis. Puede que por ser unos impacientes y dejaros llevar por la pasión, pero como dicen en la Biblia, quien esté libre de pecado que tire la primera piedra.

Cuando llegaron a la dirección donde el abogado se hallaba, ambas descendieron del carruaje y subieron hasta la planta de arriba de la casa señorial. Una joven doncella las hizo pasar dentro del despacho donde un hombre de aspecto imponente y cabello grisáceo se levantó de la silla.

—Condesa, un placer volver a verla.

—Lo mismo digo, señor Richmond.

A Rose el nombre le pareció familiar y pronto se acordó. Por supuesto, era uno de los abogados más famosos de Londres, solía llevar los asuntos de muchos nobles y burgueses importantes.

—Veníamos a formar una sociedad. Nada muy ostentoso, solo de dos personas. Es un asunto de menor importancia —declaró Beatriz, cosa que no era del todo cierta, pero Rose no se molestó en replicarle, y menos delante del abogado.

—¿Qué clase de sociedad? —preguntó, antes de coger la pluma.

—Con participaciones, por supuesto. Estoy al corriente de que las de acciones necesitan la aprobación real, y como le he dicho, se trata de un asunto sin importancia.

—¿Le he dicho que es mi clienta más informada y perspicaz? —respondió el hombre, alagándola.

—Lo ha hecho.

—Prepararé la documentación. ¿Quién es el segundo socio?

—*Lady Rose Leverton*.

El abogado sonrió ampliamente.

—Es un placer conocerla, *lady Rose*. Su abuela viene a menudo.

Oír aquello no le produjo satisfacción alguna. No era bueno que su abuela se enterase de sus actividades.

—Está de menos pedirle discreción en este asunto —dijo con su tono más autoritario.

—Por supuesto. ¿Qué nombre quieren ponerle?

—*Entrepreneur Company* —dijo Beatriz, y Rose no supo si ya lo tenía pensado o se lo inventó en aquel instante.

El abogado las dejó a solas durante unos minutos.

—¿Estás segura de eso?

—Por supuesto. Y dentro de treinta minutos compraremos un local al que ya tengo echado el ojo. Burun vendrá enseguida con el propietario. Bueno, la sociedad lo comprará. Ni siquiera nos verán a nosotras hacerlo.

—Si fueras un hombre, Beatriz de Velarde, ya habrías conquistado algún imperio o te hubieras hecho de oro con algo.

—Quién sabe, puede que ya estuviese muerto.

—Hablando de muertes, ¿qué hago con la pistola?

—Es de Edmund, ¿no? Devuélvesela.

—El otro día vinieron los agentes de la ley a casa, tengo que deshacerme de ella —dijo, y abriendo el bolso, la sacó.

Beatriz se escandalizó por completo al verla.

—¡La tienes aquí! *Santa madre de Dios*, dame eso —dijo hablando en castellano, y de un plumazo se la quitó de las manos y la guardó en su propio

bolso.

—¿Qué vas a hacer con ella?

—Pues lo mismo que ibas a hacer tú. Pero será mejor que de momento la guarde yo, los agentes no pueden encontrarla o irás directa al calabozo.

Cuando terminaron de constituir la sociedad, Rose respiró tranquila. Al menos no iría a la cárcel por el momento.

7. Probabilidades efímeras

El valor, como las demás virtudes, tiene sus límites.

Michel de Montaigne

Lo menos que le apetecía esa noche era estar en Waiter's, merodeando por las mesas de apuestas siguiendo a Edmund en su incansable afán de juerga y diversión. Sabía cuándo su amigo quería evadirse de la realidad y esa era una de esas veces, pero era él quien no estaba por la labor.

—No estáis de humor para apostar esta noche, Frayes —le comentó el conde de Clarence, asomándose en una de las mesas mientras jugaba con desgana.

—Veo que vos tampoco.

—He tenido que insistirle hasta la saciedad para que acudiera esta noche. Desde que Rutland se casó, ha dejado de venir —comentó Franklin Leverton, el hermano de Rose.

No se había dado cuenta, pero estaba sentado justo al lado de Clayton.

—Yo, si fuera él, tampoco discutiría con mi sobrina acerca de mis salidas nocturnas, no le culpo en absoluto —dijo mientras miraba sus cartas disimuladamente.

—Tampoco haría muchas salidas nocturnas teniendo a la condesa de Medina como esposa, y eso no me lo negaréis, caballeros —añadió Edmund encendiéndose un cigarrillo y observando a los presentes igual que si estuviera en la partida, analizando sus expresiones.

—No es mi tipo —se limitó a decir Franklin.

—Sois demasiado patriótico para casaros con una extranjera, Leverton —

contraatacó Clayton, saliendo en defensa de su sobrina.

—Y moralista —añadió Edmund expirando el humo—. Pero no hablemos de matrimonio, está claro que ninguno ha acudido aquí esta noche para pensar en ello.

George se alejó de ellos, perdido en sus pensamientos. No podía dejar de darle vueltas al asunto, se preguntaba si era buena idea comentarle lo que había descubierto a Rose o, por el contrario, callarse y llegar hasta el final.

Por un lado, ocultarle algo tan importante no le parecía correcto. Se trataba de su hijo, y la mera posibilidad de que estuviese vivo era importante. Pero, por otro lado, si verdaderamente había fallecido, volver a vivir esa situación traumática no le haría ningún bien.

—¿Vas a decirme la razón por la que parece que estés en otro sitio, o me harás suplicar? No soy bueno suplicando, y lo sabes. —Edmund murmuró, para que nadie lo escuchase.

—Es un asunto sumamente delicado e importante.

—Nunca te había visto tan preocupado. Al menos desde que supiste que Rose se había casado. Y recuerdo que lo que vino a continuación no fue agradable, así que, dilo ya.

—No es algo que solo me incumba a mí, Edmund.

—Si es por algo relacionado con Rose, no creo que yo no lo sepa.

Escrutó su rostro casi impenetrable en busca de alguna pista, algo que le dijera que sabía a lo que atenerse, que supiera ínfimamente de sus desgracias y desventuras, pero, como siempre, no encontró nada. Solía pasarle con Edmund, y aunque se conocían desde pequeños, no había manera de adivinar en qué pensaba. Desde que volvió de Francia donde luchó contra las tropas de Napoleón, se encerró más en sí mismo volviéndose aún más difícil de descifrar.

—Encontré una carta de Essex dirigida a Rose y la leí. Lo sé, sé que no debía hacerlo, pero las ganas me pudieron y la curiosidad era demasiado tentadora.

—Te enteraste de lo que hizo Essex. —Edmund se terminó el cigarrillo y lo tiró en el suelo, esperando a que terminase de contar el relato.

—Busqué al médico, y lo encontré. Fui con la intención de darle su merecido, pero me dijo algo que no esperaba.

—¿El qué?

—El niño, sobrevivió.

Edmund parpadeó varias veces, parecía aturdido y fuera de contexto. Abrió y cerró la boca un par de veces antes de contestar.

—¿Rose estaba embarazada? —Asintió sin llegar a pronunciar palabra, y él insistió— ¿Por eso se casó con Essex?

—En parte.

Vio cómo Edmund cerraba los ojos ligeramente y bajaba la cabeza dejando ir el aire con fuerza. Luego, en unos segundos se abalanzó sobre él y le dio con toda la fuerza de su puño en la cara.

George perdió el equilibrio hacia atrás, cayendo de culo sobre el suelo, ante la mirada expectante de todo el local. Aturdido y confundido, pudo ver cómo Edmund, no contento con ello, quiso volver a abalanzarse encima de él, pero los brazos de Franklin y John lo impidieron.

—¿Qué demonios te ocurre? —murmuró hacia él, viendo en sus ojos una furia desconocida hasta ahora.

—Te mereces esto y más, ¡mucho más! —gritó, y quitándose de encima a los demás, desapareció de allí corriendo.

Se pasó la mano por la mandíbula y al mirar el pulgar, se percató de que el labio le estaba sangrando.

«Maldición, por supuesto que me lo merezco».

Sin querer la ayuda de nadie ni querer dar explicaciones hizo lo mismo, salir de allí con una sombra bajo los ojos y el alma un poco más dañada. No merecía

ser perdonado por Rose y ella lo hizo. No merecía tener una segunda oportunidad con ella, y se la había dado. No la merecía en absoluto, lo tenía diáfano. Pero no por ello iba a renunciar, no cuando cabía la posibilidad de que su hijo estuviese vivo.

Necesitaba una respuesta a eso, y cuanto antes. Sin quitarse la ropa, se tiró encima de su cama, derrotado y sin apenas esfuerzo, cerró los ojos y se quedó dormido. Aquella mañana, Rose se levantó más tarde de lo normal. Haber echado mano del dinero de Essex la incomodaba así que no se había dormido hasta tarde.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó Elsbeth mientras terminaba de hacerle el recogido del cabello.

—No he dormido demasiado, pero estoy bien —respondió algo ensimismada.

—Su hermano me ha dicho que le recuerde que esta noche hay una obra teatral.

—Cierto.

—¿Se siente indispuesta para ir?

Ella negó con la cabeza.

—En absoluto. Voy a ir a dar un paseo para despejarme.

Y eso mismo hizo, se fue dando un paseo hasta Hyde Park, a tan solo dos calles de la residencia de los Leverton. Esperaba no encontrarse con mucha gente conocida, solo quería despejar la mente y aclarar sus pensamientos. Pero en cuanto pisó el parque, vio que de él salía Edmund.

—Buenos días, querido. Has madrugado, por lo que veo.

Eso le extrañó, Edmund no era de los que se despertaban temprano. Solo lo hacía cuando era indispensable.

—No podía dormir.

Estaba seco, incluso áspero. Se preguntó si estaría molesto con ella.

—¿Ocurre algo? —Se quedó mirando su ceño fruncido y su cara de pocos amigos.

—Nada que te atañe.

—Ed, ¿qué te pasa?

Se mordió el labio inferior de pura rabia. Sus ojos azul añil se oscurecieron y vio que apretaba los puños con fuerza.

—¿Cómo has podido perdonarle? Después de lo que hizo, ¿cómo puedes seguir queriéndole? —le soltó de golpe, enfadado.

Sí, más que enfado, era una mezcla de furia y tristeza.

Rose empalideció, no esperaba esa respuesta, no la esperaba en absoluto. Quizás algún problema insólito, incluso una respuesta escueta y nada coherente, pero no que le preguntase aquello.

Se encogió de hombros mientras el labio le temblaba, sin llegar a pensar una respuesta concreta y precisa.

—¿Qué quieres que diga? Las cosas no son blancas o negras. Él tiene la culpa, pero yo también.

—No intentes justificarlo.

—No lo hago, pero tampoco justifico mis errores. ¿Te lo ha dicho George?

—Algo así. —La respuesta escueta le hizo pensar en que algo había ocurrido.

—Espero que no hayas hecho ninguna locura.

—Habla con él. —Tras decir eso se giró con la intención de marcharse, pero su mano lo detuvo.

—Edmund, no te vayas así —le suplicó con la mirada—. Tienes que entenderlo.

—Creo que he sido la persona más comprensiva de todas, pero no me lo pidas ahora, Rose —dijo sin llegar a girarse.

—¡Edmund, mírame! —exclamó Rose, con el pecho compungido.

Pero no lo hizo, dejando a Rose con el corazón en un puño, viendo su figura alejarse del parque a paso ligero, sin importarle que la gente lo mirase sorprendido al cruzárselos.

Era su amigo, ese que siempre había estado allí cuando lo hubo necesitado, el que tenía palabras amables en tiempos difíciles, el que daba seguridad a su vida. Lo estaba perdiendo y no sabía muy bien qué hacer. No entendía esa actitud de golpe, tan radical y carente de sentido. ¿Qué le había pasado para reaccionar de esa forma?

Dio varios pasos hacia adelante casi sin mirar hacia dónde se dirigía, intentando comprender, pero no le encontraba la lógica. Con los ánimos por los suelos, empezó su paseo.

Su estado de ánimo era adverso, la somnolencia que llevaba encima por haber dormido mal estaba haciendo mella en su cuerpo que, inmóvil, se encontraba sentado en el despacho. Tenía que terminar con esa incertidumbre que le apesaba los latidos del corazón, le robaba el aliento y le impedía actuar con normalidad.

—¿George? —dijo su hermana Susan asomándose por la puerta del despacho —. ¿Puedo pasar?

—Claro.

Su figura esbelta y su tez blanquecina hacían destacar ese cabello rojizo heredado por varias generaciones.

—Creo que te o-ocurre algo. Padre no se percata de nada y madre... es madre.

La afabilidad con que lo observaba hizo mella en él, sintió cómo su centro

vital se relajaba, toda esa tensión acumulada cabalgó por su garganta hasta salir junto con sus palabras. Halló en los gestos de su hermana, preocupados y, en ocasiones, horrorizados, una calidez insospechada que lo arropó hasta llegar al final de su relato, donde su desasosiego quedó sepultado con un sollozo ahogado entre sus lamentos.

Susan tenía la piel de gallina y el corazón conmocionado. Jamás pensó que su hermano escondiera detrás de esa cortina de buen humor, sonrisa fácil y buenas caras, una historia semejante a la que acababa de contar. Sin titubear, caminó hasta detrás del escritorio donde estaba sentado y lo abrazó por detrás, intentando transmitirle todo lo que tan difícil se le hacía expresar. Comprensión, ánimos y apoyo.

—Oh, George... —susurró más para ella misma, sin dejar de sujetarlo.

Era la primera vez que veía llorar a su hermano.

Poco a poco él se recompuso, dejando atrás la pesadumbre que minutos antes lo había arrastrado hasta una angustia colosal. Miró a su hermana que lo observaba expectante a lo que diría.

—Voy a buscarle —dijo de repente, como si de una revelación se tratase.

—¿A-ahora? —preguntó Susan dando un respingo.

—Sí. No puedo perder ni un minuto más. —Tras decir eso, se levantó de la silla, decidido.

—Voy contigo.

No pensaba dejar que fuese solo, si hacía apenas unos minutos estaba por los suelos, estaba segura de que, si le decían la noticia por segunda vez de que su hijo estaba muerto, su corazón volvería a hundirse. Conocía a su hermano, y sabía que se había hecho ilusiones. No podía dejarlo solo con eso, y aunque entendía que quisiera evitarle el sufrimiento a Rose, también comprendía que era mejor que no estuviese solo. George era fuerte, podría con ello, pero era su deber como hermana y, además, quería hacerlo. Siempre había sido ella quien había

recibido su ayuda, por una vez sería ella quien le ayudase.

—¿Segura? No es un lugar agradable —le advirtió él.

—Vamos —se limitó a decir ella, cogiendo su sombrero.

El trayecto en el carruaje fue silencioso, a ambos se les hizo eterno. Él evitaba hacerse ninguna ilusión, pero no podía no pensar en cómo sería. ¿Tendría sus ojos o los de Rose? ¿Tendría el cabello rubio o habría heredado el tono rojizo de los Frayes? No podía evitar imaginarse a un niño de cabellos claros y ojos verdes. Sangre de su sangre.

—Es difícil, pero... no te hará ningún bien pensar en ello —le dijo Susan justo antes de que el carruaje parase.

—Lo sé, pero no puedo no hacerlo.

Bajaron, encontrándose a las puertas de un gran edificio a las afueras. George avanzó hasta la puerta, que estaba abierta. Había mucha gente en los alrededores, pues además de un orfanato era también un hospital.

Preguntó a una enfermera dónde estaba la persona que estaba al mando de ese sitio y ella le indicó el camino. Mortificándose por dentro y más nervioso que la primera vez que tocó a una mujer, avanzó a pasos de gigante seguido de Susan, que prácticamente corría detrás de él. Llegó al despacho señalado y llamó.

—Adelante.

La voz de un hombre muy ronca los hizo pasar y, sin preámbulos, George se dispuso a preguntar por el niño. El hombre extremadamente delgado y entrado en años, los miró completamente pasmado.

—¿Tienen en el orfanato a un niño llamado Nathaniel?

George Frayes pocas veces en su vida se había puesto nervioso, y esa era sin duda la vez que más nervioso estaba. Miraba al hombre expectante de su respuesta, pero este parecía no reaccionar, hasta que tosió ligeramente aclarándose la garganta.

—No conozco a todos los niños de este orfanato. ¿Quién es usted?

—George Frayes. Averígüelo, ese niño no tendría que estar aquí.

El hombre se puso nervioso, sabía que los Frayes eran importantes y aunque quería saber más acerca de ese suceso, los gestos y palabras de George le dieron a entender que no había venido allí con demasiada paciencia.

—Sígueme.

Así lo hicieron, hasta llegar a una de las alas del hospital más alejada. El hombre preguntó en voz baja a una de las monjas que había allí y los dejó con ella.

—¿Cuándo lo trajeron?

—No lo sé. Una mujer llamada Penny dijo que lo había dejado aquí cuando cumplió cinco meses. Ahora debe de tener un año y poco más, creo. Se llama Nathaniel.

La mujer sacó de un armario lleno de libretas una de ellas y buscó en lo que parecía un registro.

—Nathaniel Gates, debería estar por aquí.

—¿No saben quién es quién? —dijo George completamente indignado.

—Niña, ¿el niño al que llamáis Nathaniel? —preguntó la monja a otra más jovencita.

Esta asintió y, al cabo de pocos minutos, volvió con un niño en brazos. Llevaba puesto cuatro harapos, pero se veía que estaba sano. A George se le paró el corazón de golpe, sin poder creerse lo que estaba viendo. Ese era su hijo, por el cual había llorado y al que creía que había perdido. Parpadeó varias veces para cerciorarse de que era real, que no estaba teniendo una alucinación ni que aquello fuese un sueño. Levantó los brazos hacia esa pequeña criatura que apenas se movía y, en cuanto puso sus ojos en los de él, supo que estaba perdido.

Total, e irremediablemente enamorado de ese pequeño ser, lo cogió en brazos torpemente, con mucho cuidado y temeroso de que se le cayera. Lo sujetó contra su pecho y sonrió.

—¿George?

La voz de su hermana rompió esa pequeña burbuja que se había formado a su alrededor, dándose cuenta de que seguía en el orfanato.

—¿Se lo llevan? —dijo la monja, se veía que tenía cierta prisa.

—Sí.

Le señaló a Susan con los ojos la salida y ambos caminaron hacia allí.

—¡Esperen! No pueden llevárselo, así como así. —Se interpuso en su camino la monja más joven.

En un primer momento, George quiso decirle que cómo se atrevía a hablarle así, pero no lo hizo. Se detuvo al ver su rostro de preocupación, bajo esos ojos azules profundos.

—¿Por qué? —preguntó Susan antes de que George dijese algo.

—Es un niño. ¿Qué pretenden hacer con él?

—Es mi hijo —murmuró George, procurando que solo ella pudiera escucharle.

La joven abrió la boca sin emitir ningún sonido. Parecía estar dudando de cómo proceder, hasta que cruzó los brazos y dejó ir un suspiro.

—No es que no le crea, pero es mi deber velar por la seguridad del niño.

—Y se lo agradezco. Puede estar tranquila, el niño estará bajo mi cuidado y el de su madre en todo momento.

—Le agradecería que me dijera dónde puedo encontrarlo, para visitarlo —dijo suspicazmente.

—La residencia de los Frayes. Ya que le he confiado dicha información, sería

de vital importancia que fueseis discreta —pidió él, esperando internamente que aquella chica mantuviese la boca cerrada.

—Por supuesto —dijo, pareciendo algo confundida.

—Que pase un buen día, señorita.

—Lo mismo digo.

George no podía apartar los ojos del pequeño Nate, que se movía entre sus brazos, curioso, tocando los botones de su chaqueta. No tenía sus ojos sino los de Rose, eran iguales a los de ella, parecía que miraba su versión en miniatura. Pero el cabello sí era suyo, ese rubio anaranjado. Y la nariz, sin duda, también.

—¿Qué vas a hacer ahora? —Susan tampoco apartaba los ojos del recién descubierto sobrino. Sin duda, era el niño más bonito que había visto nunca.

—Me voy a Mayfield's esta noche. Allí estaremos fuera de rumores e indiscreciones. Voy a decir que preparen mi equipaje.

—Es una muy buena idea —asintió Susan.

—Antes debo decírselo a Rose. ¿Sabes dónde puedo encontrarla?

—Esta noche hay teatro, supongo que habrá acudido. ¿Quieres que te acompañe?

—No, diles que preparen tu equipaje y ve directa con Nathaniel. ¿Cuidarás de él, Susan? —preguntó con la voz algo pensativa y más ronca de lo normal.

No le gustaba la idea, pero era lo mejor. No podía dejar al niño a merced de su madre, haría preguntas, y muchas. Que Susan se lo llevase era lo mejor, y tampoco podía entrar en la ópera con el niño en brazos para decírselo a Rose, a menos que quisiera tener al día siguiente un anuncio en el periódico con cientos de especulaciones.

—¡Por supuesto! Me alegro tanto de que lo hayas encontrado. Es precioso.

—Y yo.

Aún le costaba procesar que el niño que tenía en brazos era su hijo. Estaba

deseoso de decírselo a Rose cuanto antes. No tenía tiempo que perder y a la vez, no quería separarse de él. La candidez de sus pequeñas manos, que se agarraban con fuerza a su dedo índice, la forma en que sonreía y abría la boca emitiendo sonidos incomprensibles era algo que lo tenía embelesado.

—Voy a ordenar que preparen tu equipaje y el mío.

Susan tendió sus brazos hacia su sobrino y lo cogió por primera vez.

—Hola, pequeño. Soy tu tía, Susan —le susurró.

George le dio un beso en la frente a ambos y salió del carruaje. No deseaba hacerlo, si pudiera seguir los deseos que embargaban su interior no se habría separado de él.

Ordenó que preparasen sus respectivos equipajes y salió con rapidez hasta el teatro, quería llegar allí antes de que la obra empezase para poder hablar con Rose. Una vez empezada, estaría sentada en su palco, seguramente con ese ser inmundo que tenía por abuela y no podría acercarse hasta el entreacto.

Descendió por las calles atestadas de gente variopinta, desde vendedores de naranjas hasta prostitutas que merodeaban observando posibles clientes hasta los privilegiados que descendían de sus carruajes vigilando para no pisar ninguna plasta.

—Lord Frayes, no sabía que vendríaís. ¿Está Susan? —preguntó Beatriz de Velarde, del brazo de Rutland.

—No ha venido —dijo, buscándola con la mirada.

—¿Buscáis a Rose? —dijo ella avispadamente.

—Sí —se apresuró a decir él.

—Está dentro, ha llegado con su hermano.

—Gracias —le respondió antes de adentrarse.

Beatriz no pudo evitar preguntarse qué era tan urgente. Normalmente George se las arreglaba para coincidir con Rose de una forma sutil, imperceptible a los

ojos de los demás de que eso era, precisamente, lo que intentaba, pero esta vez tenía demasiada prisa, no disimulaba y eso solo significaba una cosa: problemas.

—¿Qué ocurre? —murmuró William al ver la cara de preocupación de Beatriz.

—No lo sé. Pero voy a averiguarlo —contestó ella decidida.

—No te metas en demasiados embrollos, sirena.

Ella lo miró con su expresión más inocente, poniéndole ojitos.

—Sabes que soy totalmente inofensiva, excelencia.

Él la agarró por la cintura, pasando su brazo por ella mientras entraban en la ópera, ignorando las miradas de desaprobación de la gente.

—Y un cuerno. Pero dejemos esta discusión para cuando llegemos a casa —zanjó.

—Estoy de acuerdo.

George se había sentado en su asiento habitual y buscaba a Rose con la mirada entre la gente del público, hasta que la halló tres palcos a la derecha. En cuanto sus ojos se cruzaron, supo que estaba inquieta.

Ladeó la cabeza hacia la derecha, buscando decirle que saliese al pasillo, que debían hablar, pero parecía no entenderlo pues no se movió. Las cortinas del teatro se abrieron y la música empezó a sonar mientras la luz descendía paulatinamente.

—¿Puedo? —La voz de Edmund lo distrajo de su objetivo y se giró para encontrarlo detrás de él.

—Si has venido a hacerme recriminaciones, otro día, Hayes —murmuró, pues tenía otras cosas más importantes en las que pensar.

—No he venido por eso. —Se sentó en la butaca de al lado, primero mirando al escenario y luego a George.

—Sé que le tienes aprecio, y sé que me lo merecía. Pero créeme, si hubiese sabido que estaba embarazada o que su abuela la estaba increpando para que se casase con Essex, lo hubiera hecho yo. Fui un necio y me dejé llevar por el egoísmo. —Se recriminó a sí mismo en voz baja.

—¿Piensas hacer algo? No es que esté en la mejor situación, ahora mismo.

Edmund siempre había sido un pilar fundamental, había estado allí cuando perdió a Rose y se dio cuenta de lo que ella significaba.

—Quiero casarme con ella, pero parece que quien no está por la labor ahora es ella. Sabes que es la persona que más quiero en este mundo. Una de ellas —dijo, pensando en su hijo.

—Y yo.

Vio cómo, después de decir eso, desviaba su mirada entre la gente, sereno. De golpe comprendió muchas cosas, como sus alejamientos, sus cambios de humor, su cercanía con Rose y el golpe que había recibido. Él la amaba, por supuesto. Miles de preguntas se le acumularon y quiso formularse todas.

—¿Desde cuándo, Edmund? —dijo perplejo.

—Desde siempre. Pero ella siempre te quiso a ti. Siempre va a hacerlo —dijo él, comprendiendo que, por fin, él lo sabía.

No pudo enfadarse ni molestarse con él. Era su amigo, el de fatigas, juergas y toda clase de aventuras. No podía simplemente dejar de verlo de esa manera, ni tampoco ignorar lo que habría padecido él también.

—Nunca dijiste nada. Ella no lo sabe, ¿no?

—Ni lo sabrá.

Se miraron, comprendiendo que los unía un solo corazón, pero era también el motivo de discordia entre ellos.

—Podrías habérmelo dicho.

—¿Y arrastrarme con tu pena durante estos dos años? He preferido sufrir en

silencio. De todas formas, nunca tuve una pizca de oportunidad.

—Podrías haberte casado con ella, antes de hacerlo con Essex. ¿No se lo ofreciste?

—No supe que se casaban hasta que ya lo estuvieron. Y, de todos modos, no lo habría hecho. Tú no me lo hubieses perdonado, y os habríais fugado en menos de un mes.

—En eso tienes razón. —Desvió la vista hacia el palco de Rose y vio que había desaparecido—. Tengo que hablar con ella, es importante.

—¿Hay algo que deba saber?

George sonrió, seguía siendo su mejor amigo. Llevaba años enamorado de Rose y ni siquiera había intentado seducirla, ni siquiera se lo había mencionado. No podía dejar de contarle las cosas importantes, dejarlo al margen de su vida pues, en el fondo, sabía muy bien que Edmund había sido la mejor persona.

—Está vivo. El bebé, está vivo y lo he encontrado.

Al decírselo, fue como si realmente se hiciese realidad, y ya no fuera un sueño.

—Debes contárselo —lo apremió.

—Lo sé. —Mientras le respondía, le dio una palmada en el hombro y se levantó del asiento, desapareciendo por el pasillo.

La buscó, caminando de arriba abajo en el pasillo, pero nada. Hasta que llegó a las escaleras y entonces se percató de una figura a media escala que intentaba subir, viéndose increpada por otra. Descendió hasta llegar a ellos.

—... ¿me ha entendido? —Escuchó cómo aquel hombre le decía eso a Rose.

—Buenas noches. —Hizo notar su presencia, y enseguida el hombre se giró.

No tenía ni idea de quién era, y no le importaba en absoluto, solo que parecía molestar a Rose.

—Buenas noches, ¿puedo ayudarle en algo? —dijo el hombre, con una

perfecta sonrisa y aparente calma. Un hipócrita, eso era.

—Le agradecería que dejase de molestar a *lady* Rose —dijo sin tapujos.

No estaba ni para hipocresías ni para idioteces. Tenía prisa para decirle a Rose que su hijo estaba vivo y ese hombre molestaba.

—No hacía tal cosa —respondió él.

—Sí lo hacía, lo he visto. Aléjese de la dama —demandó con cara de pocos amigos.

El hombre corpulento, de tez oscura y cabello negro algo enmarañado, no se movió.

—*Lady* Rose es la mujer de mi fallecido hermano, tenemos asuntos que discutir.

Así que ese era el nuevo duque de Essex. No le gustaba que pagasen justos por pecadores, pero tampoco era un santo tal y como se estaba comportando, así que, sin ningún miramiento, lo cogió por los brazos y lo empotró contra la barandilla de la escalera, dejándole medio cuerpo fuera.

—Insensato —dijo este.

Por suerte, no parecía que hubiese nadie.

—No se atreva a acercarse a ella, ¿me ha entendido bien? ¿Me ha oído?

—Le he oído —dijo finalmente.

Entonces tiró de él hacia dentro, dejándole en los peldaños. El hombre se levantó aún confundido y la sorpresa en el cuerpo, y las bajó hasta perderse en otros salones.

Se giró hacia donde estaba Rose, con los ojos abiertos de par en par, sin creérselo. Nunca había visto a George tan violento, nunca se había comportado de esa manera. Él era alguien de temperamento alegre, pausado y reflexivo, no actuaba bajo ningún concepto con tanta imprudencia.

—¿George? ¿Qué ocurre? —preguntó, dando gracias a que el comienzo del

entreacto se alargase.

—Lo siento, pero me ha parecido que ese hombre te estaba molestando —Se acercó a ella, aguantándose las ganas de abrazarla.

—Tú no eres así. ¿Qué te pasa? —Lo miró analizando su rostro algo turbado, nervioso.

—Tienes que venir a Mayfield's, Rose. Mañana por la mañana pasaré a buscarte.

El sonido de unos pasos los sobresaltó y de golpe, la voz de Franklin llamando a su hermana, los hizo volver a la realidad.

—Tengo que irme. ¿Por qué?

Rose no entendía nada, y menos esa cara de genuina felicidad que se le había puesto a George.

—He encontrado a Nathaniel. Está vivo, Rose.

El mundo se paralizó para Rose Leverton, dejó de oír cualquier ruido proveniente del exterior, solo escuchaba los fuertes y constantes latidos de su corazón y las palabras de George.

—¿Qué? —susurró sin poder entenderlo.

—Mañana paso a buscarte a las diez.

No pudo sacarle nada más ya que dio media vuelta y salió de la ópera ante el estruendo de la gente, que salía para estirar las piernas y socializar.

—Aquí estás, no volvías y me has preocupado.

Franklin la encontró estática con la mirada perdida hacia la puerta. Sus ojos cristalinos parecían estar totalmente ausentes.

—Rose, ¿me estás escuchando?

—No —respondió de golpe, pues no lo hacía.

—Te decía que me habías preocupado.

—No me encuentro muy bien. ¿Te apetece quedarte hasta el final?

—No especialmente. Podemos volver a casa.

—Por favor —pidió ella, no pudiendo soportar la idea de quedarse durante el resto de la obra.

Sentía que la cabeza le iba a explotar de lo deprisa que iba.

8. Apunta al corazón

Gobernar una familia es casi tan difícil como gobernar todo un reino.

Michel de Montaigne

No había podido dormir en toda la noche pensando en lo que George le había dicho. Pero no tenía ningún sentido, ninguno.

Repasó aquel fatídico día en su mente, paso a paso. Había notado un dolor punzante muy intenso, también cómo un líquido se desparramaba por sus piernas y le humedecía la falda. Había llegado el médico cuando los criados la habían colocado en su cama y minutos después se había desmayado. Al despertar, el médico le había dicho que el niño no había sobrevivido por los golpes.

¿Cómo podía ser entonces que estuviese vivo? Cabía la posibilidad de que el médico hubiese mentido siguiendo instrucciones de Essex. En la carta decía que sabía que el niño no era suyo, podría ser que quisiera deshacerse de él. Ni siquiera lo había pensado, era sumamente improbable, pero no imposible.

No estaba probando bocado, ni siquiera escuchó los pasos de su abuela cuando esta entró en el comedor.

—¿Te divertiste ayer en la ópera?

No tenía ni ganas ni paciencia para aguantar otra de sus charlas con su querida abuela, pero contestó.

—Mucho.

—Esta mañana ha venido alguien la mar de interesante. Parece que los hombres del ducado de Essex tienen fijación por ti.

A Rose se le heló la sangre solo de imaginar que Robert había estado en su

casa, había hablado con su abuela y había hecho algo peor: pedir su mano.

—Robert no tiene fijación por mí, sino por otra cosa —dijo enfadada, untando la tostada con la mermelada.

—*Chop chop*, Rose. ¿No ibas a casarte con George Frayes?

—Debería pasar antes mi periodo de luto oficial, ¿no crees? La gente si no murmuraría.

—Tu período de luto ya ha finalizado. ¿Crees que no me doy cuenta de cuándo te escabulles con el marqués de Brens o con Frayes en los salones? Eres igual que tu madre y que tu hermana —dijo su abuela con el desprecio marcado en el rostro y la vena de la frente marcada.

—Al menos ellas han tenido el valor de vivir su vida libremente, fuera del alcance de tu influencia.

—Tu madre es una cualquiera que vive en pecado en la otra punta del mundo. Y tú vas en camino. ¡Qué he hecho yo para merecer esto!

Se levantó de golpe, dejando la tostada a medias.

—¿Y aún preguntas eso? Me dejaste con los moretones aún recientes en la cara, en aquella casa y a merced de ese monstruo —le tembló la voz al decirlo en voz alta.

Solo de recordarlo la rabia se la llevaba y la impotencia de ese momento volvía a aparecer, reviviéndolo.

—Ese monstruo era tu marido y el duque de Essex.

—¡Y yo soy tu nieta! Podría haberme matado, ¡mató a mi hijo! Y tú te quedaste mirando y encima me reprochaste no sé qué historias.

No movió ni un músculo, ni un maldito músculo de la cara cuando ella lo mencionó.

—Solo recordé tus deberes como esposa, que no estabas cumpliendo. Robert sería un excelente marido para ti, por ejemplo. Si dentro de dos semanas no estás

prometida con Frayes, te casarás con quien me pida tu mano o te irás.

Rose no pudo más que reírse en cuanto la escuchó.

—¿Y ahora de qué te ríes, cría insolente?

—No voy a casarme con el siguiente duque de Essex, ni aunque no me prometiese con George. ¿Sabes qué es lo que quiere? La fortuna del ducado. Su hermano no lo soportaba, y me lo ha dejado todo a mí.

Mary abrió los ojos como platos al escuchar eso, y vaciló durante unos instantes.

—El abogado no me dijo eso.

—El abogado no leyó la carta que me dejó, estaba todo allí escrito. ¿Sabes, abuela? No te necesito, ni tampoco necesito estar bajo la protección de Franklin. Puedo vivir de su dinero el resto de mi vida. —Se regocijó de ello, dejando por primera vez en su vida a Mary Leverton sin palabras—. Me voy unos días a Mayfield's, Susan Frayes me ha invitado.

Y salió del comedor con una sonrisa en el rostro. Era la primera vez que salía victoriosa de una pelea con su abuela y se estaba acostumbrando. A lo bueno uno se acostumbra con rapidez.

—Elsbeth, prepara el equipaje. Dentro de media hora nos vamos —le dijo a su doncella en cuanto la vio.

—¿Para cuánto tiempo?

—Una semana —dijo por decir algo, no tenía ni idea, pero estaba impaciente por ver a George y que le dijera exactamente qué había encontrado.

Durante la espera le escribió una carta a Beatriz diciéndole su nuevo paradero por si necesitaba cualquier otra cosa en su nueva empresa y explicándole lo necesario para ponerla al día. Mandó enviar la carta por mensajero, había aprendido la lección de que todo lo que pasaba por el servicio de su casa, iba a parar en boca de su abuela.

Al fin dieron las diez y aguardó a la espera casi en la puerta. En el momento de abrirse, se levantó del sillón nerviosa cuando el mayordomo anunció que el carruaje de los Frayes estaba en la puerta.

Cogió aire y salió, caminando hasta el carruaje mientras le abrían la puerta y allí dentro estaba George, sonriéndole. Subió, no podía esperar a saber de qué iba todo aquello.

—Flor de primavera, te echaba de menos. —Fue lo primero que le dijo.

—Si me viste ayer —se quejó ella, por quejarse—. ¿Es verdad lo que dijiste? No entiendo nada, explícamelo porque no me cabe en la cabeza

Se puso nerviosa, notó cómo sus mejillas enrojecían y los nervios hacían que incluso las manos le temblasen.

—Cuando leí la carta y supe lo que había pasado, estuve hundido. Necesitaba desahogarme con alguien así que fui hasta la consulta del médico de confianza de Essex para... ya te imaginas.

—George, haciendo eso no solucionas nada.

—Fue una tontería, cuando estuve delante de él tuve suficiente con hacerle sentirse culpable. Pero me dijo algo que no esperaba, y era que el niño estaba vivo. —Acarició su rostro entre sus manos—. Cuando nació estaba vivo, y no pudo deshacerse de él, así que lo llevó a un orfanato.

El pulso se le aceleró y algo que en su interior había muerto, renació de golpe. Su hijo estaba vivo, no podía creerlo. ¡Estaba vivo! Y todo ese tiempo había estado llorándole en silencio, toda esa amargura que se había apoderado de ella por ese pensamiento.

—Tenemos que buscarlo, George. ¿En un orfanato dices? ¿En cuál? ¿Te lo dijo el médico?

—Sí. Fui ayer, y lo encontré.

—¿Cómo sabes que es él? —cuestionó confundida. El corazón se le había parado durante unos instantes y respiraba con dificultad.

—Le dijiste al médico que se llamaba Nathaniel, y este así se lo puso. Además, coincidió con que era uno de los pocos niños de ocho meses que llegaron.

La emoción la embargó por completo y se le quebró la voz. A tientas, pues había cerrado los ojos al sentir un leve mareo de la impresión, logró cogerle la mano y la apretó con fuerza. Necesitaba saber que aquello estaba pasando, que era real. Con la respiración acelerada y el pulso disparado, empezó a hiperventilar.

—¿Dónde está?

—En Mayfield's con mi hermana.

—¿Está bien? ¿Cómo es? ¿Por qué no me lo dijiste antes? —empezó con la verborrea nerviosa.

—No quería inducirte con falsas esperanzas, podría no estar vivo o no haberlo encontrado. No quería que pasases otra vez por la misma pérdida.

Apoyó la cabeza en su regazo mientras él le acariciaba el rostro lentamente, transmitiéndole tranquilidad.

—Lo has cogido, lo has tenido en brazos —murmuró.

—Sí. Es precioso, es el niño más bonito que he visto nunca. Es pequeño, suave, con tus ojos y mi cabello. Oh, y mi nariz.

—¿Tu nariz? ¿Estás seguro?

—Por supuesto.

—Estoy deseando llegar, George. No puedo esperar a verle.

—Lo sé.

—¿De verdad está pasando todo esto? —dijo ella presa del nerviosismo y de la situación tan irreal que estaba viviendo.

—De verdad. Yo tampoco me hacía a la idea hasta ayer.

—Todo este tiempo pensé que lo había perdido, George.

—A veces los milagros existen, flor de primavera. Dime una cosa, y quiero la verdad ¿por qué no me dijiste que estabas embarazada? Podrías haberte plantado en mi casa, haber insistido.

Aquello a George lo estaba matando, no lograba entenderlo.

—Estaba avergonzada y tú ya me habías dejado diáfano que no pensabas casarte conmigo. Si me hubieses rechazado una segunda vez, no lo hubiese soportado.

—Yo no fui —dijo con rapidez.

—Ahora lo sé. Lo entiendes, ¿no?

Giró la cabeza hacia arriba, hacia los ojos de George.

—Lo entiendo. Ahora no quiero que nos fijemos en el pasado, porque tenemos un futuro por delante que nos aguarda. ¿Crees que podrás hacerlo, flor de primavera? ¿Podrás estar conmigo, quererme de nuevo?

Con las emociones a flor de piel y un desasosiego que hasta se le encogía el alma, sonrió. No tenía dudas, sabía que George era para ella desde el momento en el que, con quince años, se había enamorado completamente de él. Debía dar un paso al frente, superar el pasado y empezar a ser feliz.

—George, si yo ya te quiero. Nunca he dejado de hacerlo.

La estrechó entre sus brazos, sujetando su nuca con la mano mientras que la otra no dejaba de apoyarla en su espalda.

—No sabes cuánto he deseado oírte decir eso.

George sabía que tenía la felicidad en la palma de su mano, que la estaba tocando. Tenía todo lo que había deseado y estaba dispuesto a conservarlo costase lo que costase.

El trayecto le pareció eterno, y sabía que a Rose mucho más, pero no dejó que la impaciencia lo ganase y se mantuvo firme en el carruaje hasta que por fin

se divisó, entre los paisajes verdosos de las colinas, Mayfield's.

Los ojos se le salían de las órbitas, la respiración se le aceleró y puso su mirada fija en la entrada cuando el carruaje se detuvo frente a ella. Le apretó la mano con fuerza y la observó un instante antes de que bajase.

George estaba eufórico por ver a Rose cuando lo viese por primera vez. Sin perder tiempo, ambos entraron en la mansión.

—¿Dónde está? —preguntó ella, buscando a cada rincón de la entrada, y luego pasando a uno de los salones.

—Estará con Susan. ¿Dónde está mi hermana? —le preguntó a uno de los lacayos.

—Está en la sala del piano.

—Gracias.

Guió a Rose por los pasillos hasta llegar a él. Abrió la puerta y encontró a su hermana tocando el piano. Tenía a su lado una mecedora. Inspiró y expiró varias veces creyendo que, de un momento a otro, iba a desmayarse.

Rose se aferró a su mano y caminó hasta ella. Allí, envuelto en una manta de color blanco, había un niño precioso que lo observaba todo y giraba la cabeza de lado a lado. Se inclinó para acercarse a él, observándolo devotamente, igual que si estuviese presenciando un milagro.

Ya no se oía la música del piano, en la sala solo estaban ellos dos y el niño.

—Es él —afirmó ella, y no dudó en cogerlo en brazos.

Sintió una infinita ternura, una alegría a nada comparable hasta entonces y, por primera vez en su vida, derramó lágrimas de felicidad. Los ojos se le empañaron al ver a esa criatura que había creído perdida, que tanto había llorado. La tenía en sus manos, en sus brazos. Era su hijo, su pequeño ser de luz, aquel que había querido desde que supo de su existencia.

—Es Nathaniel. —George sonrió al ver ese reencuentro entre madre e hijo, y

supo que su corazón estaba completo.

El reloj de su habitación marcaba las doce y media de la noche, pero Rose no dormía. Tenía los ojos puestos en esa criatura celestial que sí lo hacía profundamente, en los brazos de George.

—Estoy viviendo un sueño, George. Esta mañana cuando me he despertado, no imaginaba esto —confesó, quizás por décima vez.

—No es un sueño, es real, Rose. Voy a dejarlo en su cuna, para que duerma —dijo él, levantándose cuidadosamente y, con la poca experiencia que tenía, lo depositó en ella.

—Tenías razón, tiene mis ojos. —Suspiró al ver cómo dejaba un beso en la pequeña frente de la criatura—. Y tu nariz.

George se sacó la chaqueta y toda su indumentaria para ponerse el camisón, y se metió en la cama donde Rose ya estaba sentada.

—Es un milagro que lo hayamos encontrado. ¿Te ha pasado que, solo de verle, ya lo has querido?

—Con todo mi corazón —confesó ella—. No te imaginas lo feliz que soy ahora mismo.

—Por supuesto que me lo imagino. Es más, lo sé. Aunque puede que tu hermano me rete a un duelo en cuanto se entere.

Aquello le dio a Rose en qué pensar. Su felicidad había empañado la realidad, y esta no era demasiado prometedora.

—¿Qué vamos a hacer ahora? Si la gente se entera de todo esto, van a crucificarnos de por vida.

—Es posible.

—Yo no pienso renunciar a Nate —dijo decidida.

—No pienso hacer que lo hagas. Tendremos que alejarnos un poco de la

civilización, eso seguro.

—¿A qué te refieres? —preguntó ella mientras apoyaba la cabeza en su pecho.

—Nate apenas tiene un año. Cuando tenga cinco, nadie se acordará con exactitud si son cuatro o cinco.

—¿Y cómo piensas hacer eso?

—Casándonos cuanto antes. Haremos que se esparza el rumor de que, nueve meses después, nació Nathaniel. Haremos los papeles pertinentes para que Nate conste como tal. Con las influencias y el dinero adecuado, todo el mundo es sobornable. Evitaremos la ciudad, si la gente no lo ve, nunca lo sabrá.

—Es suponer muchas cosas, pero puede salir bien.

—Saldrá bien, flor de primavera. No te importará vivir aquí conmigo, ¿verdad?

—Sabes que viviría contigo donde fuese. Estoy cansada de fingir alguien que no soy, de acudir a eventos por obligación. Estar aquí, tener a mi hijo, tenerte a ti y ser yo misma, esto es lo que deseo.

Preso de un arrebato, le acarició el rostro notando cómo su barba empezaba a raspar un poco. Subió el mentón hasta depositar en el cuello un par de besos sin dejar de abrazarle.

—Me encanta cuando te pones a decir a todo el mundo qué es lo que debe hacer, o cuando tomas la iniciativa como ahora.

George bajó la cabeza hasta llegar a su boca, y le dejó un sedoso beso en ella mientras la acercaba más a su cuerpo.

—Espero que me hagas caso como es debido, George Frayes.

—Nunca me atrevería a llevarle la contraria a mi prometida.

Le gustaba oír esa palabra de los labios de George. Lo había esperado años atrás, y en ese instante era una realidad.

George siguió besándola de forma ardiente, devorándola igual que si ella fuera un delicioso bocado que él deseara con todas sus fuerzas. Lo cierto era que tan solo el sabor de sus labios era capaz de aplacar su sed. Ella sintió cómo surcaba el placer en los sitios más recónditos de su cuerpo.

Sus manos treparon por las piernas de Rose hasta llegar a la caliente piel de las costillas y siguieron subiendo hasta tocar sus pechos. Con los ojos buscó, llevando los labios hasta su escote, uno de sus pezones y lo capturó, empezando a lamerlo y morderlo con suavidad a través de la tela del camisón.

Rose gimió, abandonándose a aquellas sensaciones. Él le levantó el camisón y la dejó con ambos senos al descubierto. Después, con un gemido, hundió la boca primero en el derecho y luego continuó mordisqueando y chupando el otro. Su lengua fue trazando pequeños círculos alrededor de aquel divino montículo recreándose en la punta.

—Dios, Rose, no sé si ha sido buena idea quedarnos a solas —murmuró.

Cuando estaba con ella perdía toda conciencia del mundo más allá de su voz y de su cuerpo. Sin ningún pudor, bajó las manos quitándole los calzones y dejándola completamente desnuda y a su merced. Acomodó el cuerpo de Rose sobre el suyo separándole los muslos para que quedase a horcajadas sobre él.

—Lo ha sido —respondió ella estando en la gloria.

—No tienes idea de la excitación que me produce tu cuerpo. Quiero hacerte el amor horas, días enteros, estar dentro de ti —dijo mientras ella lo observaba con los ojos presos de un brillo desconcertante.

—Eres un cerdo, George, pero me gusta que me digas esas cosas.

—¿Y que las haga también? —murmuró, besando su cara al tiempo que deslizaba el dedo en el interior de su hendidura.

—También —exclamó, cerrando los ojos al verse invadida por su mano.

Fue repitiendo el movimiento hasta que los labios femeninos estuvieron hinchados y separados. Apretó el dedo justo encima de la delicada vagina, ya

húmeda. Rose se retorció cuando él empezó a dibujar círculos lentos y lo hundió. Miró fijamente sus ojos azules, claros como el día, vio cómo descendía las pestañas mientras se deshacía de su propio camisón. La boca de Rose buscó la suya, y él la besó tan agudamente como ella estaba pidiendo, deshaciéndose igual que la mantequilla.

Rozó la húmeda abertura de su cuerpo con la punta de su miembro, induciéndolo a entrar en su profunda cavidad, la entrada al paraíso soñado. Él hizo el ademán de cambiar posiciones, pero ella negó con la cabeza.

—Me gusta estar encima de ti —explicó.

—Como deseas, flor de primavera.

Entonces, sin poder aguantarse, la penetró con una única y eficaz embestida. Ambos gimieron de alivio, sin poder pensar, ni hablar, ni pronunciar palabra alguna. Primero ambos permanecieron inmóviles, notando cómo oleadas de placer los arrastraban con una fuerza superior. George sintió que ella se inclinaba hacia delante y que sus labios entreabiertos besaban su garganta allí donde le latía el pulso, más acelerado de lo normal. Continuó dándole besos hasta que mordisqueó un pellizco de la piel de su cuello.

Rose se movió instintivamente, apoyando sus codos en la cama buscando ese frotamiento de sus paredes con el miembro de él. George alzó la cadera y le profirió lo que deseaba. Sus movimientos la llevaron al extremo del orgasmo, escuchando su propio grito ahogado, cuando arremetió en la última acometida, tensa y temblorosa por el placer. También pudo escuchar los gemidos de George, pero pronto sus besos temblorosos evitaron que elevase la voz.

Ninguno de los dos se movió, quedándose ella encima de su cuerpo caliente y su verga en su interior aún palpitante, mientras sus respiraciones se normalizaban poco a poco.

—Su fogosidad no deja de asombrarme, futura condesa —susurró George en su oído, haciéndole cosquillas en la oreja.

—¿Y de quién es la culpa?

—Mía y solamente mía por incitarte, cariño. Pero no voy a dejar de hacerlo, para que quede claro.

—Bien, porque yo tampoco voy a dejar de seducirte.

—Sabes el escándalo que supondrá que te cases conmigo antes de que tu periodo de luto termine, ¿verdad?

—Le dije a mi abuela que me casaría contigo, pero no se lo llegó a creer demasiado, o no quiso creerlo. Me va a gustar observar su cara cuando lo vea. Y más cuando sea un escándalo.

—Supongo que voy a tener los papeles preparados para ...

George empalideció de golpe.

Rose pasó su cálida mano por la mejilla de él, percatándose de ello.

—¿Qué ocurre?

—Que no tienes veintiún años. Necesitas el consentimiento de Franklin para casarte conmigo.

No había caído en ello, era cierto.

—No creo que Franklin se opusiera, pero si lo sabe Franklin lo va a saber mi abuela, y ella sí que hará todo lo que esté en su mano para sabotearnos. —Una idea se le cruzó por la mente—. George, vámonos a Gretna Green.

Él frunció el ceño, no le entusiasmaba la idea.

—Te mereces algo mejor que una boda entre desconocidos, como si...

Rose le puso un dedo en los labios, consciente de lo que quería decir con eso.

—Voy a ser la mujer más feliz del mundo si me caso contigo, y me da lo mismo si es aquí en Inglaterra como en Escocia o incluso en la otra punta del mundo. Solo quiero casarme contigo, ¿entiendes?

La miro a los ojos, esos transparentes e inigualables ojos azules, los dueños

de sus anhelos más profundos y sueños más deseados. No podía negarle nada, aunque fuese ella misma quien, quizás, luego se arrepintiese.

—Está decidido entonces. Mañana nos vamos a Gretna Green.

Emitió un sonido de satisfacción y se acurrucó a su lado, a sabiendas de que aquella noche era la primera en la que podría dormir sin que sus pesadillas pudieran alcanzarla.

Querida Beatriz,

Antes de que pongas el grito en el cielo por haberme marchado sin avisar, te escribo para contarte que hoy mismo parto para Escocia. Voy a casarme con George en Gretna Green; por supuesto, te agradeceré cierta discreción al respecto, pues me gustaría que Franklin lo supiese por mí.

Espero que nuestra empresa esté yendo a buen fin, confío en tu criterio para todo y lo dejo en tus manos. Supongo que en menos de un mes volveré a estar en Londres, y podrás mostrarme todos los avances.

Hay muchas cosas que debo contarte, pero la principal es que me veré obligada a recluirme de la sociedad, si no es que antes me tachen ellos de indeseable. Casarme antes de que finalice el período de luto ya será todo un acontecimiento, hacerlo sin el consentimiento de mi hermano y siendo yo menor de edad, otro tanto. Pero no es esta la razón por la cual lo haría, sino porque George ha hecho el mayor de los descubrimientos.

Nathaniel está vivo, y lo ha encontrado. Siempre había pensado que los milagros no existían, que Dios los tenía reservados para aquellas personas devotas y abnegadas y que el resto de nosotros nos limitábamos a sobrevivir con lo que teníamos. Pero estaba equivocada, porque existen y él es la prueba viviente de ello.

En cuanto vuelva te lo haré saber,

Rose Leverton

9. Gretna green

La prohibición sazona los manjares.

Michel de Montaigne

A Beatriz casi se le atragantó el bollo cuando leyó la carta de Rose Leverton, pronto Rose Frayes. Ella sí que sabía cómo montar un buen escándalo, a su lado hasta ella se había vuelto convencional.

—Deberíamos habernos casado en Gretna Green —murmuró mientras William leía el periódico a su lado.

La vida era apacible para los duques, cosa que William gozaba y Beatriz... no tanto.

—¿Gretna Green? ¿Para qué? —preguntó divertido.

—Casarse allí es todo un escándalo, por lo que Jane me contó.

—Pero allí van las parejas menores que no tienen el consentimiento de sus padres. Tú ya no eras menor, y tenías el consentimiento de John.

—Lo sé, pero habría sido emocionante. —Sonrió, mientras se sentaba en su regazo—. ¿Te imaginas? Yendo a Escocia y, de mientras, John siguiéndonos la pista. Habría sido el escándalo de la temporada.

—Habría sido mejor que el trayecto en barco con él hasta España, esto seguro —le reconoció—. Y ya fuimos el escándalo del siglo ¿Por qué hablas de Gretna Green?

—Rose Leverton y George Frayes van a casarse allí. ¿No es romántico? —expresó ella sonriente.

—Y estúpido. Menuda forma de enemistarse con Franklin Leverton —

exclamó William, apelando al sentido de la razón.

—No se trata de Franklin, sino de que su abuela, la terrible Mary Leverton, no se entere. Ya les fastidió la historia de amor una vez, así que ahora van con pies de plomo. Yo habría hecho lo mismo, y tú, querido, también.

—¿No tendrá nada que ver con que Essex muriese en extrañas circunstancias? —dijo él perspicazmente.

Conocía a Beatriz, y la cara de ángel inocente que puso tenía escrito en la cara «culpable de saberlo».

—¿Su marido fallecido? Espero que no.

Era una muy mala mentirosa, ella lo sabía y William también.

—Beatriz —Alzó una ceja inquisidora mientras le acariciaba la rodilla por debajo de la falda—, cuéntamelo.

Antes de empezar, decidió advertirle.

—No voy a pedir perdón por hacer lo posible para poner a salvo a mi amiga, que lo sepas.

Ante su inflexibilidad, William subió más la mano, hasta llegar a los calzones, y sin miramientos, se los bajó.

—Yo tampoco voy a pedirte permiso, sirena. —Tras decir eso, empezó a acariciarle el monte de Venus.

Beatriz se encogió ante sus caricias, empezando a excitarse poco a poco.

—El placer como elemento de tortura es... jugar sucio —carraspeó, intentando parecer serena, pero sin conseguirlo.

—Beatriz, dímelo. ¿Tiene algo que ver con que guardes una pistola en el cofre de la habitación?

—*Santo Dios*, esto está siendo... Will... —jadeó ella notando cómo la excitación la invadía.

—Dime, Beatriz —le preguntó al oído.

—La pistola... tienes que devolvérsela a Edmund —le pidió antes de correrse en sus dedos.

—¿Mi hermano? ¿Qué pinta mi hermano en todo esto? —murmuró, deleitándose ante los gritos de su mujer.

Después de sobreponerse, Beatriz acabó de contárselo, al fin y al cabo, era mejor tenerlo como aliado.

—Rose huyó de casa de Essex después de tirarla por las escaleras y de pegarle algunas palizas. Se refugió en casa de Edmund y...

—¿Edmund disparó a Essex? —dedujo William.

—Rose, Edmund no tiene ni idea. Tengo que devolvérsela para que nadie sospeche, ni él. Es mejor que no sepa nada.

William suspiró, sopesando la idea de decirle algo o mejor dejar el tema, y prefirió cerrar la boca.

—Tengo que ir a verle para preguntarle sobre el tema del marquesado y el testamento de mi padre, se la voy a llevar yo.

Ella sonrió igual que si un niño hubiese recibido un caramelo.

—¿Le he dicho hoy, excelencia, lo mucho que lo quiero? —dijo mientras se daba la vuelta, sentándose a horcajadas sobre él.

—Quiero hechos, no palabras —respondió besándola.

Rose se subió al carruaje, animada con la idea de que iba a casarse. Aún no se hacía a la idea, como tampoco del hecho de que su hijo estuviese vivo, aunque en ese instante lo tuviese entre sus brazos. George subió a su lado y se pusieron en marcha.

—¿Les has dicho que metieran el tarro de mermelada? —preguntó Rose.

—Sí, está en el saco junto a los baúles.

—Le encanta la mermelada, ¿verdad, precioso? —Le dio un beso en la mejilla a Nathaniel.

—Ven con papá —George se lo quitó a Rose de las manos, sentándolo en su regazo.

—¿Has hablado con tu hermana?

—Sí, se lo he contado todo. No te preocupes, nos cubre.

—Solo espero que no llegue a oídos de Franklin antes de que yo se lo diga, o se va a enfadar. ¿Has visto que le están saliendo los dientes?

—No —respondió, elevando al niño y poniéndolo de cara.

—Creo que por eso llora más de lo debido.

—Quizás debimos dejarlo al cuidado de alguien para el viaje —reflexionó él.

—No, no pienso dejarlo con nadie. —Quiso cogerlo, pero George negó con la cabeza.

—Yo lo sujetaré —dijo muy seguro.

—¿Por qué?

—Tengo más fuerza para sujetarlo si el carruaje pasa por algún bache —argumentó.

—Eso es una solemne tontería.

—No lo es. Además, se está divirtiendo de lo lindo conmigo. Hasta se está riendo.

No pudo contrarrestarle porque la imagen de padre e hijo le pareció divina, digna de ponerla en su corazón.

Viajaron durante todo el día, parando solo a comer en una posada y luego, cuando anocheció, hicieron noche allí. Viajaban solos, solo los acompañaba el

cochero para ir más ligeros y no retrasarse.

Estuvieron bastante rato acunando al pequeño hasta que por fin se durmió y pudieron hacerlo ellos.

Después de otro día entero de trayecto, llegaron por fin a Gretna Green. Era solo un pequeño pueblo, pero tremendamente popular para aquellos quienes no tenían veintiuno ni el consentimiento paterno para casarse.

Pararon frente al *Old Blacksmith's shop*, la vieja herrería, donde un hombre salió de allí para preguntarles que si querían casarse. Por supuesto, todo el mundo iba allí para hacerlo, no había otra cosa que hacer en ese sitio.

El hombre que estaba al cargo, un tal O'Reilly, les informó que según sus leyes el matrimonio era indisoluble y que tendrían como testigos dos de los trabajadores que había por allí.

George sacó del bolsillo un anillo y se lo puso en el dedo anular, pillando a Rose por sorpresa.

—¿De dónde lo has sacado?

—Herencia familiar. Me recordó a ti la montura, con la forma de una flor.

Era cierto, pues parecía que de la piedra rojiza saliesen ciertos pétalos de oro.

—Es precioso.

—Tú sí que eres preciosa.

Después de repetir los votos, el hombre les declaró marido y mujer y les dio su certificado de matrimonio.

—Ya estamos casados —dijo George con una sonrisa en los labios—. Por fin podré besarte sin que me estés censurando en público.

—Como si eso te impidiera hacerlo en privado, George Frayes.

—No me venga con esas, *lady* Frayes, o me verá obligado a besarla hasta el atardecer.

—Menuda amenaza. Espero que esté dispuesto a cumplirla —le advirtió.

—No lo dude.

A Mary Leverton le gustaba que las cosas salieran tal y como ella quería. No era nada raro que para lograrlo tuviera que meter mano en ciertos asuntos que, por supuesto, no eran de su incumbencia, pero aun así lo hacía.

Estaba segura de que el Ducado de Kengsinton había adquirido el prestigio que tenía gracias a su empuje y a su influencia. Nada la detenía, si tenía que hacer algo, lo hacía, y no estaba dispuesta a que la única de sus dos nietas que podía obtener un buen matrimonio se pusiera sentimental.

Ya había tenido suficiente con Harriet cuando se fugó con aquel caballero que no le llegaba ni a la suela del zapato, estuvo años para que el escándalo se olvidase. Rose había sido más fácil de manejar, en cuanto George Frayes se hubo marchado, fue fácil hacerle creer que él no se casaría con ella.

Que su nieta se convirtiera en la duquesa de Essex había sido uno de sus mayores logros, pese a que la muy estúpida luego lo hubiese fastidiado. Y ahora Essex estaba muerto.

—*Lady Mary*, el Duque de Essex desea verla —dijo Howard, el mayordomo.

Por un momento se asustó, pero enseguida se dio cuenta de que debía ser el nuevo duque.

—Hazle pasar —respondió.

Por supuesto, el hermano que vivía en América habría vuelto al heredar el título. Muy oportuno.

Robert Lancey entró en el despacho encontrándose con Mary Leverton de frente. No era estúpido, sabía que iba a tratar con una de las mayores manipuladoras de Londres, así que puso su mejor sonrisa.

—*Lady Mary*, es un placer conocerla. —Hizo la reverencia pertinente y ella inclinó la cabeza.

—Lo mismo digo. ¿Qué le trae por aquí?

Tenía las facciones duras, la nariz pequeña y los ojos oscuros. No le inspiraba confianza y enseguida comprobó que no era ni la mitad de manipulable que su hermano.

—No sé si está al tanto de que mi hermano, por desgracia, le ha dejado poco a su sobrina.

—Por supuesto que estoy al tanto. —No sabía adónde quería ir a parar.

—He estado pensando en ello, y creo que sería buena idea, si usted me lo permite, empezar a cortejarla. Creo que es algo que le debo, al fin y al cabo, no estoy casado y estaba buscando una esposa, acorde con mi situación.

Mary sonrió al escuchar aquello.

—Me parece una idea magnífica, excelencia. Supongo que ya habrá conocido a mi nieta.

—Tuve el placer de hacerlo en una velada. Es encantadora y extremadamente bella.

—Mi Rose está considerada como una belleza inglesa. Sus modales son excelentes y es la hija y hermana de un duque. Pocas jóvenes pueden decir lo mismo.

—Por supuesto. Lo único... que quiero saber es si voy a tener cierta competencia.

—¿Competencia? Bueno, siendo Rose por supuesto que tiene multitud de pretendientes. Pero ella sabe quién vale la pena y quién no, no sé si me entiende.

—Ha llegado a mis oídos que es muy cercana a un tal George Frayes, el hijo del conde de Dorset.

—Gozan únicamente de una excelente amistad desde pequeños, pero nada

más —se apresuró a decir ella.

—Perfecto. Entonces no hay nada más que hablar.

En cuanto Franklin se dio cuenta que su hermana aún no había vuelto a Londres y que se encontraba en casa de los Frayes, supo que algo no marchaba bien. Dispuso que su carruaje estuviese listo y marchó hasta Mayfield's.

No sabía qué demonios estaba pasando, esa recién amistad con Susan Frayes le olía a chamusquina y quería saber qué era lo que le ocurría a su hermana para que estuviese evitándole de esa forma; bueno, tanto a él como a su abuela.

Esperó en el salón hasta que por fin apareció Rose. La vio distinta, muy distinta. Sus ojeras habituales habían desaparecido y sus ojos azules brillaban con intensidad. Tenía una sonrisa radiante que era incapaz de disimular.

Rose se alegró de que su hermano hubiese decidido ir, estaba demorando su vuelta a Londres como podía. Odiaría tener que dejar a Nathaniel, aunque fuese con Susan, de quien se fiaba. Ella sabía que debía tener esa conversación con su hermano, que era inevitable, pero en ese momento en el que lo tenía enfrente, temía por su reacción.

Franklin no sabía de circunstancias extremas, ni de sentimientos inevitables. Era el hombre más lógico que existía, para él todo era blanco o negro, estaba bien o estaba mal, y fugarse a Gretna Green bajo cualquier circunstancia, estaba en la segunda. No tenía dudas de que se enfadaría, estaba segura. Y no quería que su hermano se enfadase, era el único miembro de su familia que no la había decepcionado y al que quería.

—¿Se puede saber qué haces aquí durante tantos días? He estado sin saber de ti una semana entera, te fuiste sin avisarme. La abuela está que se sube por las paredes, y ha venido Robert Lancey preguntando por ti.

Al oír aquello, a Rose se le heló la sangre.

—Robert Lancey puede irse a tomar viento fresco. No te va a gustar, pero...

—¿Qué has hecho, Rose?

Conocía suficientemente a su hermana como para saber que cuando su vena de la frente palpitaba, estaba nerviosa y eso no auguraba nada bueno.

—Me he casado —le soltó de golpe y porrazo.

Él le pidió que volviera a repetírselo, sin creerlo.

—Rose, si me dijiste que no querías casarte, que la abuela te estaba atosigando para que lo hicieras y tú no querías —recordó él.

—La abuela quería que me casase con alguien de su agrado, no del mío.

A Franklin, solo de pensar en quién no podía ser del agrado de su abuela, le entraron picores por todo el cuerpo. Podría ser el cochero, o cualquier lacayo. O peor, alguien del ejército sin nombre alguno. O un extranjero, un caballero italiano pesado, que hablase con un tono de voz escandaloso y vistiera de forma extravagante. Casi se mareó de la impresión al imaginárselo.

—¿Y quién es? No lo entiendo, si necesitabas mi permiso. ¿Cómo has podido hacerlo? —bramó, estupefacto sin llegar a creerlo.

—Gretna Green. —Se encogió de hombros, esperando su reacción desmesurada—. Fran, si te lo pedía, la abuela se hubiese enterado y me lo hubiese impedido. Y me negaba a que fuese la segunda vez que impedía casarme con quien yo quería.

—¿Segunda vez? —preguntó él sin entender nada.

—Tiene la costumbre de leer la correspondencia ajena, seguro que también lo hace contigo, incluso falsearla.

—¿La abuela?

—Sí, la abuela, Franklin —asintió.

—¿Estás segura? —respondió él incrédulo.

—Tan segura como que me llamo Rose.

—Aun así, podrías habérmelo contado y haberte casado en Londres con mi permiso —dijo él apelando a la lógica.

—No podía pisar Londres y arriesgarme a encontrarme a Robert Lancey, la última vez no fue muy amable —dijo recordando el episodio del teatro.

—¿Qué quiere de ti ese hombre?

Franklin no entendía nada de lo que estaba sucediendo.

—Las joyas y el dinero de Essex —le dijo sin tapujos.

No estaba para filtrar información, y menos si quería que su hermano la entendiese y algún día, en cuanto se le hubiese pasado el enfado, la perdonase.

—Maldita sea, Rose, ¿con quién demonios te has casado? —preguntó impaciente, pues temía una calamidad.

Él esperaba oír lo peor, estaba impaciente y ella no terminaba de decírselo.

—George Frayes —acabó diciendo.

Su hermano suspiró, aliviado. No era nada terrible, y lo conocía bastante bien. Siempre le había parecido alguien alegre, sin muchas preocupaciones, un poco tarambana, pero lo había achacado a la falta de responsabilidades.

—Al menos dará la cara, o eso espero. Es una ofensa, Rose —le recordó.

—Tienes que dejarlo pasar. Fui yo quien insistió, no él.

Iba a continuar hablándole, tenía el sermón preparado, pero antes de poder abrir la boca, oyó el llanto de un niño y se detuvo.

—¿Hay visitas?

Rose se encontró en una encrucijada. Por un lado, deseaba decirle la verdad, fervientemente, y que fuera partícipe de su felicidad. Pero por otro...

Era Franklin, y si descubría que tenía un hijo secreto a lo mejor se le paraba el corazón de golpe.

—No. Ven —le dijo, y tirando de su brazo, lo arrastró hasta la sala donde

Nathaniel estaba mecido en su cuna.

Este se acercó al niño, dubitativo. Era un bebé, pero no un recién nacido. Poco rollizo, con las mejillas sonrosadas y algo pelirrojo. En cuanto abrió los ojos, dio un paso hacia atrás. Miró a su hermana y volvió a posar sus ojos en el niño. No podía ser cierto, se negaba a pensar eso. Era imposible, imposible.

—No es posible —murmuró—. No lo es, pero Rose... tiene tus ojos. Tiene nuestros ojos.

Ella sonrió, se había dado cuenta.

—Se llama Nathaniel. No sé si recuerdas que estuve en estado.

—Lo recuerdo, pero la abuela me dijo que lo habías perdido y que no querías ver a nadie.

—Mintió. No me caí por las escaleras, Franklin. Essex me tiró.

Franklin empalideció. No sabía muy bien qué cara poner ni qué hacer con esa información. Le repugnaba oírlo, ¿cómo era posible?

—¿Qué? —Fue lo único que logró decir.

—Me hicieron creer que lo había perdido, pero no fue así. Hasta ahora. Lo encontramos en un orfanato.

—No tiene ningún sentido todo esto que me estás diciendo, Rose. No me cabe en la cabeza. ¿Qué clase de persona hace eso?

No lo entendía, la máxima felicidad a la que se puede aspirar es a eso, a tener una compañera de vida, a tener hijos.

—George y yo... antes de casarme con Essex tuvimos, como dicen los franceses, un *affaire*. Le envié una carta diciéndole que si no nos casábamos la abuela me obligaría a casarme con Essex, carta que nunca llegó a recibir porque la abuela la interceptó y respondió una contestación falsa, negándose.

—¿Y qué tiene que ver esto con el niño?

—Que no era de Essex —aclaró Rose—. George es el padre de Nathaniel.

—Esto es... totalmente inverosímil. Vas a condenarte en el ostracismo social, Rose, si esto sale a la luz.

—Me da igual. No lo entiendes, no sabes lo que es creer que han matado a tu hijo. Recuperarle ha sido un milagro. ¿Por qué crees que nos hemos dado tanta prisa en casarnos? Dentro de ocho meses diremos que Nathaniel ha nacido.

—Nadie va a creerse que es un recién nacido. No lo parece ni ahora.

Por supuesto que no lo parecía, ni cubriéndolo dejándole solo la cara lo parecería.

—Pero dentro de dos años ya nadie se acordará de qué edad tiene.

—Esto me supera, en serio —dijo él.

Entonces Nathaniel emitió un sonido que le llamó la atención. Bajó la mirada y vio cómo le sonreía. Era hermoso, muy hermoso. Sin pensárselo, se agachó y lo cogió en brazos.

Rose tenía el corazón acelerado, por fin se había confesado a su hermano. No las tenía todas, pero al ver ese gesto, tuvo esperanza.

—Se parece a ti, mucho, Rose —murmuró.

Se había quedado absorto observando a ese pequeño ser encantador.

—Lo sé.

—Espero que haya heredado la inteligencia de los Leverton. Definitivamente, va a parecerse a su tío Franklin. ¿Verdad, Nathaniel? Espero que me dejes participar en su educación, no me fio de ti.

—Espero que no lo tortures con ello —respondió ella, respirando aliviada.

—Sigo queriendo hablar con Frayes, no me olvido, Rose. —Desvió la mirada hacia ella, cambiando radicalmente de alegría a enfado.

—¿Ahora?

—Dentro de un rato. Ahora estoy con mi sobrino. —Y, dicho eso, empezó a

dar vueltas por la habitación haciéndole carantoñas.

Era una muy buena señal, sin duda.

Elsbeth estaba preocupada. Hacía una semana o más que no sabía nada de *lady* Rose, y pese a que los agentes no había vuelto a aparecer por allí, sabía de buena tinta que el caso aún no se había cerrado.

Desde que había enviudado y había vuelto a vivir al hogar familiar, le había cogido cariño. Había pasado de hacer cargos y servicios puntuales a *lady* Mary a atender exclusivamente a *lady* Rose, y la diferencia era más que notable.

Deseaba escribirle, pero ya le había advertido que su abuela tenía la tendencia de leer la correspondencia y que era peligroso, así que se abstuvo de hacerlo.

Se dirigía a la cocina pasando por uno de los pasillos de la planta baja, cuando oyó voces. Se paró frente a uno de los salones pequeños, el de uso exclusivo de *lady* Mary, de donde provenían. No solía escuchar conversaciones ajenas, pero de las voces, una masculina y desconocida, le llamó la atención.

Paró la ojera.

—*He estado pensando en ello, y creo que sería buena idea, si usted me lo permite, empezar a cortejarla. Creo que es algo que le debo, al fin y al cabo, no estoy casado y estaba buscando una esposa, acorde con mi situación.*

—*Me parece una idea magnífica, excelencia. Supongo que ya habrá conocido a mi nieta.*

Al escuchar aquello, casi se le cayó el alma a los pies. Pobre *lady* Rose, ¿cómo se atrevía su abuela a hacerle eso por segunda vez? Tenía que darse prisa y advertirle de ello cuanto antes.

Reculó unos cuantos pasos, pero se tropezó contra algo. Al girarse, vio que no era algo si no alguien.

—Señor Jones, no le había visto —dijo con rapidez, mirando al suelo avergonzada. Estaba segura de que la había cazado mientras estaba espiando.

—Elsbeth, ¿qué estaba haciendo? —preguntó Howard, pese a saberlo perfectamente.

—Yo... yo no sabía quién había y no quería entrar... —respondió ella trabándosele la lengua, totalmente azorada ante tal situación.

—¿Estaba escuchando detrás de la puerta?

—Sí, señor. Lo siento mucho, no lo he hecho a propósito. Solo que no sabía con quién estaba *lady Mary*.

—¿Y quién es?

—Parece ser... un pretendiente de *lady Rose*.

—¿Y qué es lo que quiere?

—Casarse con ella, señor.

Howard se acarició el mentón, pensativo. Elsbeth no sabía qué cara poner, tenía miedo de que la despidieran.

—*Lady Rose* se encuentra en Mayfield's, en casa de los Frayes. En cuanto averigüe de qué caballero se trata, le escribiremos advirtiéndola.

Ella respiró tranquila al ver que el mayordomo no era tampoco muy partidario de los métodos de *lady Mary*.

—*Lady Rose* me advirtió que...

—Espía la correspondencia, lo sé. Démela a mí y yo enviaré un mensajero de confianza.

—¿Por qué me ayuda? ¿Por qué ayuda a *lady Rose*?

—Llevo en esta casa toda mi vida, y ya es hora de que alguien le dé una lección de humildad a la señora —dijo solamente, dejando atónita a Elsbeth.

Ella sabía que Howard había servido a los Kengsinton desde siempre, pero

por esa misma razón pensó que sería fiel a *lady* Mary. Se equivocaba.

10. Un duque misterioso

Nada graba tan fijamente en nuestra memoria alguna cosa como el deseo de olvidarla.

Michel de Montaigne

Hacía solo un par de días que Franklin había vuelto a Londres. La temporada estaba ya casi finalizada y sospechaba que, en un par de semanas, la gente se retiraría a sus residencias de campo. Rose sentía que sus preocupaciones poco a poco iban menguando. El hecho de que su hermano hubiese aceptado finalmente su situación después de haber tenido una acalorada discusión de la que no fue partícipe George, la aliviaba enormemente.

Pero luego Franklin sí pidió audiencia con el que ahora era su marido, y estuvieron una hora entera encerrados en su despacho. Rose quería saber qué se habían dicho, y George no soltaba prenda.

—¿Y qué más te dijo mi hermano? Él no ha querido decirme nada —le pidió a su marido mientras estaban dando un paseo por el jardín.

Estar entre los cipreses, las peonías y las margaritas tan despreocupadamente hacía que su corazón se relajase y disfrutase de todo lo que la vista le dejaba ver.

—Ya te lo dije. Estuvo media hora sermoneándome sobre lo desvergonzado que había sido y cómo me había atrevido a deshonrarte de aquella manera. Aguanté el tipo, le pedí disculpas y luego volvió a sermonearme sobre cómo me atrevía a casarme contigo sin su permiso.

—¿Y volviste a disculparte? —le extrañó a ella.

—Por supuesto que no —aclaró él—. Le dije que no me arrepentía, y que era lo que tenía que hacer. Allí fue cuando más se enfadó. Pero sutilmente le dije

que habría sido mucho peor que no nos hubiésemos casado y se hubiese sabido lo de Nathaniel, y allí se calló.

—Lo adora, en cuanto lo nombras, se le pasa el mal humor. ¿Sabes? Ayer recibí una carta de Elsbeth, mi doncella. Adivina quién le ha pedido permiso a la abuela para cortejarme.

—¿Robert Lancey? —dijo George probando suerte.

Ese hombre no le gustaba ni un pelo, desde que lo había visto amenazar a Rose le había cogido mucha tirria. ¿Cómo se atrevía siquiera a acercarse a ella? ¿Cómo se atrevía a hablar con Mary Leverton? Menuda desfachatez.

—El mismo. Estoy pensando en entregarle la carta, al fin y al cabo, no voy a hacer nada con todo aquello, no lo necesito. Y nos libraríamos de él.

Lo había sopesado mucho, llegando a esa conclusión. No quería empezar una guerra con Robert Lancey por algo que realmente le traía sin cuidado y que, además, no deseaba tener. Y más cuando ella misma había sido la culpable de la muerte de Essex. No era culpabilidad, pero sí ciertos remordimientos al tener algo que sentía que no le pertenecía.

—Haremos lo que desees, pero cuanto antes salga de nuestras vidas, mejor.

—Estoy de acuerdo.

Cuando se dirigían a dar un rodeo por detrás de la casa, vieron a uno de los criados correr a lo lejos hacia ellos, y se detuvieron. El chico, después de recobrar el aliento, le entregó un mensaje urgente a George.

Él lo abrió con rapidez y lo leyó.

—¿Está todo bien?

Él negó con la cabeza, algo apesadumbrado.

—Mi padre ha muerto.

Rose, por segunda vez en apenas dos minutos, se levantó del sofá donde se

había sentado junto a George. En cuanto había oído sus palabras, lo había consolado, le había dicho muchas palabras amables, dulces y de consuelo, pero él solo había asentido. Se había quedado estupefacto, no reaccionaba a casi nada, solo con algún parpadeo o un asentimiento, mirando a la nada.

—¿George? —volvió a pronunciar su nombre por quinta vez.

—¿Sí?

Se arrodilló frente a él, apoyando sus manos sobre sus piernas, presa de la inquietud por saber qué era lo que estaba pasando por su cabeza.

—Dime algo, lo que sea. Lo que estés pensando, por favor, necesito que lo hagas o voy a volverme loca —le suplicó—. Lloro si es necesario.

Él la observó, emitiendo un leve suspiro.

—Me duele su muerte, pero en parte... es horrible lo que voy a decir, pero es lo que pienso. Me alivia, Rose —dijo él finalmente, quitándose un peso de encima.

—Cuéntamelo—le animó ella.

—Solía estar ausente, parecía un fantasma, un alma en pena. Poco a poco empezó a marchitarse, a beber como un cosaco para olvidar vete a saber qué cosas, a alejarse de su responsabilidad. No quiero... Dios, no quiero acabar igual que él.

Ella le cogió de la mano para reconfortarle.

—El hecho de que pienses eso es muy revelador. Tú no eres como él, y no creo que nunca lo seas. A veces pienso qué fue, cómo te empecé a querer.

—Dímelo.

—Siempre me tuviste en cuenta. Me veías cuando éramos pequeños, cuando yo no era más que una cría, me escuchabas y eso me hacía parecer importante ante tus ojos. Te preocupas y mucho, por mí, ahora por Nate, por tu hermana, incluso por Edmund.

—Voy a tener que viajar a Londres —reconoció.

—Lo sé.

—No voy a tardar en volver más de lo estrictamente necesario. Pero creo que el anuncio de nuestro matrimonio tendrá que esperar a después del funeral. A lo sumo serán un par de días.

—Claro. Todo saldrá bien George, todo saldrá bien —le aseguró abrazándole de nuevo.

Él asintió, esperando de veras que fuese así. Sabía lo que tenía que hacer y lo que vendría después de eso, aunque no habría demasiada diferencia. Llevaba desde hacía años encargándose de las tierras y negocios familiares.

Lo dispuso todo para volver a Londres cuanto antes, no podía demorarse mucho. Le prometió a Rose que volvería antes de que ella se diese cuenta, y él y Susan se dirigieron a Londres.

En cuanto pusieron un pie en la residencia de la capital, fueron recibidos por su madre. De riguroso negro, con un pañuelo en la mano y yendo que aquí para allá ajetreada.

—¡Qué pesadilla! —decía, medio sollozando a la par que alzaba la voz—. No sé qué voy a hacer ahora sin vuestro padre.

Susan pensó interiormente que era probable que siguiera haciendo lo mismo, pues pocas veces contaba con su opinión para hacer las cosas, pero no dijo nada.

—Madre, tranquilizaos. Estamos todos muy apenados. Ahora tendremos que preparar el funeral.

—Por supuesto, ya estoy en ello. Algo íntimo, no deseo que estas cosas sean multitudinarias. —Se giró hacia Susan y la abrazó—. Mi pobre niña, ¿qué vas a hacer ahora? Pasar por un interminable periodo de luto, estrenar el final de la temporada de esta forma...

—No me importa, madre —dijo ella con un hilo de voz.

—¿Cómo no va a importarte?

Las arrugas que surcaban en la frente aumentaron y puso cara de terror.

—Pa-padre se merece un respeto —respondió.

—Lo sé. Oh querida, vamos a tomarnos una taza de té mientras tu hermano se ocupa de todo.

Susan asintió, echándole una mirada de comprensión a George.

Él enseguida se reunió con el abogado en su despacho, no muy lejos de Hyde Park, donde se hallaba su residencia y la de casi todos los personajes del *beau monde*. El señor Richmond era de confianza y, por supuesto, el mejor en lo que hacía. Se sentó frente a su escritorio mientras este abría el testamento de su padre.

Su despacho era el más solicitado por casi toda la alta sociedad, se encontraba en un buen lugar y tenía una fama excelente.

—Como sabe, y aunque así no lo hubiese deseado su padre, usted obtendrá el título del Condado de Dorset con todas las propiedades. Hay una asignación para su madre y su hermana que podréis modificar si lo deseáis.

En aquel momento llamaron a la puerta y su ayudante dijo que tenían un asunto urgente, así que Richmond se disculpó abandonando la estancia.

A George todo aquello le había parecido inesperado. Acababa de casarse con Rose y recuperado a su hijo, solo deseaba pasar desapercibido y ser feliz durante una temporada, y convertirse en el nuevo conde no era precisamente la definición de ello.

Eso significaría que todas las jóvenes casaderas, durante lo que quedaba de temporada, intentarían coincidir con él de una forma u otra para atraparlo. Tendría que huir de Londres en cuanto pudiera hacerlo, y anunciar su matrimonio.

Se levantó de la silla, no le gustaba permanecer sentado así que dio varias vueltas por el despacho para ver si los minutos pasaban más rápidos. Se fijó en

unos papeles que había encima de otra mesa, eran sociedades creadas recientemente.

Echó una ojeada, no viendo nada que le llamase la atención. Hasta que se detuvo en un nombre: Rose Leverton. Y al lado, Beatriz de Velarde.

Le extrañó, sabía que últimamente se llevaban bien y que se escribían a menudo, pero no que fuesen socias. No lo entendía, ¿para qué iban a asociarse? Entonces recordó la conversación que había oído teniendo con Burun, el día de la boda de los Hayes.

—Disculpe, era una emergencia —dijo el abogado volviendo dentro del despacho.

No había mucho que mirar ni que pensar, George se sabía los papeles de memoria, se había encargado de todo desde que su padre, de un día para otro, se quedó ausente. Nunca lo entendió, qué era lo que lo hizo descuidarse de aquella manera. Sabía que había sido a raíz de la muerte de su hermano, pero tenía dos hijos, una esposa, unos negocios que atender. A George lo que más rabia le daba de su padre era que no había luchado. Se había limitado a dejarse ir, a estar ausente. No se había aferrado a la vida, como si lo demás no fuese lo suficientemente importante.

Él era su hijo, y a veces lo miraba como si no le reconociera. Tenía miedo de que le pasase eso, que un día todo lo que le importaba dejase de hacerlo. Había odiado a su padre por esa razón y tenía un miedo atroz a que a él le ocurriera lo mismo, y entonces también se odiaría a sí mismo.

Pero no dejaría que ocurriese, había peleado y se había dejado la piel para recuperar a Rose, y entonces que además tenía a Nathaniel no dejaría que nadie, ni él mismo, lo alejara de ellos.

Después del funeral, al que acudieron multitud de personas, George urgió a Susan para que regresase a Mayfield's, él aún tenía que realizar ciertas transacciones y no podría volver hasta pasados un par de días.

Esperaba en su salón a que el administrador llegase; ahora que oficialmente era el conde quería implementar ciertas novedades que había estado estudiando.

Pero quien entró no fue este sino Edmund. Impoluto como siempre, se sentó en la butaca frente a la suya. Desde aquella pelea no se habían vuelto a ver y George, en el fondo, le echaba de menos.

—Siento lo de tu padre —le dijo cruzando las piernas.

—Gracias. Nadie se lo esperaba.

—Había demasiada gente en el funeral así que he preferido venir ahora y decírtelo. ¿Estás bien?

—Lo estoy. Sabes que no estaba del todo bien mi padre —respondió George—. ¿Y tú cómo estás?

—Como siempre. En realidad, esperaba poder hablar también con Rose. No fui demasiado agradable la última vez y quería disculparme —confesó.

—No ha venido, pero se lo diré. ¿Por qué no vienes unos días a Mayfield's? Hay alguien que me gustaría presentarte. —Sonrió, haciéndole partícipe a Edmund de la buena noticia.

—Me alegro por ti y por Rose. ¿Vais a casaros?

—En realidad, ya lo estamos. Pero la muerte de mi padre ha sido un contratiempo. Dentro de un par de días haremos que lo publiquen los periódicos.

—Me va a gustar ver cómo Mary Leverton la terrible te hace la vida imposible —dijo Edmund imaginandoselo.

—Eres un bribón. ¿Qué vas a hacer tú? Con lo del marquesado.

—Quizás me despose con una encantadora francesa que vendrá en un par de meses. Beatriz me dijo que buscaba marido.

—¿Francesa, Edmund? Vaya, no me lo esperaba de ti.

—Amigo mío, hay muchas cosas que no esperas de mí —le dijo él—. Debo

irme, os haré una visita en cuanto pueda.

Y salió de allí como había venido, rápido y en silencio.

La muerte de su padre no le había supuesto a Susan Frayes muchos cambios. Para empezar, nunca había tenido demasiada relación con su padre, que tenía tendencia a ignorarla e incluso a olvidarse por completo de que tenía una hija. En daño emocional no había sido demasiado, pues, aunque nunca se habría alegrado de la muerte de alguien, la de su padre no dejaba de ser una pérdida superflua.

Otras en su situación se hubiesen tirado de los pelos pensando en que tendrían que renunciar a una temporada entera debido al luto, pero eso a ella no le importaba. Es más, la idea de no acudir a esas veladas llenas de caballeros y lores indeseables la llenaba de felicidad. Estaba segura de que su madre había llorado más por ese hecho que por la muerte en sí de su esposo.

Era un hecho que una señorita no debería salir sola de su casa sin estar acompañada de su pertinente carabina. Su madre se lo había inculcado hasta la saciedad. Pero su madre no estaba presente, había decidido retirarse en una pequeña casa de campo a la par que le había insistido a ella que no guardase un luto riguroso, sino que se quedase en Londres bajo el cuidado de su hermano, cosa que, por supuesto, había hecho. No porque no quisiese el luto, sino para evitar estar con su madre. Una vez que se había enterado de la existencia de su sobrino, deseaba formar parte de su vida y aquella era una gran oportunidad.

Además, la pareja de recién casados se había instalado en la casa de campo a las afueras de Londres, en Sussex, y a ella el campo le encantaba. Respirar aire puro todas las mañanas, dar largos paseos matutinos y explorar la naturaleza se le hacía mucho más sencillo y entretenido que bailar durante horas.

Parecía que todo el mundo estaba muy ocupado con todo: George, con la herencia; Rose, con advertir a los criados de que no abriesen la boca respecto a Nathaniel; Beatriz, con la apertura de ese casino burdel al que había decidido

llamar Red House y Jane con la búsqueda de un partido decente, poniendo en el punto de mira al pobre Benjamin Logde. Eso la dejaba a ella con mucho tiempo libre y había decidido aprovecharlo.

Se dirigió hasta una pequeña parada ambulante de libros para observar qué tenían. Le gustaban las historias, sobre todo las que tenían un final feliz. Iba rebuscando cuando se topó con un viejo y antiguo tomo, cuyo título era *Astrology*. Le pareció muy curioso e interesante y se decidió por él. Después de pagarle al señor, siguió caminando calle abajo. Iba hojeando el libro y no se percató de que la calle se volvía cada vez más solitaria.

En cuanto alzó la vista, decidió que su paseo había llegado a su fin y dio media vuelta. Pero tuvo que pararse cuando un par de muchachos algo andrajosos le impidieron el paso.

—¿Qué hace una joven tan elegante como tú por aquí? —exclamó uno de ellos con la mirada fija en su cintura.

Susan se paralizó por completo. El corazón se le aceleró de golpe y se le abrieron los ojos llenos de terror. No podía creerlo, no podía estar pasándole aquello otra vez. Estaba reviviendo su pesadilla de nuevo.

—¿Le has oído? —dijo el otro, pero ella seguía muda, sin poder articular palabra.

Un sudor frío le inundó la frente, mientras que cogía aire por la nariz, pero algo le impedía tragarlo. Uno de los dos hombres intentó arrebatarse el bolso, sin éxito.

—¿Hay algún problema?

Un hombre apareció de la nada, y entonces ambos salieron corriendo de allí como alma que lleva el diablo. Susan cerró los ojos, no quería saber qué ocurría.

Robert Lancey no era ningún santo, más bien solían tildarlo de demonio. Dios sabía que para llegar a ser algo en la vida había tenido que hacer cosas inmundas y atroces. Era conocido en Nueva York por ser el más despiadado

cobrador de su casa de apuestas. Para ello tenía a dos matones en plantilla, aunque no le importase demasiado mancharse las manos.

Ignoraba quién era la señorita, y sabía de buena tinta que no debería haberse entrometido. El papel de caballero andante no era el suyo, sin lugar a la duda. Había visto cómo los muchachos se plantaban frente a ella desde el otro extremo de la calle y también cómo la joven no había hecho ni un gesto para ahuyentarlos, quedándose anonadada.

Si no hubiese visto aquel libro, ese que seguía teniendo entre las manos, se habría alejado de allí sin ningún remordimiento. De golpe la muchacha se le antojó conocida, no como una completa entraña y pudo sentir en sus propias carnes su miedo. Nunca, jamás, había empatizado con alguien como hasta ese momento. Lograba construir un muro entre él y los demás, incapaz de derribar. Podría ser el hecho de que él mismo fuese un entusiasta de la astrología, o que aquel libro fuera el mismo que su madre le leía de pequeño.

Se giró para observar a la muchacha, encontrándose con un ser lánguido, pálido hasta el extremo con el rostro humedecido del sudor. Abrió los ojos, viendo un verde intenso, tirando a azulado, con el iris estimulado por el miedo. A lo largo de su vida había visto, conocido e incluso fornicado con muchas pelirrojas, tenía debilidad por ellas, pero esa muchacha tenía algo especial en su mirada.

—¿Se encuentra bien? —Era parco en palabras, no le gustaba extenderse demasiado.

—Yo... —Vio sus intentos para respirar con normalidad.

—Míreme a los ojos —le dijo, acercándose más a ella—. Bien, ahora imagínese que está en su habitación, tiene que visualizarla. ¿La ve? —Ante su asentimiento, prosiguió—. Ahora imagínese que va hasta su cama, se sienta y se tumba. Ahora cierre los ojos y cálmese.

Milagrosamente, Susan se sintió mejor. Poco a poco su nerviosismo se fue calmando y todo volvió a la normalidad. Abrió los ojos de nuevo, encontrándose

cara a cara con ese misterioso hombre que la había salvado, además de lograr que su miedo se diluyera.

No era un rostro afable. Sus facciones endurecidas y sombrías hacían que pareciese un hombre terrible, alguien imponente. No era un hombre de una altura considerable, solo le pasaba un par de centímetros, pero era el hombre más corpulento que había visto en su vida, a su lado ella parecía menuda, podía haber dos Susans por cada hombre de esos.

—¿Mejor? —preguntó el hombre.

Ella asintió, respirando con normalidad.

—Mu-muchas gracias, señor...

—Puede llamarme Robert. —No estaba acostumbrado a usar aún el título recién adquirido—. ¿Está en condiciones de volver a casa?

—Eso cre-creo.

—¿Por qué tartamudea?

Era la primera vez que alguien le preguntaba algo así.

—N-no lo sé.

Le pasaba cuando alguna situación le incomodaba o cuando era el centro de atención. Siempre había preferido ser invisible a los ojos de todo el mundo.

Robert sacó del bolsillo su pañuelo y se lo pasó por la frente para quitarle el sudor. Ella, ante ese gesto, dio un paso atrás, empezando a temblar de nuevo.

—Se asusta con facilidad.

No era una pregunta pero, aun así, Susan respondió.

—Sí.

—¿Qué le hicieron? No ahora, la vez anterior.

—¿Cómo sabe que hubo una vez anterior? —preguntó, asombrada.

—El grado de pánico que ha tenido, no es normal. Le pasó algo similar, y lo

estaba reviviendo. Supongo que es por lo que se encasquilla al hablar y tiene pánico de que la toquen.

—¿Cómo sabe tanto... sobre tantas cosas?

Robert se rio. Nunca se había reído con ninguna ocurrencia tan absurda, pero aquella muchacha lo había dicho con una naturalidad extrema, sin querer hacerle reír. Su inocencia era tan pura y tan natural que le pareció que estaba hecha de luz.

—La psique siempre me ha entusiasmado. No puede dejar que el miedo la domine.

Empezó a caminar calle arriba, y ella hizo lo mismo a su lado hasta que llegó al carruaje, deteniéndose frente a él.

—¿Ti-tiene algún consejo?

Tenía ese tono de voz agudo y melodioso que uno se paraba a escuchar por encima de los demás, no porque fuese fuerte sino por su suavidad. ¿Qué tenía esa muchacha que tanto lo estaba impactando? Había conocido mujeres a patadas, en América se encontraban féminas muy hermosas, mucho más que en Inglaterra, tal y como había podido comprobar. Pero ella era toda luminosidad y calidez, teniendo ese aspecto de animal asustadizo que despertaba en él un sentimiento de candidez que jamás había tenido con nadie.

No, nunca lo habían excitado los sentimientos como la bondad o la ternura. La inocencia siempre era algo que le molestaba de las mujeres. Siempre había preferido a las mujeres con experiencia, que sabían exactamente dónde tocarle y cómo para llevarlo al delirio extremo. Si no tenían decencia alguna o soltaban comentarios picantes, aún mejor. Le gustaban esas damas que aparentaban serlo, pero no lo eran en absoluto.

Esa joven no era eso, nada de eso. Era una cría asustada, nada más. Y no entendía cómo había podido excitarle en tan poco tiempo.

No supo por qué, no supo cuáles fueron las causas que lo llevaron a hacerlo,

pero de un movimiento la alzó y la metió dentro del carruaje, entrando posteriormente él también y cerrando la puerta.

—¿Qué está haciendo? —musitó ella en cuanto se vio sentada en el carruaje.

Con facilidad, igual que si fuese una muñeca, la había cogido por las caderas como si tuviese el peso de una pluma. Sin responderle, se inclinó hasta ella, tomó un sedoso mechón de cabello rojizo entre los dedos y lo acarició suavemente con el dedo pulgar. Lo hizo con lentitud, igual que si se encontrasen en las nubes.

Sin apartar la mirada de sus ojos, se inclinó aún más y besó su cuello de alabastro. Susan notó que le flaqueaban las piernas y si no fuese por el hecho de que estaba sentada, estaba segura de que se hubiese desmoronado. Fue solamente un beso, largo y tierno, pues sus labios se posaron por encima de la piel tersa, volviendo a alzar la vista. La ternura y paciencia del gesto, así como el extremo cuidado con que hizo todo aquello, igual que quien empieza a tocar las teclas de un piano, la dejaron plenamente anonadada.

—Por favor... —dijo, sin saber muy bien qué más decir.

—Enfréntese a sus miedos, señorita.

De un salto, se apartó de ella y abrió la portezuela del carruaje con intención de salir.

—Es *lady* Susan —dijo, en un tono muy bajito.

Robert la escuchó, y sin girarse de nuevo, sonrió por segunda vez descendiendo del carruaje. Porque si volvía la cabeza, Dios sabía que no tendría intención de ser un caballero.

Susan llevó el dedo índice a la exacta zona donde ese completo desconocido había puesto sus labios.

—Dios mío —susurró Susan en voz alta, dándose cuenta de que había algo perverso en su pensamiento, algo que debía cerrarse bajo llave.

Nunca había mostrado interés en los hombres, sus pensamientos habían sido

únicamente románticos y cándidos. Sabía muy bien lo que una dama debía o no hacer, y qué le estaba permitido.

Escuchaba las palabras de su madre en su cabeza repetirse; «Las mujeres deben servir de ejemplo a los hombres y usar su virtud para amansar sus bajos instintos, únicamente una vez casados. Nunca deberás mostrar tu inquietud ni, por supuesto, tu deseo físico, aunque lo tengas.»

Susan suspiró pesarosa, porque ese deseo acababa de aflorar en ella.

11. Un día de campo

Nada parece tan verdadero que no pueda parecer falso.

Michel de Montaigne

Era un día soleado para estar ya a principios de otoño, así que Rose decidió salir a dar un paseo con el pequeño cochecito que había encargado en una de las tiendas del pueblo más cercano y que le había llegado esa misma mañana.

Habían arribado la noche anterior Beatriz de Velarde y Jane Bradford para ver cómo le había sentado la noticia de casarse, recuperar a su hijo y convertirse en la condesa de Dorset en apenas dos semanas. Demasiadas emociones en tan poco tiempo, pero no tenía más remedio que asumirlas todas.

Beatriz le había contado que el burdel era un hecho ya, y que abrirían sus puertas el sábado siguiente.

—Si no te importa, lo he bautizado ya como me ha parecido. Tampoco es cuestión de comerme la cabeza, a malas hubiese puesto un apellido cualquiera y *arreando que es gerundio* —le explicó detenidamente.

—¿Se puede saber qué nombre le has puesto al prostíbulo? —preguntó Rose, que se olía que Beatriz se había saltado la normalidad hasta en eso.

—Para empezar, ¿un burdel? ¿Es en serio? Podrías haberle puesto una tiendecita —se quejó Jane, para no perder la costumbre.

Las dos la observaron llevarse la taza de té a la boca manteniendo la compostura.

—Esa mujer no hubiese durado en la tienda ni dos días. Está hecha para dirigir a las prostitutas. Y con una tienda no se gana tanto.

—¿Y a ti qué más te da ganar o perder más o menos? Si tienes el oro que te llega de España a raudales —expresó Jane.

—Calla, que el mes pasado la recaudación descendió y estoy que ardo.

—¿Vas a decir el nombre o me van a salir raíces? —volvió a preguntar Rose, impacientándose.

—Red House.

—¿Casa roja? —repitió Jane—. Suena un poco sádico.

—Pues claro, ¿no sabíais que en París hacen poner un farolillo rojo para que la gente sepa que es un prostíbulo? Es una alegoría a eso.

—Me gusta —sentenció Rose.

Con una manta para que no pasase frío, envolvió a Nathaniel y lo puso dentro, saliendo después al exterior. No pensaba ir muy lejos, solo por los jardines donde pudiese conducirlo con facilidad.

Deseaba empezar de nuevo en ese sitio, lejos del mundanal ruido de Londres, de los chismorreos, de su abuela y de pretendientes tediosos. Deseaba no tener que dar explicaciones a nadie de por qué llevaba un bebé en brazos ni tampoco justificarse ante nadie. Estaba hastiada de todo aquello.

No llevaba ni cinco minutos caminando cuando aparecieron dos hombres que parecían estar perdidos. Se acercaron a ella, no eran del servicio así que supuso que serían del pueblo.

—Buenos días, señora —saludó el más alto de los dos.

—Buenos días, caballeros. ¿Desean algo? —respondió Rose tapándose el sol con la mano derecha.

—Buscamos a *Lady* Rose Leverton, nos han dicho que podríamos encontrarla cerca de aquí.

—Soy yo misma —dijo ella.

Inmediatamente después de decir tales palabras, los dos hombres se

abalanzaron sobre ella y, para evitar que pudiese gritar, le pusieron un pañuelo en la boca.

Con rapidez, le ataron con una cuerda las manos y los pies.

—Hay un niño. El patrón no nos ha dicho nada de un niño —exclamó el más bajo, al que le faltaban un par de dientes.

—Cógelo. No voy a dejar a un niño solo, por el amor de Dios.

—Estamos secuestrando a una mujer, ¿y te preocupa que dejemos solo a un niño? —dijo este, sin creer lo que su compañero decía.

—Horacio, ¿no escuchaste al patrón? No quiere que le pase nada a la dama, creo que es un gesto romántico —le insinuó él, guiñándole un ojo.

—Edgar, el patrón no tiene ni un hueso de romántico. Pero nos llevaremos al bebé por si acaso, no quiero meter la pata con esta misión tan delicada.

Uno de ellos cargaba a *lady* Rose, y el otro cogió al bebé en brazos. Mientras, Rose hacía sonidos para que la soltasen, sin éxito alguno, quedando sus gritos ahogados por el pañuelo que no podía quitarse.

Cuando llegaron al final del camino, subieron a un carruaje que estaba escondido detrás de unos árboles. El tal Horacio cogió las riendas de este mientras que Edgar subió con el niño en brazos sentándose frente adonde habían dejado a Rose.

—Siento mucho las formas, *milady*, pero es lo que ha ordenado el patrón.

—Mmmmm —respondió Rose.

—Si promete no gritar, le quitaré el pañuelo de la boca. ¿Lo promete?

Rose asintió, y entonces este se lo quitó. No pensaba que nadie la escuchase, así que no se molestó en hacerlo.

—¿Quién es su patrón? ¿Robert Lancey? —Fue lo primero que preguntó.

Si era un hombre, estaba claro que no sería su abuela, quedaba descartada, aunque en un principio así lo había pensado. No, no hubiese sido descabellado

que aquella vieja bruja hubiese venido a buscarla de esas maneras.

—Así es. ¿Es su enamorado? —preguntó uno de ellos con descaro.

—Por favor, claro que no. Quiere algo que tengo en mi poder.

Solo de pensar en esa posibilidad le entraban náuseas. En primer lugar, porque era el hermano de Essex y lo encontraba igual de repulsivo, y segundo, que no se imaginaba queriendo a alguien que no fuese a George.

—Entiendo. ¿Y va a dárselo?

—Con la condición de que me deje en paz de una vez, sí.

—El patrón no es mala persona —dijo Horacio ante una Rose estupefacta.

—Secuestrar a una dama y a su hijo es de malas personas —sentenció ella sin demora.

—Dentro de lo que hay, créame, es de los maleantes con más clase. Y se lo dice alguien que ha trabajado para algunos —remarcó.

—Esto me tranquiliza —susurró con cierta ironía.

No lo hacía en absoluto, pero se dio cuenta de que ese hombre no había captado el tono de sus palabras.

Cuando por fin el carruaje se detuvo, Rose se dio cuenta de que ya había oscurecido, así que debían de ser las cinco de la tarde. Entonces, el tal Horacio se echó a un lado y Robert Lancey subió al carruaje.

Iba impecablemente vestido, de riguroso negro, con los puños de la camisa blancos que le sobresalían un poco de la chaqueta y una sonrisa en el rostro, ese rostro impassible, de facciones duras y demasiado aterradoras para Rose.

—Siento el espectáculo, *lady* Rose, pero desapareció de Londres y mi paciencia tiene ciertos límites —dijo él, sin perder la sonrisa.

—He estado ocupada —respondió ella, que pese a haber decidido que le diría la ubicación de donde estaba el dinero, no pensaba dejárselo tan fácil.

Al fin y al cabo, había sido una Leverton, y ellos no se doblegaban con facilidad.

—¿Jugando a ser empresaria? Sé lo del Red House y también sé quién es su socia.

No dijo nada, así que supuso que ignoraba los motivos. No, no tenía ni idea acerca del chantaje.

—Entre otras cosas.

—Yo también he estado ocupado —dijo él, mencionándolo como de pasada.

—¿Visitando a mi abuela? —susurró, descubriendo también que sabía mucho acerca de sus movimientos.

—Vaya, Rose Leverton, me está usted sorprendiendo. Entonces sabrá que si no me dice dónde está el dinero, pondremos rumbo a Gretna Green de inmediato.

Rose se rio. Soltó tal carcajada que Robert dejó de sonreír.

—Es Rose Frayes. Debería darme la enhorabuena por mi recién estrenado matrimonio —dijo con satisfacción.

Si Robert se enfadó, no lo percibió.

—Menuda jugada —musitó sin cambiar la expresión de su rostro.

Antes de que pudiese decir nada más, Nathaniel empezó a llorar, y Robert se dio cuenta de que, en el carruaje, y en los brazos de su sicario, había un bebé. ¿Qué demonios estaba haciendo un bebé en el carruaje?

Horacio intentó calmarlo, sin éxito.

—Dámelo —exigió Rose.

—¿Qué hace este niño aquí? —preguntó Robert.

—Lo tenía la señorita, no íbamos a dejarlo solo —se excusó Horacio.

—¿Con *lady* Rose?

—Desatadme y haré que deje de llorar —insistió Rose, poniéndose nerviosa.

Robert asintió, con el sonido del niño no podía pensar con claridad, así que Horacio le quitó la cuerda de las manos entregándole el niño a Rose, que enseguida dejó de llorar.

—¿Por qué tienes ese bebé? —preguntó Robert, confuso.

—Es mi hijo. —Rose sabía que, si podía jugar a esa carta, era posible que Robert la dejase en paz.

—No es cierto —exclamó, entrándole un sudor frío en la frente.

—Haremos una cosa, yo te digo donde está el dinero y tú sales de mi vida, para siempre. ¿Te parece? Estoy cansada de esto.

Robert se comió la cabeza preguntándose si realmente era el hijo de Rose, y si ese niño podría serlo también de su hermano. Si lo era, y por su edad, lo parecía, no entendía como ella lo había mantenido en secreto.

—¿Cómo sé que no me estás mintiendo?

—Si miento, sé que vas a volver y no tengo ningunas ganas de que eso ocurra. No necesito ese dinero, puedes quedártelo. Está en el número 76 de la calle Glouchester.

Se lo pensó durante unos instantes, hasta que asintió.

—Como bien has dicho, si no está allí, volveré. Podéis llevarla de vuelta —le dijo a Horacio.

—Podríamos habernos ahorrado el secuestro, ¿no le parece?

—*Lady* Rose, toda precaución es poca, y más siendo vos... de gatillo fácil.

Al escuchar aquellas palabras, Rose empalideció. No era posible que Robert Lancey hubiese descubierto que había sido ella quien había matado a Essex. ¿Paulette le habría traicionado?

—¿Cómo? —preguntó, haciéndose la despistada.

—Quise averiguar quién había matado a mi hermano y por qué. Hubo un testigo, un borracho que decía chorradas acerca de un ángel de ojos azules y cabellos rubios caído del cielo. Sube que habías sido tú, y más cuando el señor Preston, el mayordomo, me explicó los últimos acontecimientos.

Con serenidad, abrazó a Nathaniel y alzó la barbilla.

—¿Vas a delatarme? —preguntó sin perder un atisbo de dignidad.

—Me ahorraste el trabajo, querida. Buen viaje de vuelta.

Sin decir nada más y con el gesto algo turbado, salió del carruaje.

Cuando George Frayes, conde de Dorset, llegó a Mayfield's, se encontró con que las amigas de su ahora esposa, y su hermana incluida, habían salido en plena noche para buscarla.

—¿Puede repetirlo? —le susurró a la doncella, sin creérselo.

—Las damas han salido después de que anoheciera y *lady* Rose y el niño no hubiesen vuelto.

George no daba crédito, ¿en qué estaban pensando? Los caminos ya de por sí eran peligrosos, de noche aún más, y siendo mujer mucho peor.

El ruido de la puerta hizo que se girase y al ver que quien entraba eran Rose y Nathaniel, dejó ir un suspiro de alivio.

—¿Qué ha pasado? —preguntó nervioso corriendo hasta ellos—. Susan y las demás han salido a buscarte. ¿Dónde estabas?

—Robert Lancey me ha hecho una visita, y digamos que no ha sido de cortesía —murmuró.

A George casi le da un infarto al escuchar aquello.

—¿Dónde está este malnacido? —dijo enfurecido.

—Ya se ha marchado. Estoy bien, no te preocupes, y ya está todo solucionado.

La abrazó, solo de pensar en que él no había estado ahí para impedir que aquel majadero pudiera hacerle algo a su mujer y a su hijo, le hervía la sangre.

—No voy a dejaros solos nunca más. Si llega a pasar algo nunca me lo hubiese perdonado —murmuró pegándose a ella, dejando la frente sobre la suya suspirando de alivio.

—Está bien, George, no te preocupes, todo ha terminado —lo tranquilizó ella.

—Voy a tener que hacer algo, no puede ir reteniéndote, así como así.

—Déjalo, George, ya está —insistió mientras le entregaba a Nate.

—No voy a dejar que ese hombre os aterrorice, por muy duque de Essex que sea.

Rose negó con la cabeza.

—No lo haré, solo quería el dinero. No pensaba hacernos daño. —Omitió que, lo que tenía pensado era casarse con ella, o al menos amenazarla con eso.

—No me lo pareció.

Había llegado el momento, no podía guardarlo por más tiempo. Se pasó la mano por la frente mientras buscaba las palabras adecuadas, que no sonasen tan mal como lo que iba a decirle.

—George yo... hay algo que tengo que confesarte.

Él parpadeó varias veces, buscando lo que quería decir.

—¿Es acerca de la sociedad que tienes con la condesa de Medina?

—Tiene que ver. ¿Cómo sabes tú eso? —preguntó ella, dejándose caer sobre uno de los sillones de terciopelo azulado de la entrada.

—Lo vi cuando tuve que ir a visitar al abogado por la herencia de mi padre.

Era una de las cosas que más temía, confesar aquello le daba pavor, y no era por el hecho de sentirse culpable, sino de ver su culpabilidad en los ojos de

George. No soportaría sentirse rechazada por él al haberse convertido en una asesina.

—Essex... —empezó a decir, tragándose ese nudo en la garganta que se le había formado— no fue un accidente. Después de que pensase que Nate había muerto, hui. Me escondí en casa de Edmund durante un tiempo, pero acabó encontrándome y yo...

—Le disparaste tú —dedujo George al verla con los ojos nerviosos y un ligero temblor en las manos que intentaba disimular.

Ella asintió, bajando la mirada, aterrorizada por lo que estaría pensando ahora.

—No sé si... —dijo, pero la voz se le quebró, empañándosele los ojos.

George, aún con su hijo medio adormecido entre los brazos, se inclinó hacia su mujer y le besó en la frente.

—Rose, si no lo hubieses hecho tú, te juro que, si me hubiese enterado de lo que hacía, lo hubiese matado yo —aseguró.

En aquel instante Rose se sintió aliviada, con aquellas palabras todas las barreras, todos los secretos con George habían desaparecido finalmente.

—Una mujer estuvo chantajeándome, hasta que Beatriz me ayudó y le montamos un negocio para que dejase de hacerlo.

—¿Qué clase de negocio? —preguntó.

—La mujer había sido prostituta así que... un burdel —susurró ella.

George al escucharlo no pudo más que reírse, iba a hacer un comentario hilarante sobre el tema, pero entonces las voces de varias mujeres se escucharon en la entrada, y de detrás de la puerta aparecieron su hermana, Beatriz Hayes y Jane Bradford.

—¡Gracias a la Virgen del Pilar! Ahora mismo nos vas a contar qué ha pasado, porque menudo susto al ver el carrito tirado por allí —exclamó Beatriz

nada más verla, aún sin aliento.

—Beatriz, si es que no has dejado ni que abriese la boca, ¿quieres dejar que se explique? —la riñó Jane, también casi sin respiración.

George besó la frente de Rose antes de susurrarle algo al oído.

—Te espero en la habitación para cuando termines.

Su felicidad en ese momento sí que era real, palpable y no dejaría que nada ni nadie se la arrebatasen.

3 días después

Como cada mañana, Mary Leverton bajó a desayunar a las ocho y media en punto, con su vestido gris perla y el moño perfectamente peinado.

Se sentó en su sitio de siempre, untando el panecillo con la mermelada de frutos de bosque dando un sorbo al té caliente.

Ese día tenía muchas cosas que hacer, empezando por escribir a su nieta para que volviese de inmediato a Londres. Tenía grandes esperanzas puestas en su unión con Robert, todo un acierto. Después iría a Major's a por unos guantes nuevos de piel.

Mientras terminaba de desayunar abrió el periódico, hojeándolo. Y se paró justo en las páginas de sociedad.

Debía de ser una broma de mal gusto.

Rose no se atrevería a hacer eso. Gretna Green. No era posible. Y con George Frayes.

De la impresión, se tragó de golpe el trozo de panecillo sin masticar. Intentó tragarlo, pero le era imposible. Asustada, cogió la taza de té y tragó el líquido para ver si lograba mover la masa que se le había incrustado en el cuello, pero no hubo manera. Sentía que se estaba ahogando, que el aire no le llegaba a los pulmones.

Desde la puerta, dos figuras inmóviles observaban cómo su cuerpo se desplomaba en el suelo, aparentemente sin vida.

—Señor Jones, ¿qué hacemos? —preguntó una temblorosa Elsbeth con los ojos desencajados.

No podía creer que la señora acabase de morir delante de sus narices.

—Avisaremos al médico. Dentro de cinco minutos le enviaremos una nota diciendo que hemos encontrado a Mary Leverton en el suelo —dijo Howard.

—¿Cinco minutos? —cuestionó Elsbeth.

—Por supuesto, no vaya a ser que haya alguna posibilidad de revivirla. Preferiría que eso no ocurriese.

—Pero, señor Jones ...

—Esta mujer ha hecho y deshecho desde que contrajo nupcias con Maximilian Leverton, que en paz descanse, y que murió en extrañas circunstancias.

—Creía que había muerto de una gripe —dijo Elsbeth.

—Justo cuando se estaba recuperando, a la mañana siguiente apareció muerto. Vi con mis propios ojos cómo Mary Leverton vertía algo en su caldo, y no era la medicina.

—¿Asesinó al duque? —exclamó ella, impertérrita.

—Es probable. Bien, ha pasado el tiempo suficiente para que esa vieja arpía no pueda volver a levantarse. Llamemos al médico.

Elsbeth asintió, pensando en que eso de servir en una casa de aristócratas era mucho más emocionante de lo que alguna vez había pensado.

FIN

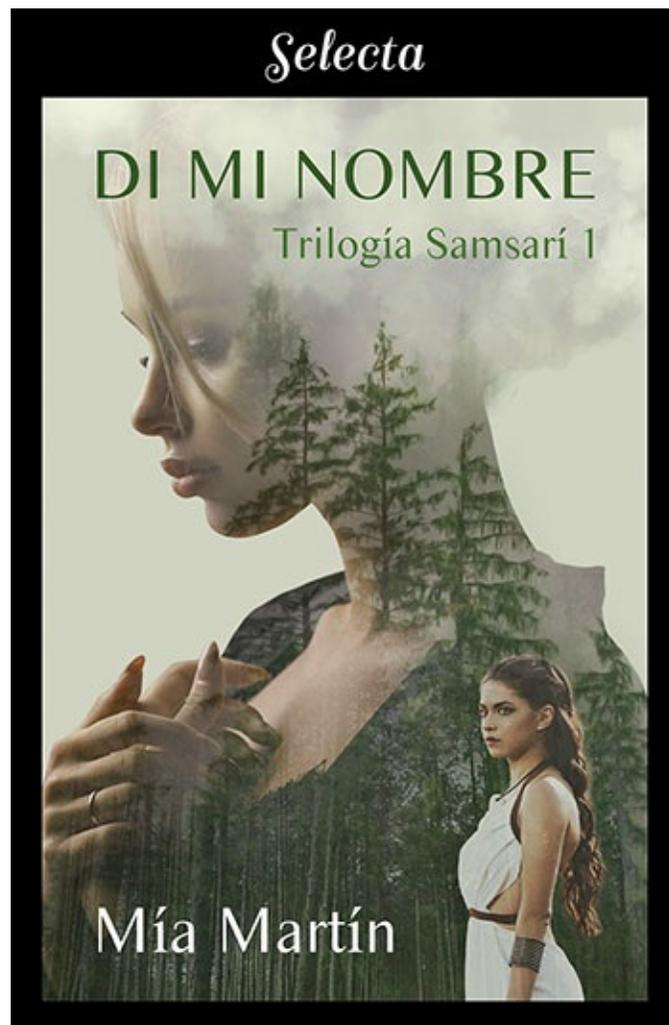
Si te ha gustado

Un chantaje arriesgado

te recomendamos comenzar a leer

Dí mi nombre

de *Mía Martín*



Prólogo

Licinia despertó sobresaltada. Los ojos abiertos de par en par. Galba las había descubierto. Ese fue el primer pensamiento que le sobrevino. Se incorporó en su estrecho camastro y, aterrada, miró a su alrededor. Recordó que habían llegado pocas horas atrás al campamento erigido en un enriscado promontorio junto al río Anas.

Bajo el amparo de la noche, el sexto día antes de las calendas de abril, ella y su esclava favorita, Brisia, habían huido de la casa de su esposo, vestidas de campesinas, embozadas en capuchas de una tela burda y oscura para evitar que nadie las reconociera. Brisia les había conseguido una carreta y dos viejas mulas. Uno de sus sirvientes más fieles las escoltaría. Habían bordeado el Baetis río arriba, dejando atrás la ciudad de Ilipa, ahora conocida como Itálica y sus enormes calles, suaves arboledas y pastos llanos, hasta adentrarse en una zona desconocida, agreste y selvática dominada por los enemigos de Roma, donde su padre combatía a los rebeldes.

La algarabía que habían formado los hombres en el exterior y el insoportable zumbido de la *buccina* la espabilaron del todo. Gracias a la pálida luz que esparcía la pequeña lucerna —situada en una mesa cercana que había dejado prendida antes de irse a dormir—, distinguió a su joven esclava. La muchacha, a los pies del lecho, oraba de rodillas y con los brazos extendidos. Suplicaba, entre incontrolables accesos de llanto, la misericordia de los dioses. El sonido de la corneta, agudo y vibrante, parecía extenderse a través del aire y retumbar en el interior de su cabeza. Le estaba crispando los nervios. Mandó callar a su esclava con un siseo, abandonó el lecho y tomó la *stola* que siempre dejaba a los pies de su cama. Se cubrió con ella y ató los cordones de la prenda a las apuradas mientras caminaba hasta la entrada de la tienda. Echó a un lado la pesada lona de cuero y escudriñó con ojos achinados el entorno. Lo que descubrió la dejó paralizada. El temor penetró en cada poro de su piel, le formó una bola en el estómago y le trepó por la garganta hasta cortarle la respiración. Aterida por el miedo, negó con la cabeza.

En la lontananza, las llamas de las antorchas que portaban los hombres se elevaban como lenguas anaranjadas en la noche, dibujando en un cielo sin estrellas espectrales figuras que parecían salidas del mismísimo tártaro.

Un poderoso y atronador bramido azotó la noche. El campamento entero enmudeció. Los hombres irrumpieron sus frenéticas actividades. Los caballos de guerra, toscos y malhumorados, cesaron de relinchar y piafar. Todos elevaron sus miradas, horrorizados, como si temieran ver aparecer en el horizonte a una bestia gigante de ocho cabezas. A esa primera voz antinatural se le sumaron otras y luego miles de ellas. Envolvieron con su cántico infernal el fuerte militar. El ensordecedor rugido reverberaba en la quietud serena de esas horas de vigilia y helaba la sangre en las venas. El sonido era espeluznante.

Dejó caer la lona, sellando la tienda, y retrocedió varios pasos. Las rodillas se le aflojaron y se abrazó a sí misma. Con los ojos inundados de lágrimas, sin saber lo que debía hacer a continuación, ordenó a Brisia no moverse de allí.

Los atacaban.

Licina, que permanecía congelada a pocos pasos de la entrada, fue incapaz de detener a su esclava que, prorrumpiendo en alaridos, huyó presa de la histeria a su pequeño refugio. Ella había estirado los brazos en un vano intento por detenerla. Llegó demasiado tarde. Ahogando una maldición, abandonó la tienda y comenzó a gritar, llamándola.

Algunos de los soldados de su padre pasaron por su lado como una exhalación: unos, desnudos; otros, a medio vestir. Los oficiales vociferaban órdenes, los legionarios apurados se hacían con las armas y se ataban los cordones de sus armaduras y se acantonaban en orden de combate frente a la puerta pretoria. Nadie parecía reparar en su presencia. Licinia, con el corazón desbocado por el miedo y la conmoción por el revuelo de cuanto ocurría a su alrededor, echó a correr detrás de un grupo de hombres mientras buscaba sin cesar a Brisia. No se había percatado de que caminaba descalza y solo llevaba encima la ropa que usaba para dormir y la ligera *stola*. Cada tanto, se paraba para tomar aliento e inspeccionaba los rincones ocultos entre las sombras de los

barracones de los soldados. Brisia podría haberse ocultado en alguna tienda, atemorizada.

La noche oscura quedó de pronto iluminada cuando enormes jabalinas prendidas fuego fueron arrojadas por los enemigos desde el otro lado de la empalizada. Varios puntos del campamento comenzaron a arder pocos segundos después, una vez que el fuego hizo blanco sobre las lonas de cuero. Se escuchaba en la distancia los gritos y alaridos de los hombres alcanzados por las llamas.

Un escalofrío le recorrió el cuerpo de arriba abajo y el terror se instaló como una losa en su estómago cuando el muro este, elevado sobre el terreno por enormes estacas de madera, fue derribado por los bárbaros. Los soldados, preparados para la batalla, contemplaban la escena con ojos desorbitados. Los escudos habían comenzado a sacudirse entre sus manos. Uno de ellos se encorvó, como si lo hubiera acometido un fuerte dolor estomacal, y vació sobre la tierra todo el contenido de su estómago.

En ese momento, la joven comprendió que tal vez no lograrían salir con vida de allí. Armándose de valor, giró sobre sus pies y se encaminó hasta el sector de los barracones. Necesitaba algo con lo que defenderse si uno de esos indígenas la atacaba. Desesperada, iba de tienda en tienda rebuscando entre las pertenencias de los hombres. Cerró los ojos y elevó una plegaría de agradecimiento a los dioses misericordiosos cuando distinguió el brillo metálico de un pequeño puñal: un *pugio* de esos que usaban los soldados de infantería, abandonado sobre la tierra apisonada. Lo recogió del suelo y apretó el arma contra su pecho. Salió de allí.

El caos estalló poco después.

Las hordas bárbaras penetraron en el campamento desde varios frentes al son de unos cuernos diabólicos y clamores de guerra. Vestían toscas pieles de osos. Extrañas pinturas de guerra deformaban sus rostros. Más que hombres parecían animales salvajes.

Licina, que se había mantenido expectante anhelando ver a los legionarios romanos entrar en acción y hacer frente a los bárbaros, dio media vuelta

aterrorizada y se lanzó en una carrera desesperada en dirección contraria.

Al doblar en un recodo del camino se topó con un contingente que avanzaba hacia ella. Reconoció a uno de ellos, el que iba al frente del grupo. Un joven oficial al que su padre tenía en alta estima: Sila Sertorio. El alivio la hizo exclamar, le llenó el corazón de esperanza e inundó sus ojos de lágrimas.

—¡¡¡*Domina* Licinia!!! ¿Cómo ha llegado hasta aquí? —exclamó el centurión tomándola por los hombros. Un gesto impropio bajo cualquier otra circunstancia, pero en el que ninguno reparó en ese momento de angustia—. ¡Debe abandonar el campamento con presteza!

—¿Sabe dónde está mi padre, Sertorio? Necesito localizarlo. No lo he visto desde que llegué. También a Brisia. ¿Ha visto a mi esclava? —Licinia hablaba de forma atropellada. Deseaba mantener la calma, sin embargo, no lograba hilvanar un solo pensamiento coherente—. La perdí un segundo de vista. No la encuentro. Abandonamos la tienda de forma precipitada. Estoy muy preocupada por ella... Y no sé dónde se encuentra, o si está asustada, o si ha podido pasarle algo...

Sertorio se pasó una mano por el negro y encrespado cabello. Hizo un gesto con la mano y los soldados inclinaron la cabeza, se alejaron y los dejaron solos.

—¿Cómo se le ocurre preocuparse de una esclava en este momento? —le preguntó exasperado—. Escúcheme con atención. ¡Mi señora! ¡Míreme y escúcheme! Tiene que abandonar este lugar. ¿Se hace una ligera idea de lo que podrían hacerle estos salvajes?

Licinia se limitaba a negar con la cabeza, esbozaba una mueca desolada que ensombrecía sus delicadas facciones y apretaba las manos contra el pecho.

A Sertorio le conmovió descubrir un puñal que la joven aferraba con fuerza entre sus deditos. Sin entender muy bien el extraño impulso que lo dominó, la tomó entre sus brazos y la acunó contra su pecho, impresionado por la firme entereza que la joven patricia mostraba ante él. A pesar de no ser más que una jovencita, no había derramado una sola lágrima.

—Discúlpeme y no me haga caso. Mi señora, muerta de miedo, y yo que no hago más que decir tonterías. Me hago una idea de lo que habrá tenido que pasar. Tranquila, la sacaré de aquí. —Negó con la cabeza—. No comprendo por qué Galba le permitió viajar hasta este lugar. Debería estar en Itálica bajo su cuidado y protección.

Ella no tenía tiempo, mucho menos ánimo, para explicarle que se encontraba en ese campamento huyendo de su esposo. Casi se echó a reír por la paradoja en la que se había convertido su vida. Huía de un monstruo para terminar en las garras de otro peor. Licinia se alejó del oficial y lo miró directo a los ojos.

—Por favor, se lo ruego, Sertorio. Ayúdeme a localizar a mi padre.

Sertorio, que no quería añadir otra preocupación más a la joven, se ahorró informarle que tanto su padre, el gobernador Lucio Licinio Lúculo, como el general Servio Sulpicio Galba habían sido cesados en sus cargos en la provincia con efecto inmediato. Tenían orden de presentarse frente al Tribunal permanente de concusión, una vez que pusieran un pie en Roma. En cambio, le dijo:

—Su padre no se encuentra aquí. Ayer por la tarde nos llegó un mensaje desde el norte.

Está de camino a Tarraco en este momento.

Licinia se lo quedó mirando con la boca entreabierta. Las palabras la enfriaron de golpe. Había centrado todas sus esperanzas en hablar con su padre, hallar su tierno consuelo y ayuda, y ahora no sabía qué podría hacer, hacia dónde dirigirse.

Sertorio se alarmó al observar el drástico cambio operado en el semblante de la muchacha. Su rostro había perdido todo color. Los labios adoptaron un tono azulado y comenzaron a temblarle. Movidado por el fuerte instinto de protección que ella le inspiraba, volvió a cobijarla entre sus brazos y, al tiempo que la acunaba, le chistaba en voz baja.

—Tranquila, señora mía, por favor no se inquiete. No dejaré que le pase nada. Venga conmigo. Quédese a mis espaldas y no se le ocurra hacer ningún

movimiento sin que se lo diga. La sacaré de aquí.

Ella pareció recobrar el ánimo tras escuchar al oficial asegurarle que podrían salir con bien de ese horror. Decidió dejar de comportarse como una niña asustadiza. Tomó una honda inspiración, cuadró los hombros y asintió con firmeza. Los cabellos sueltos, tan largos que le cubrían el trasero, y negros como la misma noche, se movieron en todas direcciones.

Con férrea determinación se agarró al cinturón de su uniforme. Lo primero sería dar con Brisia y escapar de ese *pandemónium*, se dijo con valentía. Ya se preocuparía después por localizar a su padre.

Sertorio se fijó que la joven no había soltado el arma en ningún momento. Miró al frente y dejó escapar un suspiro. La guio a través del campamento hasta la salida sur que aún no había sido tomada por los bárbaros. No le agradaba la idea en lo más mínimo. Sertorio era un hombre creyente. La puerta decumana era la puerta maldita por excelencia, solo era utilizada para conducir a aquellos soldados sometidos a suplicio, y justo hacia allí estaba llevando a esa joven tan valiente. Sacudió la cabeza para alejar los malos augurios. Se instó a concentrarse. De todas formas, no veía otra salida si quería mantenerla con vida. La dejaría al cuidado de unos cuantos soldados leales a su padre que la alejarían de esa barbarie. Le quedaba la duda de hacia dónde dirigirlos, hasta el norte con su padre o de vuelta al sur, con su esposo.

El oficial avanzaba con precaución. Se mantenía atento a cualquier movimiento entre las sombras. Sostenía con firmeza una espada en su mano derecha y una pequeña daga, muy similar a la que llevaba la joven, en la izquierda. Creía que contaban con algunos minutos antes de que los bárbaros lusitanos accedieran hasta esa zona del campamento.

Cuando tomaban un callejón por la vía principal, para desde allí acceder a la salida, los detuvo un tumulto. Sertorio, mascullando un insulto, retrocedió varios pasos y los ocultó tras la lona de una tienda. Licinia chocó contra él, aunque no emitió sonido alguno. El hombre podía sentir la agitada respiración de la joven en su espalda.

Los bárbaros habían logrado llegar allí. Luchaban, cuerpo a cuerpo, contra un grupo de legionarios. Salir de ese campamento con vida se le antojó, en ese instante, una quimera. Se giró y estudió los alrededores. Elevó una plegaria a los dioses cuando descubrió una zanja bastante profunda unos pasos más allá. La tomó por el codo y la condujo hacia allí sin más demora. Le hablaba con voz pausada buscando calmarla, también aliviar los remordimientos que él mismo experimentaba. La instó a descender por el agujero y agacharse, hasta que la joven quedó oculta de cualquier mirada. No se sentía, en modo alguno, orgulloso de la decisión que había tomado. Abandonarla y dejarla a merced de cualquiera de esos salvajes e, incluso, de sus propios soldados, parecía *a priori* un acto deleznable. Durante el fragor de una batalla se cometían muchos desmanes y los hombres dejaban de lado una fachada civilizada para dar paso a una naturaleza primitiva y salvaje. No obstante, Sertorio no veía otra salida. Si la mantenía con él, no podría defenderla. La única opción posible, tal cual estaban las cosas, era buscar ayuda.

—Licinia, tengo que dejarla aquí. Respire, por favor. Eso es, baje con cuidado. Le ruego que no se mueva de este lugar. Necesito pedir refuerzos. Le juro que vendré a por su señoría. Míreme y no llore. Es una mujer valiente. Quédese aquí escondida. Por lo que más quiera, por su vida, no se mueva de este escondrijo. Si alguien se acerca, sea quien sea, espere inmóvil. No grite porque puede alertar a otros. Espere quieta hasta que lo tenga encima y, en ese momento y no antes, le clava el puñal con todas sus fuerzas. Justo en el cuello. En ningún otro lugar, salvo en el cuello. Aquí —y le señaló con el dedo índice el punto exacto en la yugular donde debía hundir el arma—. ¿Me ha comprendido? Asienta si me ha comprendido. Repita lo que le he dicho.

—No me muevo bajo ningún concepto. Ataco a quien sea con el puñal. Me espero hasta que lo tenga encima y se lo clavo en el cuello. ¿Sertorio?

—Dígame, mi señora.

—No sé si seré capaz de clavarle esto a nadie. Nunca he matado a nadie.

—Lo sé, pero cuando esté en juego su vida no le quedará más remedio. Es

una joven muy valiente, recuérdelo en todo momento. Estoy asombrado. No ha derramado una sola lágrima.

La muchacha, que temblaba de pies a cabeza y aferraba con ambas manos el arma contra su pecho, dejó caer la cabeza y estalló en un llanto silencioso. Como si esas palabras hubieran accionado un resorte en su interior y abierto unas compuertas que habían permanecido bien selladas hasta ese momento.

—Volveré a por su señoría. No lo olvide. Quédese quieta y sin hacer ruido.

Licinia, con la cabeza gacha y una postura de hombros derrotados, asintió entre sorbidas de mocos que limpiaba en la manga de la delicada prenda que la cubría.

Cuando Sertorio se marchó, minutos después de confortarla, dejándola sola y expuesta, se sintió morir.

No supo cuánto tiempo transcurrió allí sentada, esperando, aterrada, sumida en miles de pensamientos funestos. Lloraba ya sin contención, aunque en silencio. Acechaba cualquier sonido de pasos. Iba a perder la razón. Cualquier ruido la hacía estremecerse. El corazón le aporreaba en el pecho descompasado. Parecía detenerse cuando escuchaba algún crujido del exterior, para luego volver a batir desahogado al comprobar que nadie venía a por ella. De ahí a que Sertorio apareciera para rescatarla —si es que ese hombre aparecía alguna vez—, ella ya habría muerto de mil maneras diferentes. La situación se le hizo insostenible. Sacó coraje y se puso de pie. Las rodillas se sacudían con violencia. Los oídos le pitaban. La visión se le tornaba borrosa por las lágrimas y todo le fastidiaba: su cobardía, que ese llanto inútil no le permitiera concentrarse e incluso el peso de su propia ropa le estorbaba. Cerró los ojos y respiró hondo buscando tranquilizarse. Permaneció inclinada, con la mejilla pegada contra la tierra húmeda. Aferró con fuerza la daga. Ese sencillo gesto le dio ánimos y fortaleció su espíritu. La sujetaba con tal fuerza que las uñas se le clavaban en la palma y le hacían doler. Apretó los dientes y repitió para sí misma que ella era fuerte y valiente. También se dijo que quizás no hubiera nadie ya y pudiera escapar de allí. Elevando una plegaria a los dioses, se encomendó a su dulce misericordia y

asomó la cabeza.

Y entonces lo vio. Justo al otro lado del camino y de la zanja donde se hallaba escondida. Avanzaba como una furia de la naturaleza, abriéndose paso entre los soldados romanos que caían a los lados del camino, como si no fueran más que moscas que espantaba a su paso. Su espada lanzaba fieros mandobles a diestro y siniestro. El hombre era un gigante. Más de seis pies de altura de puro terror, con el cabello largo y desmelenado y una banda de cuero alrededor de la frente. Marchaba como si ningún hombre que habitara sobre la faz de la tierra contara con el poder de detenerlo. Debía de ser el jefe de los bárbaros. Aquel al que llamaban Durato, el caudillo lusitano.

Licina, que parecía haber echado raíces en el interior de ese agujero, pues sentía que sus piernas pesaban como si tuviera sobre ellas onzas de hierro, quedó prendada de la imagen de ese bárbaro de aspecto temible. Observó con fascinado horror y el aliento contenido, cómo la mano en la que portaba una espada —de esas que usaban los salvajes, algo tosca y roma en la punta— salía disparada hacia atrás, tomaba impulso, para luego clavarse hasta la empuñadura en el pecho de un joven soldado que solo atinó a entreabrir los labios con asombro. Un instante después, un hilillo de sangre asomó por las comisuras. Licinia ahogó un grito y se llevó la mano libre a la boca. Aguantaba las arcadas que le anegaban la garganta a fuerza de voluntad. Esa posición le permitía observar el rostro del salvaje: contorsionado por una mueca feroz en el que destacaban sus ojos pequeños, oscuros como la obsidiana, que brillaban con un matiz macabro mientras observaban impasibles cómo moría su adversario. La fuerza de ese hombre debía ser descomunal, pues atravesó la armadura y el cuerpo entero del soldado. Con una sacudida el romano quedó inerte. Como si en vez de un hombre fuera un muñeco, dejó caer la cabeza igual que si un hilo invisible tirara de él y observó, como ido, el arma hundida en su pecho.

El bárbaro alzó la pierna. La plantó en el pecho ensangrentado del joven soldado y, apoyándose en la empuñadura de su arma, lo empujó con un puntapié. El arma salió del cuerpo con un sonido seco. La sangre manó a borbotones. El romano cayó sobre la tierra, desplomado. Licinia, ante la visión de toda esa

sangre, se dobló en dos y vomitó. Vacío todo el contenido de su estómago. Las arcadas se sucedieron durante un tiempo, hasta que consiguió calmar las náuseas que le apretaban la barriga.

El guerrero no dedicó una mirada o gesto alguno al hombre que acababa de asesinar a sangre fría. Giró sobre sus pies, con una velocidad tal que a Licinia le cortó la respiración, para enfrentarse con varios soldados que venían corriendo a por él. La joven los compadeció. Esa bestia inhumana los despachó en cuestión de minutos. Nada podría con él. Ares parecía haber tomado forma de hombre y ejercía su crueldad a través de la mano de ese monstruo.

Necesitaba salir de allí y buscar un refugio seguro. No se atrevía siquiera a elucubrar las atrocidades a las que se vería sometida si uno de esos bárbaros la descubría. Como si ese pensamiento le hubiera dado el empuje que necesitaba, se incorporó. Escudriñó los alrededores con precaución. Se alzó la pesada túnica hasta las caderas y escaló por el muro clavando las uñas en la tierra con la desesperación que solo puede sentir aquel que lucha por su propia vida. Tras varios intentos fallidos, porque la tensión le impedía concentrarse y las manos le temblaban tanto que no conseguía agarrarse con fuerza, consiguió trepar el pequeño muro de tierra y salió disparada hacia la noche.

Aterrorizada, Michela pateó las sábanas enredadas entre sus piernas hasta que logró sentarse. El corazón martilleaba contra las paredes de su pecho de forma descontrolada, los dientes le castañeaban y le faltaba el aire. Se llevó una mano temblorosa a la frente perlada en sudor, y miró a un lado y a otro, buscando no sabía muy bien qué. Era noche cerrada, así que no podía ver nada ni a un palmo de sus narices.

Cuando comprendió que había sido otra pesadilla y estaba a salvo en la cama con su novio, sintió un alivio tal que los ojos se le anegaron de lágrimas. Lukas roncaba a pierna suelta a su lado. Michela elevó las rodillas, dejó caer la cabeza y apoyó la frente en ellas.

Dios santo, otra vez... Esta situación era ya insostenible.

**Secretos inconfesables, un viejo amor del pasado
y una ofensiva que temer.
Un verdadero escándalo de temporada está por llegar.**



Solían decir muchas cosas de la duquesa de Essex: que era refinada..., de una familia excelente..., toda una belleza... y que poseía exquisitos modales. Sin embargo, muy pocos sabían que todo eso era pura fachada y que la verdadera Rose Leverton no había hecho su aparición todavía.

Una investigación reabierta por el asesinato de su marido, una mísera pensión que este le dejó a su muerte, una misteriosa carta y un pasado escandaloso son secretos que esconde detrás de esa careta que lleva siempre puesta.

O casi siempre... La presencia de un hombre de su pasado hará que esa máscara desaparezca.

Eneida Wolf es el seudónimo bajo el que escribe esta barcelonesa nacida en 1991. Graduada en Derecho, posteriormente hizo el máster de AGT. Participó en muchos de los juegos florales de su colegio y posteriormente colaboró en la revista de la universidad. Apasionada de la historia, de culturas distintas, viajera incansable y cinéfila. Lectora voraz, le gusta sumergirse en sí misma para crear distintos mundos que plasma en sus historias.

Edición en formato digital: noviembre de 2018

© 2018, Eneida Wolf

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN:

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Un chantaje arriesgado

1. Rozar las alcantarillas
2. A rey muerto, rey puesto
3. Visteme despacio que tengo prisa
4. La llegada de lucifer
5. Campanas de boda
6. Una leverton no se arrodilla
7. Probabilidades efímeras
8. Apunta al corazón
9. Gretna green
10. Un duque misterioso
11. Un día de campo

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Eneida Wolf

Créditos